Emily Blatyon
La esposa secreta

La esposa secreta-Emily Blayton – Saga ficción medieval

Montfault 2

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

©2019 febrero-by Emily Blayton

Diseño de cubierta: E.Blayton

Amparada en la ley Universal de Derechos de Autor. Registrada en safecreative.org.

Novela de ficción.

Atención. Todos los nombres, apellidos y lugares mencionados en la presente novela son ficticios.

Nota de la autora.

Esta es la continuación de la novela La doncella y el caballero (saga medieval Montfault) y la culminación de la mencionada saga.

La esposa secreta (saga medieval Montfault 2)

Emily Blayton

En el convento de Santa María reinaba el caos y el desconcierto. Habían secuestrado a tres novicias y sor Beatrice, la priora estaba desconsolada, y por momentos furiosa.

Dos monjas hablaban sobre ello en privado. Una era muy gorda y de cara enrojecida como una gran papa y la otra delgaducha y gris, pero con ojillos muy vivarachos.

—Creo que la priora está enloqueciendo, sor Clarisse. Está obsesionada por buscar a las novicias. No hay nada que podamos hacer y ella lo sabe. No quiere entenderlo —dijo la monja gorda.

La flaca hizo una mueca de “oh, claro que tienes razón, hermana, ya lo decía yo”.

—Ya es muy tarde, por supuesto. Pueden estar muertas en el bosque o algo peor. Esos escuderos se divertirán con las novicias y luego las dejarán preñadas y solas. Morirán y será voluntad de Dios —dijo haciendo una reverencia.

—Es lo que yo pienso, pero cuando se lo dije a la priora ella me miró con una cara… Como si la enloqueciera esa posibilidad. Y está organizando una comitiva para rescatar a las novicias raptadas. Ha convencido al padre Amadeo para que lo haga. Pero el pobre está desbastado, ha perdido al padre Giovanni y a dos amigos que fueron heridos durante el asedio de ese desalmado —insistió la monja gorda.

—La priora quiere vengarse. Eso no es correcto. Como si pudiera hacer algo. No hay nada para hacer —respondió la flaca con cara de “yo lo sé todo”.

—Es por Annabella. Ella la crio y creo que siempre pensó que era como una hija.

—Una jovencita consentida e imprudente. Demasiado guapa para no crear problemas. Debieron darla en adopción al igual que a las demás, pero las dejaron aquí. No tenían vocación de novicias. Eran unas pícaras esas dos. Me refiero a Chiara y a Annabella. Por algo las raptaron. Es su culpa.

—Pobrecillas. Triste destino les aguarda.

—Bueno, ya no podemos hacer nada para encontrarlas, si fueron deshonradas ya no pueden regresar al convento.

—Oremos hermana, no podemos hacer nada más. Nada más que rezar.

Ambas se alejaron a sus quehaceres antes de que sor Inés, la gran perra guardiana como la llamaban en secreto las viera cotillear y le fuera con el chisme a la superiora.

Lejos de ese par y en la calma de sus aposentos, Sor Beatrice la priora preparó con calma el viaje que haría el padre Amadeo para rescatar a Annabella. Sabía dónde encontrar a ese raptor de novicias. En Provenza. En el castillo del conde de Saint Germain. Su cabeza era un torbellino y estaba furiosa al ver la indiferencia de todos luego de raptaran a las novicias. Las buscaron sí, durante días, semanas, pero no hubo resultados. Parecía que se las habían llevado muy lejos, a Francia y por eso era necesario que fueran hasta ese país. Era un viaje peligroso pero el padre Amadeo se sentía tan atormentado como ella por lo ocurrido. Él quiso evitar que se las llevaran esa noche nefasta, los enfrentó, pero nada pudo hacer con ese grupo de salvajes escuderos.

El padre Amadeo entró en su despacho. Su porte de caballero delataba al joven que había sido educado en el castillo del conde de Rímini, alto, moreno y muy guapo para ser cura. En verdad que fue criado para tomar las armas, pero poco antes de morir su padre le rogó que fuera sacerdote.

Ese era el problema. Era un joven devoto, respetuoso y educado, pero algo en sus ojos delataba al hombre encerrado en el cura. Y la priora sabía que él miraba a la novicia Annabella con ojos de enamorado y por eso ahora en esos ojos oscuros sólo había tristeza, desesperación. Y era el único junto a un grupo de curas del monasterio vecino que irían a Francia para rescatar a las novicias raptadas. Pero sabía que ese joven lo hacía por Annabella. Eso no era correcto, no debía alentarlo, era impío, pero para la priora era todo cuanto tenía ahora. La única forma de traer de regreso a Annabella al convento. Pues no dudaba que ese cura enamorado arriesgaría su vida para rescatarla de su triste destino.

—Tenéis que encontrarlas por favor, padre. Encontradlas y traedlas de nuevo —le rogó entonces.

—Así lo haré, priora. Es mi deseo partir cuanto antes pero no me han dado la autorización de abandonar el monasterio todavía —respondió él.

Eso sorprendió a la priora.

—¿No os han autorizado todavía? Pero hemos elevado la petición, he

hablado con el nuevo abad de vuestra orden…

El padre Amadeo se mostró nervioso, tenso.

—El abad Alberto no ve con buenos ojos que deje la orden ahora, por eso —declaró —Cree que el viaje es muy largo y peligroso y me ha rogado que hable con vos y la convenza de que esto es una locura.

Oh, no podían ser tan insensibles todos en ese convento.

—Él desea hablar con vos ahora, hermana priora.

Era extraño que un abad fuera al convento, pero aceptó recibirle por supuesto.

El abad Alberto Castelli, nuevo prior luego de la muerte del padre Giovanni, un hombre alto y delgado, de poblada barba oscura entró en el recinto.

Luego de los saludos de cortesía interrogó a la priora por lo ocurrido semanas atrás.

Sor Beatrice palideció, se sentía enferma cada vez que evocaba ese día de cómo quiso evitar que se llevaran a Annabella y ese malvado se la llevó por la fuerza. Pero trató de recordar que era la priora y el abad sólo quería ayudarla.

—¿El hijo del conde de Montfault? Vaya, jamás lo había oído nombrar. ¿Está segura de que ese es el nombre?

Ella lo miró exasperada. Llevaba tiempo esperando que actuaran, que hicieran algo. ¿Cómo podían dejar impune un rapto como ese? Eran novicias de un convento, y esos bribones se las habían llevado como si fueran esclavas, como si fueran unas pobres campesinas que nadie reclamaría.

—Hermana priora, por favor. No debe perder la calma. Temo que no hay nada para hacer en este caso. Las jóvenes han de estar escondidas en el bosque, tristes y perdidas. Pobrecillas. Afortunadamente no habían tomado los hábitos.

—Abad Castelli, no están en el bosque. Ya hemos recorrido ese lugar, durante días los criados y campesinos ayudaron en su búsqueda.

—¿Y acaso confiáis en vuestros campesinos, sor Beatrice?

Ella miró al prior sin comprender.

—Lo que deseo decirle es que esos campesinos tal vez encontraron a las novicias y las escondieron. Para ellos sería un trofeo tener una damisela educada de este convento.

Sor Beatrice palideció.

—Señor Abad, los campesinos que se acercaron a ayudarnos son personas de bien, los conozco desde siempre y serían incapaces de hacer algo tan horrible como insinuáis.

—Por supuesto. Sólo sugería que es bastante improbable que pueda encontrar con vida a las tres niñas. Es una verdadera pena. Pero es voluntad del Señor. Oremos por sus almas, pues mucho temo que no podemos hacer más. Hermana priora, debe entender es inútil insistir, nadie va a encontrarlas. Están perdidas de todas formas, pues supongo que han sufrido indignidades terribles. No tendría sentido encontrarlas y traerlas de regreso. Este es un lugar de oración y recogimiento, no un asilo de huérfanas que fueron raptadas por escuderos.

—Oh por favor no diga eso.

La priora palideció de rabia e indignación, no pudo evitarlo. No lo pudo disimular.

—Hermana priora, creo que deberíais tomaros un descanso. Todo esto ha sido terrible para una dama como vos. Estabais muy encariñadas con esas pobres niñas y eso nunca fue de mi agrado. Ahora que no están seguís pendiente de ellas, y es mejor que olvidéis este asunto. He recibido quejas de vuestra conducta y también me han informado que esperabais formar una comitiva para rescatar a las novicias, una comitiva liderada por el padre Amadeo.

—Es lo que debo hacer, debo intentar recuperar a las niñas.

—Me temo que eso ya no es posible. No permitiré que organicéis una comitiva y alejéis a los sacerdotes de su misión que es cuidar del convento de Santa María. Hay doscientas almas que necesitan de la palabra de cristo, que deben recibir confesión y sacramentos.

—Pero el padre Amadeo se ofreció, yo no lo obligué.

—Lo hizo porque os vio afligida y porque siente pesar en su corazón y culpa por esta tragedia. Pudo ser peor hermana, pero sólo fueron tres novicias huérfanas. Que nuestro señor castigue a esos hombres y les quite la paz y el descanso, pero nosotros no podemos hacer su trabajo, no nos corresponde juzgar ni condenar. Sólo el Altísimo tiene esa potestad.

El prior fue muy claro al decirle que no autorizaría una nueva búsqueda ni

tampoco dejaría que el padre Amadeo viajara a Francia a buscar a las novicias.

—Ya no podrían regresar aquí. No serían dignas de tomar los votos. ¿Cree que las encontrará sana y salvas, sin haber sufrido daño alguno? Sois muy ingenua priora si esperáis eso. Esas novicias han sufrido demasiado y sólo nos queda orar por ellas. Pobrecitas. Eran el desecho del orfanato, ninguna fue adoptada.

Las palabras crueles del abad Castelli la crisparon. Y en ese momento comprendió que estaba sola, sola para buscar a Annabella y a las demás, para tratar de hacer justicia, para tratar de hacer algo.

Llevaban días, semanas buscándolas y sólo encontraron el hábito de Annabella en el bosque. Encontrarlo la hizo sentirse muy mal pues sabía lo que significaba. Sabía que ese malnacido había abusado de su niña y entregó las otras para festín de sus buitres. Pero no habían encontrado su cuerpo y tenía la esperanza de que su niña estuviera viva.

Nadie podía entenderla, nadie podía comprender la horrible tristeza y desolación que corroía su alma. Justicia. Sólo quería justicia para que esos bandidos pagaran por lo que habían hecho. Para que Etienne de Montfault recibiera su merecido.

No podía creer la indolencia de ese prelado, la parsimonia, la indiferencia de todos cuando se enteraron de lo que había pasado en el convento. Al principio dijeron que buscarían a las niñas, pero luego, al ver que no estaban el bosque y habían sido llevadas a Francia desistieron.

Alguien los vio subir a un barco, a un grupo de escuderos franceses y a tres jóvenes damas que iban atadas y asustadas. Él llevaba a Annabella y no permitía que ninguno la tocara, ni se acercara.

Tardaron días en averiguarlo y ahora ese prior le quitaba su última esperanza. Dijo que no permitiría que el padre Amadeo fuera, el padre Amadeo era su salvación.

Fue entonces que comprendió que nadie la ayudaría y que sólo tenía sus fuerzas para seguir adelante.

—Hermana priora —insistió el abad —Quizás debería tomarse un descanso. Unos días. Ha trabajado de forma incesante en la búsqueda de las

novicias y ha descuidado asuntos que debían resolverse en el convento. Tiene un montón de monjas a quienes cuidar y guiar. Sois su señora, su fortaleza y os estáis debilitando.

¿Tomarse unos días de descanso?

—No he descuidado el convento, padre.

—Me temo que sí lo ha hecho. Acabo de interrogar a las monjas y ellas me han hablado de vos. Han dicho que la ven mal, que no deja de llorar y que lo olvida todo. jamás recuerda cuando tiene visitas ni tampoco vigila a las novicias.

Tenía razón. Estaba destrozada, estaba furiosa y triste y no sabía cómo lidiar con esa horrible carga que era su dolor.

Las tres niñas del convento habían sido raptadas. Tres jovencitas novicias nacidas en Santa Clara, criada por las monjas. Ella las vio nacer a las tres y no podía resignarse, no podía sobreponerse a la horrible tragedia. Necesitaba encontrarlas. Necesitaba hacer algo. Esta vez sabía que no podría quedarse a rezar y a pedir ayuda eso ya no era suficiente para ella.

—Así lo haré, prior —replicó con un nudo en la garganta.

Siempre debía obedecer a las autoridades eclesiásticas. Un prior estaba muy por encima de ella y ahora debía tomarse unos días de descanso y nombrar a una sustituta provisoria.

—Está bien. Nombraré a la hermana Inés para que ocupe mi lugar.

El abad se retiró satisfecho.

Pero sor Beatrice se sintió despojada, expulsada de esa dignidad que le confirieron las hermanas al elegirla priora. No había sido un nombramiento fácil, pues había otras favoritas y sin embargo estaba allí, en lo más alto de la dignidad eclesiástica por su sabiduría y prudencia. Por ser la hermana más letrada de todas y también la que sabía dar el ejemplo de mesura. De control y la que había demostrado sagacidad y tesón.

Pero todo eso había desaparecido.

Cuando abandonó sus aposentos de abadesa juntó sus pertenencias y le avisó con mucha calma a sor Inés que le cedía su puesto por un tiempo, pues era voluntad del abad Castelli y porque era lo mejor para todos.

Sor Inés aceptó el honor sonrojándose. Lo único malo de esa monja era

dejarse manipular por sor Clarisse. Pero sola podía hacer mucho y se lo dijo con sinceridad.

—Conservad la calma, si no regreso espero que recordéis todo lo que habéis aprendido a mi lado a lo largo de los años.

La monja la miró atribulada pero sorprendida por sus últimas palabras. Como si fuera una despedida…

—Pero regresaréis hermana priora. Este es vuestro lugar. Siempre seréis la priora.

Sor Beatrice la miró con tristeza.

—No lo sé. Muchas cosas han cambiado desde el rapto de las novicias. Ya no soy la misma hermana, no puedo sanar mi corazón ni mi alma, no puedo sentir en mi corazón la palabra paz y resignación.

Sor Inés lloró. No pudo evitarlo. Lloró de la emoción de ser nombrada abadesa interina del convento y también porque la mención de las novicias raptadas la ponía triste.

—No se aflija abadesa, todas estamos tristes. nada será igual y lo sabemos, pero el padre Amadeo, él dijo que las buscará.

—Eso ya no pasará hermana Inés, el abad Castelli lo ha prohibido. Me ha rogado que cesen la búsqueda, que dejemos en paz este asunto. A nadie parece importarle que mi niña y las demás fueron vilmente raptadas del convento. Ni siquiera han solicitado una orden para que fuera excomulgado en su país pues al parecer creen que no es castigo acorde a su delito. Raptar a tres novicias y convertirlas en cautivas no es suficiente daño, asolar este convento y provocar el terror y la muerte de dos sacerdotes tampoco… Hasta dicen que no conocen al caballero, pero yo sé bien su nombre. Pudieron hacer algo.

Sor Inés no era tan osada como para cuestionar la decisión de la Iglesia. Pensó que las excomuniones eran algo muy terrible y por eso rara vez era aplicado ese castigo. Pues ser excomulgado en esos tiempos era perder la gracia y la posibilidad de recibir el cuerpo y la sangre de Cristo. El alma del infeliz que sufriera esa pena se iría directo al infierno.

Sor Beatrice no dijo más, y se llevó sus pertenencias.

Sin embargo, cuando llegó a su nueva habitación, una celda alejada de

todas las demás monjas, se quitó el hábito y lo pisó, lo destrozó. Tuvo un ataque de ira y dolor.

Y mientras lloraba por su niña perdida se dijo que nunca más volvería a usar ese hábito. Y desafiante se desnudó y se miró en el espejo.

Parecía una muchacha de veinte, sus caderas finas y la cintura estrecha y sin embargo era una mujer. Una mujer hermosa y deseable. Miró con inquietud su imagen en el espejo. Sus pechos habían crecido y ya no se veía como la joven inocente que había tomado los hábitos. Los años habían pasado, diecisiete años casi pero todavía era joven. Tenía treinta y dos años. No era una anciana.

Llevaba semanas sin cortarse el cabello y había crecido y les llegaba a los hombros. Un cabello rubio con unas hebras blancas en las sienes y unos ojos azules inmensos y luminosos.

Él había adorado cada rincón de ese cuerpo delgado de muchacha inocente. Tantas veces la hizo suya solo porque le daba placer hacerlo y porque esperaba despertarla al amor y la lujuria.

Pero ella se había resistido. Se había casado obligada por la familia del poderoso conde de Rennes. Fue a buscarla a su castillo y le dijo que si no se casaba con su hijo jamás tendría paz porque él la perseguiría. Su hijo la amaba y estaba loco de amor y dijo que no desposaría a otra muchacha. Sólo a ella que soñaba con ser monja desde niña. Que siempre quiso ser monja y ahora había cumplido su sueño.

Excepto porque le habían arrebatado a lo que más amaba en este mundo a su dulce hija Annabella. A su niña. Jamás tendría paz hasta que no supiera que estaba sana y salva. No tendría paz hasta que el malvado que la raptó recibiera su castigo.

Esa niña engendrada a la fuerza por su esposo, esa niña no deseada se había convertido en todo su mundo, en su Dios y en su debilidad. Y la crio y educó como una gran dama sin decirle jamás que era su madre. Inventando esa historia del ultraje para que su padre jamás pudiera arrebatarla de su lado. Porque fue demasiado cobarde para decirle la verdad. Una monja no podía tener hijos, una monja no podía estar casada. Una monja no podía mentir tanto.

Eso era ella. una gran mentira. Una completa mentira. Y ahora desnuda

frente al espejo no le interesaba seguir haciéndolo. Ahora era ella misma y se miraba preguntándose si todavía podía ser atractiva para un hombre. Para uno en especial…

La abadesa se cubrió con un vestido avergonzada de sus pensamientos impíos y pensó que durante años había mentido, había embaucado a todos para quedarse en el convento y salirse con la suya. Abandonó a su marido con esa niña en su vientre, aterrada, huyendo del horror de una vida que no había escogido.

Y cuando Annabella le preguntó por su padre, cuando quiso saber su nombre ella dijo que había muerto, pero en verdad no estaba segura de ello. Durante años permaneció escondida en el convento de las damas en Francia y luego cuando supo que estaba buscándola decidió irse muy lejos a Italia. Allí la dejaría en paz.

Y tuvo que dejarla preñada, quiso arruinar su sueño de ser monja, pero no lo había conseguido. O tal vez sí, ahora sabía que ese sueño se había arruinado por completo. Ya no era nada sin su niña, no quería vivir sin ella, sin saber dónde estaba sin poder verla una última vez. Tenía que encontrarla.

Y si el padre Amadeo no podía ayudarla, pues ella lo haría. Todavía tenía en su poder las joyas que había guardado cuando abandonó a su marido. Y también las que le había obsequiado la difunta priora por si la escasez llegaba al convento.

Poco le importaba lo que pasara con esas monjas en el futuro. Sólo quería encontrar a su hija y sabía que para hacerlo debía abandonar esa vida de engaños y mentiras y buscar al único ser que podía ayudarla a encontrar a Annabella: al conde Armand de Rennes: su esposo.

Siempre había sido un valiente caballero, muy bueno con la espada y fuerte. Debía encontrarle. Sabía que sólo él podría ayudarla. Buscó nerviosa la caja guardada en ese arcón junto a sus antiguos vestidos de condesa, esa caja contenía todos sus tesoros… los había tenido bien guardados durante años y al probárselos suspiró. Todavía le quedaban. Y eran hermosos. Pensó que los necesitaría en el futuro, sin saber por qué había guardado los vestidos de su antigua vida.

Pues había llegado el momento de usarlos.

Claro que no podía abandonar el convento con esas fachas, debía usar el hábito de priora, aunque odiara hacerlo.

***

Sor Beatrice comprendió que debía idear un plan para viajar a Francia y habló con ello con la nueva priora. Dijo que debía visitar a unos parientes enfermos en Armañac.

Sor Inés le hizo algunas preguntas.

—Hermana Beatrice, os noto afligida —dijo.

Ella la miró sin decir palabra, ambas sabían la razón.

—No fue vuestra culpa, priora, hicisteis lo que podías. ¿Quién iba a imaginar que esos caballeros cometerían un acto tan vil? —dijo la nueva priora.

—Lo más triste es que no recibirán castigo alguno y nuestras novicias llevarán la peor parte.

La hermana Inés dijo que tenía razón.

—Ahora debo realizar ese viaje, hace tiempo recibí una carta de mi familia y debo verles. Le ruego me permita realizar el viaje, hermana Inés.

—Debo hablarlo con el abad primero, sor Beatrice.

La monja supo que no tendría suerte. Ese abad estaba molesto porque ella lo había confrontado con sus reproches por dejar impune el rapto de las novicias.

—Él debe autorizar su partida, hermana. Lo siento. Quisiera dejarla ir, pero mi autoridad depende del abad.

Eso siempre le había molestado. Una priora debía rendir cuentas al abad o al padre más anciano que estuviera en el monasterio contiguo de encontrarse este ausente. En ocasiones las superioras eludían este control cuando se trataba de pequeños asuntos del convento, pero sor Inés no tenía su temple.

Beatrice regresó furiosa a sus aposentos. Sentía que la rabia crecía por momentos.

Pero esa misma tarde tuvo la respuesta y fue sor Inés quien se la dio en

persona.

—Lo siento mucho, sor Beatrice. Pero el abad Castelli no ha autorizado su viaje.

Tuvo que aceptarlo, pero se quedó allí parada sin saber qué hacer, ardía de rabia e indignación.

—El abad cree que no es un buen momento para vos, hermana Beatrice. Hacer un viaje tan largo sería peligroso. Si fuera más cerca quizás.

—Comprendo.

Fue una tonta, el abad no era tan imbécil, debió comprender que ella tramaba huir para buscar a las novicias raptadas que todos creían habían sido llevadas a Francia por sus raptores.

Estaba atrapada. Pero no vencida.

Conocía bien ese convento, como la palma de su mano y desesperada, cuando estuvo a solas en sus aposentos ideó un plan para escapar. Tenía las joyas de su madre, y las monedas de oro que recibió al convertirse en priora. Ella era muy austera en sus gastos y todo se lo obsequiaba a su hija, pero al vivir en un convento como una novicia ella no necesitaba vestidos nuevos ni joyas. Había pensado que un día esas joyas serían un legado para su niña. Ahora sería lo único que la ayudaría a encontrarla. Pues estaba decidida a huir del convento y no lo haría sola.

Sabía a quienes podría sobornar con esas monedas, pues jamás llegaría al muelle ni tendría un pasaje a Francia sin al menos dos criadas que a su vez tenían esposo. No negaba que necesitaría protección hasta llegar a destino. Viajaría con el hábito de priora y unas pocas maletas.

Nerviosa buscó esos pergaminos donde estaba anotada su boda y el nacimiento de su hija en el convento de las damas en Normandía. Tembló al ver su nombre. Annabella de Rennes hija del conde de Rennes y de su esposa Marie Claire de Montagou. Era ella, era su verdadero nombre, Marie Claire… Pero al llegar al convento dijo que la niña era su sobrina y contó lo ocurrido en el convento de las damas, cuando un caballero malvado abusó de su hermana.

Era necesario mantener a la niña escondida, nadie debía saber su verdadero nombre por eso la bautizaron Annabella Rosselli. El apellido de un desconocido

que la ayudó cuando llegó al convento de Santa María D'Este. Tuvo que hacerlo, tuvo que mentir, pero ahora su hija necesitaba ser salvada de ese malvado raptor, y sabía que sólo su padre la ayudaría.

***

Luego de una larga travesía, Sor Beatrice llegó a Francia, al castillo del conde de Rennes y Hainaut.

Se presentó con su hábito que durante el viaje la había librado de varios peligros.

Suspiró y miró aterrada hacia a la torre almenada de la inmensa fortaleza gris. Conocía bien ese castillo, había sido su hogar y su prisión cuando su familia la obligó a casarse con ese caballero y a renunciar a su más caro anhelo de ser religiosa de un convento.

Siempre había querido ser monja, desde niña luego de pasar sus primeros años en un convento luego de enviudar su padre. Pero él no vio con buenos ojos cuando al regresar a los quince años al castillo convertida en una damisela guapa y educada, dijera que quería ser religiosa.

Las monjas estaban tan felices de su decisión y sin embargo su padre se enfureció.

—No he educado a una dama para que desperdicie su vida y su progenie encerrada en un convento. Vuestro deber es casarte y darme nietos. Sois mi única hija, por desgracia —le dijo su padre.

Por mucho que lloró e imploró él la presentó a sus caballeros y exhibió con orgullo esperando que alguien la quisiera por esposa.

Ella odió ser exhibida así, como una vaca lista para ser entregada para el apareamiento, así sintió entonces. Exhibida, observada, como un objeto caro y bonito, como una mercancía, como una pobre esclava observada por hombres lujuriosos que sólo pensaban en hacerla suya.

Su padre no esperó que ese día tres caballeros hablaran con él para pedir su mano. Y contrariado no supo qué hacer pues los tres eran mancebos jóvenes y

bien plantados y de fortuna y linaje.

Así que le preguntó a ella qué pensaba de esos caballeros.

—No les he visto padre —respondió trémula Marie Claire.

—Entonces os dejaré para que converséis y me deis vuestra opinión.

Ella ignoraba los planes de su padre hasta que su criada le dijo la verdad.

No quería casarse, no quería hacerlo. Si se casaba jamás podría tomar los votos.

—Oh señorita, no se atreva a desobedecer. Si lo hace su padre le dará una paliza y será como esa pobre doncella que la llevaron a la iglesia jalada de los pelos y exhibida para que todos vieran cómo era castigada por su rebeldía.

Acorralada aceptó al joven señor de Rennes. Lo escogió porque le pareció el menos temible de los tres. Y porque además él amenazó con raptarla si no se casaba con él.

Amedrentada, y aterrada se casó con el conde Armand de Rennes.

Cuanto tiempo había pasado desde entonces, cuántas cosas habían pasado…

La voz de su sirvienta la despertó de sus recuerdos.

—Sor Beatrice, ¿está segura de que desea quedarse aquí? —preguntó esta.

—Maroi, gracias por acompañarme. Os ruego que me dejéis aquí. Yo hablaré con el caballero de Hainaut. Pero no digáis nada de mi viaje, decid que me dejasteis con un pariente.

La criada asintió con gravedad.

—No diré nada, priora pero este lugar me da mala espina.

—Sabes por qué estoy aquí. He venido a pedir ayuda a mi pariente para que encuentre a las novicias. Y sé que él me ayudará, pero no puedo revelarle nada a mis superiores pues sé que no lo aprobarían.

—¿Entonces debo esperaros aquí? —preguntó la criada nada convencida.

—No, no es necesario que os quedéis. Regresad con vuestro marido y los demás. Todos deben regresar al convento y evitar preguntas.

—¿Pero vos, mi señora, ¿cómo haréis para regresar?

—Mi primo me ayudará, perded cuidado. Estaré a salvo.

Cuando la priora se despidió de su criada no se sintió tan valiente cuando atravesó el muro.

Rayos. Tenía treinta y dos años, no era una jovencita. No era esa jovencita que entró por primera vez de la mano de su marido sin saber lo que le aguardaba. No sabía nada del matrimonio entonces, era tan inocente…ni tampoco conocía a su marido. Extrañó tanto la paz del convento, el silencio, la soledad de su celda.

Su marido fue amable y paciente con ella.

Sin embargo, nunca podía escapar a esos apasionados abrazos ni tampoco pudo escapar a aprender a ser mujer en la intimidad y complacerle.

No le gustaba nada, lo hacía obligada. Para que la dejara en paz.

Pero a solas con sus pensamientos soñaba con escapar, con fugarse al convento. No estaba hecha para el matrimonio ni para someterse a su esposo que con el tiempo se volvió celoso y autoritario.

Su tía monja le aconsejó paciencia, debía ser complaciente con su marido y ser una buena esposa para él, que sus peleas debían ser porque no estaba cómoda en su nueva vida de casada.

Era tan joven. Sólo tenía quince años. Y sufría porque no quería vivir en ese castillo ni ser la esposa de ese hombre y tener que soportar sus abrazos y caricias. Era insaciable como un demonio y nunca estaba satisfecho, tuvo que aprender a satisfacerle para que se calmara porque esa insatisfacción le provocaba mal humor y más celos.

Y aunque estaba complacido con su joven esposa no pudo evitar sufrir celos cuando notaba la mirada de sus escuderos al verla pasar, cuando sus caballeros o parientes visitaban el castillo ella debía quedarse encerrada en sus aposentos y no le permitía salir hasta que se marchaban.

Su amor por ella y ese deseo incontenible todo creció a la par de sus celos y se volvió cruel y autoritario. Al extremo que todos creían que el caballero de Rennes no tenía esposa pues jamás le permitía participar de la cena con sus convidados. Porque dejarla encerrada en los aposentos de las damas se convirtió en costumbre y ella odiaba estar encerrada, era una jovencita inquieta, que le gustaba caminar y correr libre por la pradera. Pero a él no le gustaba eso, además una bruja que decía ser sanadora le aconsejó a su marido que no la dejara dar esos largos paseos a caballo por la pradera pues eso provocaba que no quedara encinta.

Y la bruja no se equivocaba, pues luego de quedarse encerrada durante tres meses quedó encinta de su niña.

Sintió tanto terror entonces y pensó tantas locuras. No quería quedar preñada, odiaba estar encinta. Lloraba cuando nadie la veía y luego comenzaron los malestares y tuvo que quedarse en la cama.

Su esposo en cambio fue tan feliz.

Pero su estado no la libró de su apasionado abrazo, al contrario, esperó unos días y luego se quedó a su lado y como lobo hambriento la desnudó y la volvió loca con sus besos y caricias. No podía estar tanto tiempo sin tocarla por supuesto.

Sin embargo, ella comenzó a planear su huida. Sufría un horrible desasosiego a medida que su vientre crecía lentamente. Tenía que hacer algo, tenía que escapar. No se quedaría a su lado para tener siempre un bebé en su vientre. Nunca más volvería a tocarla, a hacerle un bebé. Ella nunca había querido ser su esposa…

—Señora —dijo un criado mirándola con profundo respeto.

Sor Beatrice regresó al presente y miró al lacayo con expresión altiva.

—Debo hablar con el conde de Rennes por favor, es urgente. He venido del convento de Santa María a darle una triste noticia. Soy la priora Beatrice Morini.

—La priora. Oh disculpe madame. Sí, por supuesto. Le avisaré a mi señor. Aguarde aquí por favor.

Ella lo vio alejarse con expresión alerta. De haberle dicho su verdadero nombre su esposo habría montado en cólera y quizás no la habría recibido.

Tragó saliva mientras aguardaba. En realidad, poco le importaba que su marido la odiara por su abandono, que la mirara con odio, sólo quería que supiera que tenía una hija y fuera a buscarla. Que hiciera justicia por ese horrible rapto. Sólo eso.

Ya no se sentía tan valiente en realidad, pero estaba desesperada y no tenía otra opción en esos momentos que pedirle ayuda a su marido. Cuando sintió los pasos acercarse y escuchó su voz a la distancia tembló, pero sus ojos lo buscaron. Aterrada y nerviosa quería ver cómo estaba su esposo Armand, ese caballero que tanto la había amado en el pasado, con amor, locura y celos.

Estaba tan segura de que la odiaría ahora por lo que había hecho y querría vengarse, no ven vano había sido su esposa y llegó a conocerle un poco.

Él vio que era una monja y puso cara de estupor al comienzo, luego de rechazo, pero cuando vio que era ella sus ojos grises la miraron con fiereza y sin poder contenerse se acercó a ella sin dejar de mirarla.

—¿Qué broma funesta es esta? Malvada monja. ¿Cómo se atreve a venir a mi castillo?

Ella lo miró avergonzada incapaz de sostener su mirada y él vio que no mentía ni quería engañarlo.

—Soy vuestra esposa, Marie Claire —dijo esforzándose por parecer fuerte —He regresado.

El conde se acercó despacio y le quitó la toca, furioso.

—¿Mi esposa? ¿Y has venido disfrazada de monja después de más de dieciséis años? Vos no sois mi esposa, señora, mi esposa murió. ¿Qué clase de embuste es este, madame Morini? ¿Es que tengo la buena suerte de que una monja loca parecida a mi esposa muerta se presente en mi castillo y pretenda ser ella para embaucarme y hacerme daño?

—Soy vuestra esposa. No he venido aquí a haceros daño ni a engañaros. He venido a implorar vuestro perdón, conde de Rennes y señor de Hainaut y aceptaré el castigo que vos dictéis para mí por haber fingido mi propia muerte y por haberos abandonado con vuestra hija en mi vientre.

La verdad largo tiempo guardada salió a la luz, de cómo la priora en sus años mozos, cuando era la esposa de un caballero se fugó a un convento y pidió protección a su tía Demelza, priora del convento de las damas de Normandía y con su ayuda pudo llevar adelante con su preñez y estar a salvo.

Y cuando su marido la buscó, como un loco le dieron la triste noticia de que su esposa había muerto en el parto luego de huir al convento de las damas. El muy loco quiso llevarse los cuerpos a su castillo, pero la priora fue inflexible. Pensaba que era un demonio y no tenía derecho a pedirle semejante cosa. Y lo sacó a los gritos del convento amenazándolo con la excomunión si regresaba al convento luego de haber sido un marido tan cruel y villano.

—Señora, temo que os habéis confundido. Mi esposa murió y no entiendo

vuestro discurso. ¿Realmente esperáis que os crea una palabra? Mi esposa no es una monja. Sospecho que estáis loca o buscáis embaucarme para convencerme de que done mi herencia a vuestro convento.

Ella lo miró incrédula.

—No os he engañado, os he dicho la verdad señor, os lo juro. No busco ninguna herencia sólo vuestra ayuda para salvar a nuestra hija de un infame rapto. He venido aquí a pediros perdón, soy vuestra esposa. Yo os abandoné, fui al convento de las damas y engañé a mi tía. Mentí para que me dejara quedarme.

El caballero la miró con un gesto inexpresivo al comienzo y de pronto ella comprendió que no le creía una palabra.

—Así que huisteis de mí con un bebé en vuestra barriga porque queríais regresar al convento. ¿Eso queréis decirme?

Ella lloró y le rogó que la perdonara.

—¿Y dónde está la niña que dices que es mi hija? Habéis venido sola.

—Annabella fue raptada Armand, fue raptada del convento por un caballero y sus escuderos. Se la llevaron a Languedoc, a la tierra de Provenza. Ella es inocente de mi pecado, es inocente de todo mal y debéis ayudarla, debes rescatarla de ese bandido que la tiene encerrada como su cautiva pues él estaba casado con la dama de Poitiers. Vuestra hija, es vuestra hija. Castigadme con vuestro odio, estoy dispuesta a soportar el castigo que vos decidáis mi señor.

Desesperada al ver que no le creía una palabra y se reía de sus explicaciones ella le enseñó el pequeño retrato de Annabella.

Había esperado que la odiara, que le dijera que se fuera, que era una mujer malvada pero no estaba preparada para que él pensara que estaba loca y que no era quien decía ser. Sin embargo, algo cambió en él cuando vio el retrato de su hija. Algo que no logró disimular, lo notó al instante.

—Hermana. Vuestra historia es muy extraña. Sospecho que alguien os dijo que os parecíais a mi esposa y habéis venido aquí con una historia triste y horrenda. ¿Sois realmente priora del convento de Santa María y habéis tenido una hija? Si es así esa niña no ha de ser mía sino de algún cura del que os enamorasteis. Los curas han perdido todo respeto por el celibato y al parecer las monjas le van en saga. He sabido de monjas que quedan preñadas y entierran a

los bebés en el cementerio del convento para ocultar su vergüenza. Como cristiano y caballero de Cristo reniego de esos pecadores que han convertido los conventos y monasterios en un antro de pecado y lujuria, en la guarida del demonio. Pero si decís la verdad, si entre tantas mentiras habéis sido sincera yo mismo os acusaría con las autoridades eclesiásticas por haber abandonado a vuestro marido y haberos convertido en madre cuando habíais hecho votos de castidad y erais la esposa de Cristo.

Sor Beatrice sostuvo su mirada.

—Hacedlo, esposo mío. He venido a que me castiguéis por lo que os hice, pero por favor salvad a vuestra hija, salvadla de vivir cautiva de un caballero. Ella no merece ser raptada y convertida en esclava de un tunante. Es vuestra hija, os lo juro por lo más sagrado. Nunca un hombre me ha tocado, solo vos que erais mi esposo, pero yo era muy joven y no quería casarme, mi padre me obligó, pero esa no fue la razón por la que escapé.

—Señora no voy a castigaros, esta conversación es absurda. No sois mi esposa, no os parecéis a ella. Pero ese retrato sí, supongo que lo robasteis de algún lugar. Quizás conocisteis a mi esposa hace años.

—¡OH no puedo creer que seáis tan necio! Os digo la verdad. ¿Por qué mentiría? He hecho un largo viaje con la esperanza de conmover vuestro corazón.

No le creyó una palabra. La miró con tanta frialdad e indiferencia, por momentos hasta sospechó que pensaba que era una mujer que sólo se parecía a su esposa y había perdido el juicio o esperaba tener algo a cambio.

—Mi esposa está muerta señora, no tratéis de embaucarme con vuestras mentiras. Quizás alguien os contó lo que habéis dicho. Vos no sois mi esposa. Sois una monja libertina y malvada que vino a mi castillo con una historia absurda para que la ayude a encontrar a su hija. No haré tal cosa. Lamento mucho su infortunio madame, pero creo que si esa niña es suya deberá aceptar el castigo divino, señora.

Sor Beatrice retrocedió aturdida sintiendo que su corazón iba a romperse de dolor al comprender que había hecho un viaje en vano y que su esposo no le creía o no quería creerle pues si en algún momento la quiso de ese amor no

quedaba vestigio alguno.

Entonces ya no tenía más que decir, era inútil implorar o llorar. Había llegado tarde. Fue una estúpida al creer que su esposo la ayudaría, debió buscar a sus parientes…

Aturdida y sin poder comprender por qué ese hombre no le creía una palabra pensó con angustia en su niña, raptada, condenada a una vida de indignidad al ser arrancada del convento con tanta violencia y la rabia la detuvo, la rabia y la desesperación.

—Es vuestra hija, por favor. Tiene sólo dieciséis años. Es un ángel. Mi niña. Por favor. Sólo salvadla de ese bandido.

—Estáis loca mujer. Mi esposa murió y yo no tengo ninguna hija. Lamento que hayáis hecho un viaje tan largo en vano si es que es verdad vuestra historia.

Sor Beatrice contuvo las lágrimas haciendo un gran esfuerzo, tragó saliva y pensó que al menos todavía le quedaba orgullo y algunas joyas que podía entregar a quien la llevara a su castillo donde su primo la recibiría hasta que pudiera pensar en qué hacer. Así que secó sus lágrimas y tomó su toca y se alejó del conde de Rennes.

Pero mientras se alejaba se sintió como un fantasma, como un alma en pena, sin esperanzas. Su familia la creía muerta y quizás también pensara que era una embustera. Una monja que había perdido la cordura.

—¿Os iréis tan pronto, señora? —le preguntó él.

Ella se detuvo y lo miró y siguió su camino pensando que debía alejarse de ese castillo y de ese hombre cuanto antes. Había sido un viaje al pasado que la había dejado triste y malherida.

—Marie Claire —dijo él.

Ella se detuvo al oír su nombre. Fue como una caricia a su alma herida, su nombre. Marie Claire. Largo tiempo olvidado, encerrado en algún lugar de ese castillo. Y lentamente y se volvió y notó que sus ojos grises se clavaron en ella, tanta rabia y tristeza, tanto dolor largo tiempo contenido.

Lo vio se acercó a ella furioso y pensó que se vengaría, le haría daño, aunque sabía que él jamás sería cruel con una dama.

Ella gritó cuando le quitó la toca y el hábito de monja, dejándola con un

vestido blanco ligero y la miró ceñudo y furioso.

La priora no estaba preparada para enfrentar la ira de su esposo y desesperada vio que arrojaba su hábito al fuego de la habitación y mientras lo hacía con las piernas en cuclillas observaba muy calmo cómo ardía la tela en la estufa.

Tenía otros vestidos en la maleta y sintió la imperiosa necesidad de cubrirse. Y frustrada abrió una de las maletas para buscar el vestido.

—Quedaos dónde estáis, señora. No os mováis —dijo el conde mirándola de soslayo.

Ella lo miró, sintió su voz, pero no se volvió para mirarla, parecía concentrado en quemar hasta el último trozo de hábito.

—Os quedaréis en la torre hasta que decida qué haré con vos, señora del convento. No digáis una palabra a mis sirvientes, no intentéis sobornarles como en el pasado para que os ayuden a escapar porque no lo harán. Ya no tenéis amigos aquí Marie Claire. Haréis lo que os digo si queréis que rescate a vuestra hija, señora.

—Armand. Armand, por favor… Mi ropa.

—No volveréis a ese convento, señora. Nunca debisteis estar allí siendo como erais una dama casada.

Ella lo miró espantada.

—Entonces fingisteis no conocerme, fingisteis que no creíais ni una sola de mis palabras. Dijisteis que estaba loca.

Él no le respondió.

—Iréis a la torre y os vestiréis como una dama. Y haréis todo lo que os diga por vuestra hija. Para que yo la rescate de ese caballero. Pero no hablaré de lo que hicisteis, aunque decidiré vuestro castigo en unos días. Ahora haced lo que os digo y nunca más volváis a lucir un hábito en mi presencia.

Beatrice inclinó la cabeza feliz al menos su esposo rescatara a su hija.

Él se quedó mirándola y ella se sonrojó al verse con esa túnica de fino lino blanca. Pero no pudo hacer nada, él la obligó a usar esa ropa ligera mientras era conducida a sus aposentos por una criada que la miró avergonzada de verla vestida con una simple túnica áspera y ligera.

Pero Beatrice ya no sentía ganas de llorar de rabia e impotencia.

Quería que se quedara y sabía que no había mentido.

Fingió no creerle para atormentarla, siempre supo que era ella, pero verla aparecer de hábito lo había enfurecido por eso lo había quemado…

Esperaba que ahora no la dejara encerrada en esa habitación con tan poca ropa.

—Mi maleta, traed mi maleta por favor —le pidió la priora.

La criada se detuvo y la miró sorprendida.

—Aguarde, hablaré con el conde, señora —le respondió.

Pero ese día apenas le llevaron una manta para abrigarse, comida y agua para asearse si lo deseaba. Nadie supo qué había pasado con su maleta. Su enojado esposo se la había quedado por alguna razón. ¿Esperaba investigar su contenido para cerciorarse de que era ella?

Tuvo que esperar hasta el día siguiente para recibir ropa de abrigo, vestidos y una criada se apiadó de la habitación helada y le encendió el fuego.

Nada de eso le importaba, pero se sintió mucho mejor después de que pudo asearse, lavarse el cabello y ponerse un hermoso vestido de terciopelo verde oscuro, escote cuadrado bordado en piedras. Lo recordaba bien. Había sido suyo y estaba intacto. Miró el arcón, inquieta y descubrió que todos sus vestidos estaban allí, intactos, como nuevos, como si hubieran esperado hacía tiempo su regreso. Todavía le quedaban, pero se vio extraña en ellos cuando en un momento se vio en el espejo.

Ya no era sor Beatriz Morini, la imponente priora del convento de Santa maría, era una mujer triste y desesperada en busca de su hija.

***

Sor Beatrice rezaba en sus aposentos, nunca dejó de hacerlo, pero esos rezos ya no le daban esa paz de antaño. Se sentía atormentada por la pena y la culpa, ese castillo le traía tristes recuerdos y no sabía por qué había ido a buscar a su esposo. Debió pedir ayuda a sus familiares, pues temía que él no la

escuchara y que sólo pensara en castigarla, en vengarse. Debió imaginarlo y sin embargo algo muy fuerte la impulsó a regresar al castillo de Saint Denis, su antiguo hogar.

Unos pasos la obligaron a incorporarse.

Era él por supuesto y la miraba con un gesto hostil.

—Me han dicho que quería hablar conmigo, señora.

Estaba furioso, herido, todavía no se recuperaba de que ella estuviera allí y lo entendía.

—Quería saber si sabe algo de nuestra hija.

—Es vuestra hija, lleva vuestra sangre.

Él la miró con odio cuando dijo eso.

—¿Y cómo sé que es mía? Me abandonasteis cuando estabais encinta de tres meses. Os fugasteis al convento y vuestra tía me trató como si fuera un bandido, un canalla. Juró por la cruz que habíais muerto por problemas de la preñez sin darme más explicaciones, sin dejar que me llevara el cuerpo de mi esposa y de mi niña. ¿Cómo pudisteis hacer eso Marie Claire? Abandonar a un esposo que os amaba con locura para tomar los hábitos. Para convertiros en una monja. ¿Cómo podías comulgar y fingir devoción si guardabais tan horrible secreto?

—Tuve mis razones, no fue un capricho. Fui al convento porque allí estaría a salvo. Estaba asustada, tuve mucho miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué? ¿Acaso de mí? Alguien dijo que escapasteis porque el niño que llevabais en vuestro vientre no era mío.

Sor Beatrice se enojó cuando dijo eso y lo miró furiosa.

—Era tu hijo y lo sabías, siempre fui una dama honesta, pero vos me dejabais siempre encerrada en mis aposentos.

—Lo hice para protegerme.

—¿Para protegerme? Estabais enfermo de celos y no soportabais que nadie me miraba. decían que vuestra dama era un fantasma, que no existía pues, aunque todos sabían que estabais casado nadie me veía a vuestro lado en público.

—¿Eso qué importa? ¿Acaso justifica que me abandonarais Marie Claire?

Lo hicisteis porque soñabais con ser monja y vuestro padre os obligó a ser mi esposa. Pero llevabais un bebé en vuestro vientre y lo privasteis de un padre. Si esa niña es mía no sabe que soy su padre, jamás supo nada de mí, ¿no es así?

La dama no respondió.

—Para ella soy un extraño, no soy su padre. Me lo habéis robado todo Marie Claire, no tenéis idea del daño que habéis causado. Sólo querías conservar a la niña y le disteis todo el amor y cuidados que me debíais a mí que era vuestro marido. Todo vuestro amor se concentró en esa niña y supongo que armaste algún ardid para conservarla. Pues imagino que esa niña debió ser dada en adopción, enviada lejos del convento, pero vos os las ingeniasteis para criarla y darle educación. Pero sólo le disteis un convento y muchas mentiras, porque ella tampoco debe saber que sois su madre. Debió nacer aquí, debió ser criada como una dama a salvo de este castillo. La habría amado y cuidado más que a mi vida y no habría sido jamás raptada por un malnacido bastardo. Ni siquiera habéis cuidado de la niña.

Beatrice iba a protestar indignada, pero él le ordenó que recordara su promesa.

—Calla mujer, no tienes nada que justifique vuestra cruel acción, me abandonasteis y me lo quitasteis todo. Pero yo os castigaré. Al menos tendré el placer de veros sufrir porque no pienso ir a buscar a vuestra hija. No lo haré. Ha tenido suerte en huir del convento y con su belleza volverá loco a su raptor y con el tiempo a lo mejor la haga su esposa. Si es tan astuta y bella como su madre.

Ella lo miró aterrada, no podía creer.

—¿Estáis diciendo que no buscaréis a vuestra hija?

—No, no lo haré, madame. No es mi hija, seguramente la tuvisteis en el convento con algún cura. ¿Qué puedo pensar de una dama que abandonó a su marido para tomar los hábitos teniendo un bebé en su vientre? Habéis mentido para fugaros de aquí en el pasado, habéis mentido siempre, ¿por qué no mentiríais ahora para conseguir lo que deseáis?

—Es vuestra hija. Visteis su retrato.

—La jovencita del retrato se parece mucho a vos, es verdad. Pero no es mi hija, jamás supe que tenía una hija ni a mi esposa encerrada en un convento

italiano. Muy lejos os fuisteis para que nunca os encontrara y si ahora volvisteis fue porque estabais desesperada. Por el rapto de vuestra hija. De haberla dejado en este castillo jamás la habrían raptado, pero al parecer en vuestro convento permiten que rapten a una bella novicia y ni siquiera toman cartas en el asunto.

Ella lo miró atónita, demasiado disgustada para decir palabra.

—Ahora os quedaréis encerrada aquí hasta el fin de vuestros días Marie Claire y pagaréis por el dolor que me habéis causado, cada día, cada hora que pasaréis en estos aposentos lejos para siempre de vuestra preciosa hija y de vuestro bienamado convento de Santa María. No tendré piedad de vos porque vos nunca tuvisteis piedad de mí, señora.

La odiaba y podía entenderlo, aunque por las razones equivocadas. Algún día tendría el valor de confesarla el verdadero motivo que la impulsó a huir de su lado, pero no era el momento.

—Dijisteis que estabais dispuesta a ser castigada. Pues este será vuestro castigo. Aceptadlo y no os atreváis a suplicarme por esa niña porque no vais a lograr conmoverme, esposa mía. Esta vez no, porque lo que un día sentí por vos, el amor intenso dulce y amargo que me corroía las entrañas está enterrado frente a las tumbas de mi esposa y de mi hija que están en el cementerio de este castillo —dijo su marido sin piedad y se marchó.

Ella no le suplicó, ni lloró, no dijo una palabra. Pero en secreto rezaba para que no cumpliera sus amenazas, pues no quería pasar el resto de su vida confinada a la torre sin ver a su niña, era demasiado horrible, demasiado cruel… no lo resistiría. Tenía que luchar, tenía que lograr que su marido la perdonara. Él no era un hombre cruel y mucho la había amado en el pasado, aunque dijera que ese amor había muerto la forma en que la había mirado escondía algo, estaba segura. Quizás estuviera herido y la odiara por su abandono, pero sentía algo más que eso y debía descubrirlo.

***

Los días grises fríos de ese crudo invierno pasaron sin que pudiera ver más

que un trozo de cielo a través de la mirilla de sus aposentos.

El tiempo pasaba y el encierro comenzó a hace mella en su carácter.

Era una mujer fuerte, se había endurecido con los años, pero ahora lo había perdido todo excepto la esperanza.

Todos los días se repetía la rutina de orar, asearse, comer muy poco y llorar cuando nadie la veía. Lo hacía, en especial cuando la oscuridad invadía sus aposentos y debía irse a dormir.

Una mañana vio a una joven criada cuyo rostro le resultó familiar. Tenía la edad de su hija o tal vez un año más y…

—¿Vos sois Anelisse, la hija de Marianne?

La joven sintió y la miró con cara de espanto como si no le agradara que ella supiera eso.

—¿Vuestra madre aún trabaja aquí?

—¿Mi madre? ¿Conoce a mi madre?

La priora asintió.

—Fue mi fiel criada desde que llegué aquí.

Pero la jovencita no dijo nada. Parecía molesta y de pronto la priora comprendió que la joven no quería problemas ni que fuera considerada parienta de una amiga de la esposa odiada por el conde.

—Señora. Le he traído su ropa. ¿Desea que la ayude a asearse?

La priora declinó la invitación, siempre se bañaba sola en el convento, pero su cabeza estaba en otra cosa y cuando la joven se marchó le dijo que quería hablar con su madre.

—Avisadle a Marianne que necesito hablarle.

La jovencita asintió con un gesto.

—Es urgente, por favor, debo saber si el conde está buscando a su hija.

No le respondió y la dejó con esa horrible angustia de no saber si su esposo realmente cumpliría sus amenazas y la dejaría confinada allí de por vida, sin poder ver a su hija.

***

Mientras tanto, Annabella Rosselli, la novicia raptada estaba pensando en sor Beatrice ese día y en las monjas del convento. Quizás el frío la puso nostálgica, no lo sabía, pero de pronto no podía dejar de pensar en Sor Beatrice y en la extraña historia sobre su nacimiento.

Le parecía inesperado que nadie la hubiera buscado, pero supuso que aceptaron lo ocurrido con resignación, en verdad que no quería ser encontrada, era muy feliz junto a su esposo con un bebé en su vientre fruto de su amor y pasión…. En sus brazos había descubierto que el amor era la experiencia más maravillosa que había sentido en su vida. No quería ni pensar en regresar al convento, pero no podía evitar preguntarse cómo estaría su antigua mentora, sor Beatrice y las demás monjas luego de su rapto.

—¿En qué piensas hermosa? —le preguntó su esposo.

Ella lo miró sonriente, con su larga cabellera dorada cayéndole como cascada y sus hermosos ojos verdes era como una hermosa ninfa del bosque. Eso pensó él al mirarla mientras la acariciaba con la mirada y pensaba en lo afortunado que era.

—Ven aquí, hermosa, no podrás escapar de mí —le dijo al oído mientras la despojaba del vestido y acariciaba sus pechos llenos, hinchados por su preñez.

La joven rio cuando comprendió sus intenciones y su risa no tardó en convertirse en gemidos de placer cuando la hizo suya y su miembro la poseyó con desesperación, hambriento de ella…

Estar en sus brazos era una fiesta de placer y felicidad, él la deseaba tanto, se volvía loco cada vez que la hacía suya y sabía que nunca había sentido algo así por otra mujer.

—¿En qué pensabas, hermosa? Os noto algo triste hoy —le preguntó luego cuando calmado la envolvió entre sus brazos y suspiró.

Annabella se puso seria.

—Pensaba en el convento, pensaba en sor Beatrice.

Él se puso serio.

—¿Extrañas el convento? Vamos. Eras una prisionera allí, una cautiva de esas monjas.

—Nunca fui una cautiva.

—Pero os hacían trabajar como una criada buscando fruta a la huerta, aunque celebro que lo hicieran porque así fue que os conocí.

Annabella sonrió y él la besó.

—El convento siempre fue mi hogar, Etienne, mi familia, fui feliz allí y me pregunto sí… Sor Beatrice debe echarme de menos, ella me crio y me enseñó a hablar vuestra lengua.

—¿Y dónde están tus padres hermosa? Tu familia. ¿Cómo os abandonaron en ese convento? Fueron tan crueles.

Annabella evitaba hablar de la historia que le había contado sor Beatrice por la sencilla razón de que la avergonzaba. No era agradable descubrir que era una hija ilegítima de un caballero odioso y malvado, ni la forma en que concebida.

—No lo sé, me dejaron allí de muy pequeña pero jamás volví a verles.

—¿Y no hablasteis de ello con las monjas? ¿Nunca os contaron la verdad sobre vuestra familia? —insistió su esposo.

Ella lo miró mortificada, no quería mencionar la triste historia de su nacimiento, era una novicia de Santa María y no quería que pensara que la joven que amaba era la bastarda de un malvado caballero e hija de una monja.

—Mi madre murió al dar a luz y mi padre me dejó en el convento porque dijo que no podía criar solo a una niña.

—¿Y vuestros familiares? Debías tener tíos, primos, hermanos.

—Nunca fueron al convento a verme. Sólo recuerdo a las monjas y Sor Beatrice siempre me tenía en su regazo y me contaba cuentos. Me cantaba y me daba dulces. Y las demás también. A mí y a las demás, porque éramos varias niñas huérfanas dejadas en el convento para ser adoptadas, algunas tuvieron suerte, pero nosotras no… nos quedamos en el convento.

—Una niñita hermosa imagino y os educaron como una gran dama. Quizás fuisteis la travesura de una monja y un cura.

Ella lo miró ceñuda.

—Oh no… en el convento jamás. Los curas estaban lejos de las monjas.

—Sí, pero hay un pasadizo que comunica ambos edificios. Yo estuve allí preciosa, ¿cómo creéis que os rapté? Imagino que algún cura podía escapar y reunirse con una guapa novicia para retozar y por eso luego había bebés en el convento para dar en adopción. Los curas son hombres preciosa, aunque lleven sotanas sufren tentaciones y no son santos. En mi pueblo había un cura que tenía muchos hijos y estaba casado en secreto con una mujer viuda.

Sor Beatrice se habría escandalizado de oír tales palabras.

—En nuestro convento había respeto y las monjas jamás estaban a solas con los curas —replicó Annabella incómoda.

—Pero ellos iban a menudo al convento, me dijeron que el padre Amadeo os miraba.

Ante la mención de su antiguo amigo su esposa se puso colorada.

—Era sólo un amigo. Jugábamos de niños, él era huérfano de madre y su padre decidió que fuera cura.

Su esposo sentía celos de ese cura, no entendía por qué.

—En nuestro convento había respeto y no pasaban esas cosas que crees —insistió.

—Está bien, no quise ofenderos. Os cuidaron bien y por eso les estoy agradecido.

Annabella suspiró aliviada, no quería que su marido supiera que era la hija de una monja que fue ultrajada por un malvado caballero en una de sus visitas al convento. Sabía que tal vez las otras niñas pudieron ser concebidas de la misma forma, sor Bianca se lo había confesado al verla triste y furiosa luego de que sor Beatrice le confesara la historia de su nacimiento.

No quería pensar en eso. Era la esposa de un caballero. Aunque para serlo tuviera engañar, mentir y dejar atrás su pasado indigno como hija bastarda de un caballero.

Ahora todo era diferente en Saint Germain, al fin sentía que la respetaban y admiraban por llevar en su vientre el fruto de su amor. Aunque apenas se notaba porque era muy reciente, supo que suegro estaba muy feliz. No así la prima de su marido: Francine, esa joven le tenía rabia y celos y ahora parecía odiarla, aunque

lo disimulaba. Jamás la enfrentaba ni le decía nada en frente a Etienne.

De pronto se preguntó si esa joven no estaría celosa por otra razón. Si no estaría enamorada de su esposo. No era su prima en realidad, sino la hijastra de su tío y quizás esperó que al final él fuera su esposo. Etienne lo había negado, pues nunca había tolerado bien la llegada de su tío y su familia al castillo, se mudaron aprovechando la ausencia de su padre y durante un tiempo su tío fue su mentor, pero con el tiempo comprendió su tío quería quedarse con el castillo y no le agradó. El castillo era su herencia y nadie lo despojaría de ella.

Días después vio a Chiara, la novicia que había sido raptada ese día.

Daban un paseo por los alrededores del castillo aprovechando el buen tiempo. La jovencita miró el cielo azul y suspiró.

—Ahora debéis pensar en vuestro bebé, amiga, sólo en él. Debéis estar tranquila y lejos de esa malvada mujer. Muy lejos —le aconsejó Chiara.

Annabella sabía que tenía razón y mientras recorrían los jardines se detuvo y la miró.

—Estoy asustada, no me siento segura aquí he pensado que ahora que estoy esperando un bebé… ella me hará mucho daño. Lo presiento. Es malvada y siempre ha sentido celos. Al comienzo pensé que era porque Eloise… porque abandonó a su esposo en el altar y entonces me guardaba rencor, pero intuyo que hay algo más.

—¿Y no ha cambiado su actitud al saber que estáis esperando un bebé?

—No… al contrario. Está furiosa y me mira con odio, creo que me vigila por eso mi esposo siempre tiene centinelas apostados en nuestros aposentos.

—Me parece muy extraño eso. ¿No estará enamorada de vuestro marido por eso os odia tanto?

—Eso pensé, pero él lo ha negado. Dice que sólo son celos porque siempre ha sido la dama del castillo y que no me haría daño porque no es malvada, sólo consentida y celosa.

—Annabella por favor, tomad asiento. No podemos caminar tanto. Estáis esperando un bebé y yo también —Chiara se sonrojó cuando lo dijo.

Ambas se miraron y sonrieron.

—Ya sé. Sabes he estado pensando en Sor Beatrice y en el convento. ¿Y si

vienen a buscarnos? Yo no querré ir. No querré regresar jamás.

Chiara se puso seria.

—Ni yo. Creo que ese rapto fue lo mejor que pudo pasarnos. Habríamos perdido nuestra juventud y belleza en ese convento, la vida entera.

Annabella calló. Ambas compartían un secreto, ambas eran hijas de monjas que habían sido ultrajadas y eran el fruto del pecado junto con las otras novicias más jóvenes que compartían el pabellón de Santa María. De alguna forma las monjas las habían dejado separadas de las demás.

—Yo no regresaré tampoco, ahora tengo un esposo y un hijo. Pero pensaba que … es extraño que nadie nos buscara, que no trataran de impedir el rapto, ¿verdad? —preguntó Annabella pensativa.

—No llegaron a tiempo y luego… saben lo que pasó con nosotras amigas, o se lo imaginan. Pero no siento pena de lo que pasó, creo que nunca quise ser monja en realidad. Sólo me pregunto quién sería mi madre.

—La mía murió, sor Beatrice me lo dijo. Pero no quiero hablar de ello, no quiero que mi esposo lo sepa. Sabes cuánto me avergüenza.

—¿Entonces Etienne no lo sabe?

Annabella negó con un gesto.

—Estoy llena de secretos, ¿verdad? —dijo y bajó la voz.

La joven pensó que su nacimiento fue un secreto, un vergonzoso secreto y mi boda también, pues fue desposada luego de tomar el lugar de otra dama. Ahora era Eloise de Poitiers, no Annabella Rosselli. Una impostora, una usurpadora que se prestó al engaño porque Etienne de Montfault la obligó, porque dijo que no había otra forma de convertirla en su esposa. Y ella le dijo antes que jamás se entregaría a él hasta que le pusiera un anillo en su dedo.

Y su amiga que conocía bien su secreto trató de darle ánimo diciéndole que todo saldría bien. Pero Annabella no olvidaba que Eloise de Poitiers era una novicia del convento y que podía enterarse de que ella estaba usurpando su lugar.

Miró atormentada hacia los jardines.

—No digáis nada Chiara, por favor —le dijo —Creo que alguien nos vigila —murmuró inquieta.

Esa sensación de ser espiada era recurrente.

Su amiga pelirroja se incorporó y fue a ver si realmente había alguien.

—Aguarda aquí, iré a ver —dijo.

Annabella aguardó inquieta pensando que ese secreto la había atrapado y que nunca tendría paz ni se sentiría a salvo. ¿Pues qué pasaría si suegro se enteraba que su hijo raptó a una novicia del convento de Santa María D'Este y la llevó a su castillo diciendo a todos que era su prometida, la dama Eloise de Poitiers? No se atrevía ni a imaginarlo, pero sabía que esos caballeros eran muy crueles y sanguinarios y el conde de Montfault también, aunque todos dijeran que era piadoso. Si descubría que ella no era en realidad su nuera la enviaría a un calabozo sin compasión.

—Annabella, no hay nadie aquí —dijo su amiga con inocencia.

Ella la miró aterrada y sus ojos verdes almendrados se abrieron expresando el terror que sentía.

—No me digáis así por favor —balbuceó en italiano.

Chiara se sintió avergonzada.

—Lo siento, perdonad.

Annabella era su verdadero nombre, así la llamaban en el convento, pero en el castillo de Saint Germain todos debían llamarla Eloise.

—No había nadie, señora Eloise —dijo Chiara.

Pero Annabella no se sintió tranquila. Tuvo el horrible presentimiento de que algo muy malo pasaría y aunque tratara de apartar esos malos augurios de su mente era muy fuerte la sensación de que estaba en peligro.

***

Sor Beatrice se encontraba rezando hincada en su habitación cuando recibió la visita de Marianne, su antigua criada.

La emoción de verla fue tan fuerte que se incorporó y quiso correr a abrazarla, pero la criada le hizo un gesto de que guardara silencio.

—Madame, no diga nada que estuve aquí. No me permiten visitarla —le confesó.

Marie Claire sonrió. Era tal cual la recordaba, regordeta, de cabello oscuro, mejillas infladas y ojos muy grandes y castaños.

—Marianne. Gracias por venir, debo hablar con vos. Debo haceros una pregunta —dijo la dama inquieta y asustada.

—Sí, ¿qué queréis saber, señora?

—El primo de mi esposo, ¿está aquí?

La criada lo negó y puso cara de susto.

—Murió, hace años.

—OH, qué alivio…

—Un caballero le dio muerte y nadie lloró demasiado esa pérdida —su expresión cambió y sonrió —Señora condesa, qué guapa os habéis puesto. Ya no os veis como esa jovencita delgada y asustada.

—Gracias… sí, he cambiado bastante.

—Señora, debe decirle la verdad a su esposo. Él debe entender lo que pasó esa noche. Por favor. Él la adora. La ama con locura, nunca dejó de amarla.

La antigua priora sonrió.

—Es verdad? No ha tenido esposa ni tampoco…

—Ha tenido mujeres, no es un cura, señora, pero a pesar d que algunas quisieron atraparle él dijo que no se casaría. Y no se casó. Creo que esperaba su regreso y sabe, me pone muy feliz saber que ha regresado. No podía creerlo cuando lo supe.

La dama sonrió.

—Gracias, Marianne. Os recuerdo con mucho cariño.

—Se quedará?

—Sí…

—Y me dijeron que tuvo una niña?

—Sí, se llama Annabella y fue raptada del convento.

La dama se puso triste al relatar el episodio a su antigua criada.

—No se preocupe madame, su esposo la encontrará y dará su merecido a ese tunante.

—Quisiera creerlo, pero ahora está muy herido y no quiere buscarla. No lo hará. No sé qué hacer.

—Dígale la verdad.

—Es que no puedo, es muy doloroso para mí. Quizás no me crea.

—Por supuesto que le creerá.

Al oír ruidos Marianne dijo que tenía que marcharse.

—Lo siento señora, vendré otro día. El señor conde me ha prohibido venir, teme que usted escape de nuevo.

—Sí, lo sé. Pero no escaparé. He venido para quedarme, Marianne.

—Me alegra saberlo, señora —respondió la criada y desapareció.

La dama suspiró aliviada.

Así que la bestia de Anjou había muerto. Qué buena noticia. No se habría quedado de saber que ese demonio estaba allí.

Pensó en el pasado y en ese secreto. Su criada también lo sabía, pero ella no había dicho una palabra como ella le había pedido.

***

Los días pasaron monótonos y solitarios. Marie Claire pensaba en el pasado y rezaba por su hija. Hacía días que estaba allí encerrada, semanas, casi había perdido la noción del tiempo y durante ese cautiverio él no la había ido a visitar ni una vez. Ni tampoco había respondido su llamado pues quería saber si tenía noticias de su hija.

De pronto sintió sus pasos y se alejó de la ventana ilusionada, sabía que era él, conocía su perfume, la forma de caminar, lo conocía tan bien a su marido. Pero como siempre la miró con rabia y alerta.

—Señora. Habéis preguntado por vuestra hija y me temo que no os traigo gratas noticias —dijo el conde de forma inesperada.

Sus palabras la llenaron de ilusión hasta que comprendió su significado.

—¿Qué ha pasado? Oh Dios mío.

Su esposo estaba muy serio, casi disgustado.

—Me temo que el hijo del conde de Montfault está casado con la dama Eloise de Poitiers y ella está encinta. Nadie sabe de ninguna novicia raptada. Lo

que no me sorprende, pues he oído que el conde de Montfault es un hombre piadoso pero muy severo y no permitiría que su hijo cometiera un acto tan vil. Lo que presumo es que no la llevó al castillo como pensabais pues allí sólo está su esposa.

La dama se estremeció.

—No puede ser, él raptó a mi niña y a las demás. Él lo hizo. Además, Eloise de Poitiers estaba en el convento cuando partí, ella no puede estar en el castillo del conde de Montfault. Abandonó a su prometido para tomar los hábitos.

—Vaya, al parecer es una epidemia… ahora todas las damiselas abandonan a sus novios para tomar los hábitos. Sin embargo, me han dicho que la dama en cuestión es la esposa del hijo del conde. Etienne de Montfault. Dudo que sea tan osado de conservar a su cautiva en ese castillo junto a su esposa legítima, sería muy atrevido y su padre lo castigaría. Y mis hombres han dicho que el caballero no tiene ninguna novicia cautiva. Dijo que ninguna cautiva llegó a Saint Germain. Y que la misión del joven caballero era ir al convento a rescatar a su huidiza prometida y llevarla de regreso a su país para desposarla. ¿Realmente tenéis pruebas de que ese joven raptó a la novicia Annabella? A lo mejor os dio un nombre falso y se hizo pasar por el hijo de un caballero y no era más que un bribón de poca monta que seguramente fue a robar los tesoros del convento.

—Eso sería terrible porque entonces nunca encontraré a mi hija, por favor, señor de Rennes, castigadme, quitadme la vida si eso os da paz a vuestro odio, pero no os venguéis en mi hija. Es vuestra hija, lleva vuestra sangre. Por favor. Tenéis que encontrarla y ponerla a salvo.

—Vuestra muerte no me daría ningún alivio señora, pues para mí no sois nada más que una mujer malvada que me abandonó un día y sólo pienso en una dulce venganza para que paguéis. No, no rescataré a vuestra hija, ni siquiera la buscaré. Ya hice demasiado al enviar a mis sirvientes a investigar. Mejor será que os hagáis a la idea. No fue ese caballero quién la raptó y en verdad que vuestra historia me parece farsa. ¿Será que perdisteis el juicio en ese convento y os inventasteis que teníais una hija?

—OH, claro que no Armand, por favor, ¿por qué crees que me arriesgué a buscaros? Jamás mentiría en algo tan importante, no he mentido jamás.

—¿De veras lo creéis, madame? Pero si tu vida en ese convento fue una mentira. Jamás fuisteis una monja y hasta os nombraron priora. Imagino que usasteis vuestra inteligencia y encanto para engañar a todos en ese convento.

De nuevo su odio, sus reproches. Estaba harta. ¿Qué haría con ella? ¿Torturarla hasta al fin echándole en cara su abandono? ¿Cómo sabía si eso era verdad, si realmente no había encontrado a Annabella?

—Sois muy cruel, Armand. Habéis cambiado. Os pido perdón por todo el daño que os he hecho en esta vida, pero quiero deciros que vuestro odio sólo os traerá infelicidad y amargura y antes de creer que soy una mentirosa que os abandonó porque odiaba el matrimonio y soñaba con regresar al convento os diré que tuve mis razones para escapar de aquí y lo hice obligada. Obligada por las tristes circunstancias y para proteger al bebé que llevaba en mi vientre.

—¿Qué circunstancias? ¿Acaso pretendéis engañarme y enredarme con vuestras mentiras? Pasaron muchos años y jamás recibí siquiera una carta vuestra Marie Claire. Y os aseguro que os busqué durante años, recorrí todos los conventos y de haberos encontrado os habría traído aquí a la fuerza porque os amaba. Tanto os amé en el pasado y vos me dejasteis solo, enterrasteis mi amor en una tumba. Nada os importó ni ahora os importa. Vuestro único amor es esa joven. Lamento deciros que está perdida, nunca la encontraréis. Habéis hecho un viaje en vano… en realidad no, habéis venido a pagar por vuestros pecados del pasado, madame.

La dama comprendió que había cometido un grave error al pedirle ayuda, pero no era tonta, pudo expulsarla de su castillo, pudo fingir que no la conocía en vez de armar esa trampa para atraparla. Como si hubiera caído en la cueva del lobo, así se sentía. Y, sin embargo, a pesar de su odio notó un brillo intenso una mirada distinta al verla bien vestida y arreglada. Su marido había sido un hombre apasionado y sabía que todavía la deseaba.

Sólo tenía que atizar el fuego y estaba segura de que se encendería. Y pensó que no resultaría suplicarle a un hombre que la odiaba, pero todavía la amaba y la dejaría encerrada allí de por vida, nunca más saldría de ese castillo. Pero debía provocarlo un poco más.

—¿Entonces no me ayudaréis? ¿Haréis daño a vuestra sangre, a vuestra hija

para castigarme señor de Rennes y Hainaut?

Él no le respondió, se alejó furioso como si no quisiera quedarse un instante más en esa habitación.

Pero ahora tenía otro asunto de qué preocuparse. ¿Por qué su marido dijo que Etienne tenía una esposa y ella estaba esperando un bebé y no tenía ninguna novicia raptada? Bueno, era evidente que si lo hizo lo ocultó para no ser castigado, pero… aseguró que Eloise de Poitiers era la dama en cuestión y ella sabía bien que eso no podía ser porque la verdadera Eloise estaba en el convento de Santa Clara dónde se quedó para tomar los votos.

A menos que no fuera quien decía ser.

Esa posibilidad la había aterrado. Sin embargo, pensó que su marido se lo decía para atormentarla. Si el verdadero caballero de Saint Germain estaba casado y su esposa estaba encinta, no debía ser Eloise sino su hija… Por el tiempo que llevaba raptada, más de tres meses sólo podía ser su hija. Y para hacerla suya celebró una boda falsa para que su padre no desconfiara haciendo pasar a Annabella, la novicia del convento por la verdadera Eloise de Poitiers.

Claro, por eso no se llevó su prometida a su país sino a la bella novicia en su lugar. Debió planearlo entonces.

Eloise le había contado cosas horribles de Etienne en privado, cuando supo que había raptado a las novicias.

—Es un hombre lascivo y cruel, abadesa, y siento mucho alivio de no haber sido raptada también, lamento que la pobre Annabella ocupara mi lugar, pero al parecer escogió a la más guapa del convento y ya imagináis lo que le hará señora priora”.

Sor Beatrice se sintió llena de rabia cuando escuchó eso, pero sabía que era verdad. En vez de llevarse a su prometida como era su intención al comienzo el caballero francés se llevó a Annabella y a dos novicias más. ¿Acaso decidió que una no sería suficiente y también tendría a las otras dos como sus cautivas?

Al respecto Eloise de Poitiers comentó: —Bueno, eso es muy raro porque ni la novicia Chiara ni la otra son guapas. Tal vez las llevó para que le hicieran compañía a Annabella, su hermosa cautiva.

La antigua monja dio vueltas en su habitación desesperada. Si ese hombre

lo había hecho, si desposó a Annabella obligándola a suplantar una falsa identidad la habría puesto en un gran peligro pues su farsa sería descubierta algún día. Alguien del castillo sabría que esa joven no era Eloise de Poitiers y cuando descubrieran que no era quien decía ser sino una impostora… la encerrarían en una mazmorra y ese malvado caballero no podría hacer nada para evitarlo.

La dama comprendió que lo único que le quedaba hacer era ir ella misma al castillo de Saint Germain y hablar con el conde y decirle lo que había hecho su hijo. ¿Pero quién le creería sin su hábito? Además, él le había quitado sus pertenencias, sus joyas y la bolsa con monedas de oro. Él tenía su maleta con todas sus pertenencias y por supuesto que le quitó todo para que no pudiera escapar ni sobornar a ningún criado como ocurrió la última vez, cuando estaba casada con él.

Pero el tiempo pasaba y ella seguía sin saber dónde estaba su hija. Sin saber si estaba bien y sospechaba que estaba en peligro por esa maldita farsa pues si era descubierta…

Desesperada llamó a su sirvienta.

Anelisse acudió tarde como siempre hacía y con cara de disgusto. Todos la odiaban porque tenían que servirla y no era más que la esposa que abandonó a su señor y cometió ese terrible ultraje a su honor haciéndose religiosa. La detestaban. Era la oveja negra y sarnosa del rebaño.

—¿Qué necesita, madame? —preguntó la mocosa mirándola con ojos duros. Era igual a su madre, pero tan distinta. Marianne era mucho más bondadosa y gentil.

—Quiero hacerte una proposición, ven, acercaos.

La criada no se movió y se quedó mirándola con estupor.

—No comprendo qué quiere decir, madame.

—Mi esposo se llevó mi equipaje y en una de las maletas hay una bolsa con monedas de oro. Supongo que él no tocó nada de ese equipaje porque lo conozco, y necesito que tomes esa bolsa y me la traigáis de inmediato.

La muchacha la miró primero incrédula y luego horrorizada.

—Oh non, madame. Mi señor me mataría.

—Os compensaré con diez monedas de oro, muchacha, es mucho dinero. Podríais compraros vestidos nuevos o guardarlo para vuestra dote. Imagino que vuestros padres os buscarán un esposo muy pronto.

La joven se sonrojó. Claro, estaba en esa edad que las muchachas empiezan a mirar a los hombres con otros ojos, que fantasean y sueñan con tener un marido que las rescaten de una vida de servidumbre. Algún escudero o criado más importante.

—Señora no… —balbuceó luchando contra la tentación.

—Por favor. Necesito esas monedas para ir a rescatar a mi niña. Ella tiene vuestra edad y fue raptada por un malvado caballero.

La criada escuchó la historia nada conmovida, estaba asustada pues temía que su señor se enterara de esa conversación y la castigara, su misma madre le daría una paliza si aceptaba. Esa dama era muy osada, o estaba muy desesperada para intentar sobornarla.

—Oh madame no, no puedo. Jamás lo haré. por favor ni lo intente, no intente escapar de aquí porque su esposo la vigila, la vigila día y noche… no sale de Saint Denis por cuidar de vos.

La priora sonrió de forma secreta al oír esa información.

—¿De veras? ¿Entonces el conde siempre está aquí?

La criada asintió.

Entonces era lo que sospechaba. Él la espiaba sin que ella lo supiera.

—¿Hay alguna habitación secreta en esta prisión, muchacha?

Anelisse tragó saliva.

—No me haga preguntas, mi señor se enfadará. Le ruego que sea sensata y no intente escapar. Esta torre está fuertemente vigilada día y noche, nadie duerme por cuidar la puerta de este edificio. Mi señor no permitirá que su esposa escape de nuevo como hizo una vez, es lo que he escuchado. Él la ama, madame, la ama mucho todavía.

Esas últimas palabras confirmaron lo que sospechaba, pero no, no estaba segura de eso.

—¿Me ama? ¿Entonces por qué no busca a nuestra hija? —se quejó con amargura.

La joven guardó silencio.

—Eso no lo sé, pero si la dama fugitiva regresó es porque también ama a su esposo y buscó una excusa para volver. Eso me dijo mi madre. Ella habló muy bien de vos señora, sabe por qué os fugasteis. Y me pidió que os dijera que debe decírselo a su marido para que la perdone. Ahora debo irme, madame.

—Está bien, comprendo. Pero antes de iros os ruego que me preparéis un baño para esta noche. Y me traigáis esencias de rosas y jazmines.

La joven la miró sorprendida pero la dama no sonreía.

Marie Claire se quedó pensando en las palabras de la hija de Marianne. Era prisionera de su esposo y seguiría atormentándola con reproches, torturándola diciéndole que no rescataría a su niña. Pero ¿qué pasaría si lo provocaba un poco más?

Tenía que domar a esa fiera y lograr que aceptara que se sometería a él en carne y alma si traía a su hija de regreso. Era menester terminar esa guerra de odio y rencor, no quería pasarse la vida encerrada allí sin poder ver a su hija, sin poder rescatarla de su horrible destino.

Estaba encinta. Y corría peligro. La situación era desesperante.

***

Mientras, en el castillo de Saint Germain… una monja malvada acababa de llegar con un funesto secreto que amenazaba con destruirlo todo.

—Mi señor. Está aquí. Ella está aquí —dijo Albert Lenoire irrumpiendo en los aposentos del hijo del conde de Montfault.

Este lo miró furioso pues no le agradaba que lo apartaran de su dulce esposa Annabella.

—Qué sucede Lenoire, de qué habláis? Hombre, parece que habéis visto un fantasma.

—Es un fantasma, Monsieur, un fantasma y la hemos atrapado cuando intentaba ser recibida por el conde.

—¿Un fantasma? ¿Qué fantasma? Hablad de una vez.

El caballero miró a su alrededor nervioso.

—La dama Eloise. Ella vino escoltada por cuatro monjas y se enteró que vos habíais puesto a otra en su lugar y se enfureció. Camino aquí alguien le contó que su marido ya tenía esposa y ahora está furiosa. Os delatará mi señor. Y estaremos perdidos. Todos nosotros.

El caballero de Montfault y antiguo raptor de la novicia Annabella se quedó tieso, asustado, furioso.

—¡Maldición! No puede ser —se quejó —¿Cómo es que vino al castillo y nadie la vio? ¿Dónde está esa bruja ahora? ¿Qué habéis hecho con ella?

—La hemos atrapado a tiempo mi señor y encerrado en la torre junto a las otras monjas. ¿Pero qué haremos ahora mi señor? No pueden quedarse allí, llamarán la atención. Ella quiere hablar con vos, dijo que es vuestra legítima esposa y debéis aceptarla o le contará a vuestro padre lo que habéis hecho.

Etienne palideció.

—Oh, maldita sea esa mujer. ¿Por qué vino aquí? ¿Acaso no quería ser monja?

—Bueno, dijo que al parecer sor Beatrice descubrió que el documento que le dejasteis era una falsa anulación y que ella era en realidad vuestra esposa. Tuvo que marcharse, no la dejaron tomar los votos, no hasta conseguir una auténtica anulación. Por eso vino, pero cuando supo que ya teníais de esposa a la novicia Annabella enfureció. Mi señor debéis esconder a vuestra cautiva ahora, porque esa mujer está loca de celos y podría hacerle daño.

Etienne se opuso a hacer tal cosa.

—No encerraré a mi esposa, Lenoire, Annabella es mi única esposa y no me doblegaré ante el chantaje de esa horrible mujer.

—¿Y qué haréis con la monja, mi señor? Vino aquí a buscaros, quería el acta de anulación, pero ahora al parecer ha cambiado de opinión y reclama por ocupar el lugar que le corresponde como esposa vuestra.

—Debéis llevarla lejos de aquí ahora, Lenoire. Cuando anochezca la sacaréis de Saint Germain y la llevaréis a un convento que es a donde pertenece.

—Pero esa dama es muy brava, hablará, os delatará y tendréis que recibirla de nuevo a vuestro lado.

—Pues no, no haré eso. Malvada mujer. Me dejó plantado en el altar ¿y ahora regresa porque la expulsaron del convento? Demasiado tarde reclama su derecho, me abandonó y tomó los votos sin pensar en el daño que me hacía. Y yo tengo una esposa que amo y la presencia de esa harpía no me hará cambiar de idea.

—Siempre estaréis con miedo de que os delate mi señor.

—Entonces vendedla a un caballero que quiera una esposa fea y gruñona como esa. Haced que lleve un vestido bonito y yo entregaré dos bolsas de oro como dote.

—Ella no aceptará.

—Eso lo veremos.

Furioso el hijo del conde fue a ver a su esposa de papel, a la verdadera Eloise de Poitiers. No podía creer que se hubiera atrevido a ir. Había dado por zanjada esa cuestión. Si tanto quería ser monja ¿por qué había ido a atormentarlo con sus amenazas? ¿Qué buscaba exactamente esa mujer?

Annabella comprendió que pasaba algo pues de pronto sintió pasos y voces airadas en la habitación. Su marido parecía reñir con Lenoire. Pero estaba cansada, acababan de hacer el amor un rato antes y pensó que no sería importante y se quedó dormida, sonriente, pensando que el amor era lo más maravilloso que había sentido en su vida.

Lejos del lecho nupcial y arrojada a una fría torre, la verdadera Eloise de Poitiers esperaba a su marido agazapada en un rincón, mala como una víbora casi siseaba con su lengua furiosa por descubrir la jugarreta de ese bandido. No podía creer que fuera tan tonto en realidad. ¿Acaso esperaba poder mantener esa farsa para siempre? ¿Desposar a una novicia huérfana y hacer creer a todos que esa pobretona era en verdad la hija de un noble francés?

—Señora Eloise, tenga calma. Seguro que es un malentendido —dijo la hermana Adele su fiel servidora.

Las otras conversaban entre sí en italiano hasta que intervinieron.

—Debe guardar silencio ahora, hermana Eloise. Su situación es muy delicada. Acaban de encerrarla en una torre y pueden enviarla a los calabozos si representa una amenaza para el hijo del conde.

Eloise miró a la monja vieja que había dicho eso, sus ojos oscuros echaban chispas.

—Soy su esposa y no puede retenerme aquí. Tengo derecho a reclamar mi lugar y lo haré.

—Hermana Eloise, lo siento mucho, su situación es muy triste pero no olvide que el caballero desposó a la novicia Annabella. Ella ha de tener el corazón de vuestro esposo pues no creo que se atreviera a cometer esta imprudencia de no haber estado locamente enamorado de esa jovencita.

Eso era lo que más la mortificaba. Pensar en esa novicia con sus hermosos ojos verdes de gata en celo, esa buscona rubia y bonita le había robado a su prometido y ella fue tan necia que dejó que pasara. Ella no sabía que su prometido era tan guapo y cuando lo vio al fin supo lo estúpida que había sido al huir de él. Pero entonces él se había hartado de su negativa a verle, de su fuga y de haber pasado tres meses buscándola por toda Francia. Estaba furioso, herido y entonces ya debía saber que en ese convento había una novicia rubia y muy hermosa. Por eso decidió repudiarla mientras se fugaba con su bella damisela. Lo planeó todo y hasta le dio un documento falso para que pudiera tomar los votos. ¿Por qué rayos hizo eso si luego desposó a Annabella haciendo creer a todos que esa monja era Eloise de Poitiers?

A lo mejor no lo planeó, ocurrió, quiso desposar a la cautiva luego de probar el dulce mucho antes. O ella se lo exigió pues no era tan boba como todos pensaban. Era astuta. Ambiciosa. Encantada de ser raptada por un caballero tan guapo como ese. Alto, guapo y viril, el hombre más guapo que había visto en su vida y ella fue tan imbécil de plantarlo por un convento…

Bueno, era tarde para arrepentirse y lo sabía. Etienne dijo que la dejaría en el convento. Y ella pensó que sería feliz allí.

Y lo fue por supuesto. Hasta que supo que su novio había raptado a Annabella para convertirla en su cautiva y que seguía casada con él porque ese documento, el que le dio a la priora era falso. Ningún tribunal eclesiástico había autorizado la anulación de su boda. Seguía casada con él y él tenía a su cautiva. Su novio raptó a tres novicias, rayos, nunca había sentido tanta vergüenza en su vida cuando al día siguiente se enteró de lo ocurrido. Jamás pensó que fuera tan

insensato, que se encapricharía así de una mujer cuando seguramente podía tener la que quisiera con sólo chasquear los dedos.

Un sonido en la puerta la sobresaltó y notó que las monjas se apartaban como cucarachas a un costado mientras sentía los pasos acercarse a la habitación.

Era él, su marido por supuesto. Debía estar muy asustado por eso fue corriendo a visitarla.

Tembló al verle y se sonrojó al sentir su mirada de rabia y de odio.

—Así que os echaron del convento, por eso estáis aquí. Señora. Habéis cometido un grave error al venir.

Eloise trató de dominar la turbación que sentía para afilar sus garras, no debía mostrarse débil ni sonrojada ante él.

—Me expulsaron sí y no tengo a dónde ir. Mi padre murió y mi hermano…

—Vuestras propiedades fueron confiscadas, señora. Es verdad. No tenéis a dónde ir. Pero siempre quisisteis ser monja y me abandonasteis hace meses y mentisteis. Fingisteis una enfermedad y por eso encerraron a Annabella y la confinaron en un lugar lúgubre y horrible.

La mención de la doncella rubia reavivó la llama del odio en el corazón de Eloise.

—Habéis enloquecido Etienne de Montfault. ¿Realmente esperabais hacer creer a todos que esa joven era vuestra esposa? ¿Que era una distinguida dama de Francia? Vuestra hermosa cautiva. ¿Creíais que podríais engañar a todos siempre?

—Ella es mi única esposa, es la esposa que siempre soñé tener, mi sueño más anhelado y no os acercaréis a Annabella jamás. Os equivocáis si creéis que podéis amenazarme.

—Soy vuestra esposa. Y habéis cometido un pecado muy grave al reemplazarme por una novicia, robasteis a tres monjas y van a excomulgaros Etienne de Montfault. Pero eso no será nada con lo que os pasará cuando vuestro padre sepa lo que hicisteis. Lo perderéis todo, Etienne de Montfault. Todo. Y deberéis marcharos con vuestra cautiva a un lugar miserable.

—Eso no pasará. Os marcharéis de aquí y mis criados os llevarán a un

convento. Nadie os creerá. Todos saben que mi esposa es Annabella.

—¿Lo saben? ¿O fingen para dejaros contento? Vuestra farsa terminó Monsieur de Montfault. Mi tiempo de cobrar deudas llegó. Vos me debéis y ahora estáis en mis manos. Sois mi marido, ¿no lo veis? Fuisteis tan tonto de casaros con Eloise de Poitiers, no con Annabella Rosselli, claro, jamás os habría permitido desposar a una monja.

—Ella es mi única esposa, madame y lo será siempre. Vos no sois más que un estorbo.

—Pues ya veréis lo que hace este estorbo, Monsieur. ¿Creéis que os libraréis de mí así? Soy vuestra esposa, estoy atada a vos, aunque me desagrade, ningún convento me admitiría a menos que fuera repudiaba por vos. Y lo más irónico es que, aunque lo deseéis de corazón, no podéis hacerlo porque estáis casado con una novicia a quién bautizasteis con mi nombre. Estáis atado a mí, aunque no queráis. Y no os atreváis a amenazarme. Vuestro secreto será vuestra condena un día.

—Pero nunca seré vuestro esposo señora, no me obligaréis a dormir a vuestro lado jamás.

Ella enrojeció.

—Pues no me iré, me quedaré aquí y me brindaréis aposentos confortables, no esta ratonera donde me dejasteis como si fuera una pobre sirvienta. Soy una gran dama, mucho más que esa novicia bastarda a quien tratáis como señora.

Él avanzó furioso y le advirtió que no dijera una palabra más sobre Annabella.

Pero Eloise estaba loca de celos y no se detuvo.

—Vuestra cautiva es hija de una monja del convento que llegó allí con la niña sin decir jamás quién era su padre. Hija del pecado. Como las demás. Había un rumor de que era hija de la priora por eso la protegía tanto y consentía. Era su favorita.

—Eso no es de vuestra incumbencia. Partiréis mañana a primera hora al convento, señora y allí os quedaréis. Y si le contáis a alguien mi secreto lo pagaréis muy caro.

Pero Eloise no se dejó intimidad por las amenazas de su marido.

—¿Realmente esperáis obligarme a regresar a un convento? Pues no, he cambiado de parecer. Ciertamente que la vida monástica me ha desilusionado. Ahora soy vuestra esposa y me quedaré aquí y me daréis mi lugar. Exijo ser tratada con respeto y dignidad y vos lo haréis porque si os negáis hablaré con vuestro padre, Monsieur. Así que mejor que vayáis dejando a vuestra cautiva a donde van todas las de su clase: a la torre o escoge a dónde la llevaréis, pero ahora que mi familia lo ha perdido todo este es el único hogar que tengo. Soy vuestra esposa y me quedaré, y si queréis deshaceros de mí pedid la anulación si os atrevéis. Hacedlo.

El caballero sabía que era una mujer voluntariosa y obcecada pero no imaginaba que planeaba quedarse para ocupar su lugar. En realidad, tenía razón, maldita sea, era su esposa y él había caído en su propia trampa ahora. Pues si pedía la anulación debería explicar cómo fue raptó a una novicia del convento y la convirtió en su esposa en una ceremonia falsa.

—No os quedaréis aquí, madame. No os quedaréis cerca de mi esposa. Sois una mujer malvada y artera. Estáis muy errada si pensáis que cederé a vuestras amenazas.

—¿Y vos no me sacaréis de mi casa, grandote embustero y bravucón? ¿Qué os habéis creído? ¿Pensasteis que podríais suplantarme con una monja huérfana que ni siquiera es francesa?

El caballero sintió que la ira lo consumía en esos momentos, pero supo que no podía ceder a la provocación de esa malvada mujer. Quería destruirlo, quería vengarse. Al parecer había cambiado de idea y ahora sí quería ser su esposa.

—Habéis decidido tarde, madame. Tarde decidisteis que queríais ser mi esposa, aunque confieso que me alegra que eso pasara pues gracias a vuestra maldad y abandono, encontré a una dama que es la razón de mis desvelos y la única dueña de mi corazón.

Eloise lo miró con odio mientras oía sus crueles palabras y él le dijo con fría calma:

—Callad, guardad silencio ahora madame. O vais a lamentarlo. No volveré a oír vuestros insultos y lenguaje vulgar para hablar de mi esposa. Vuestras ofensas no la tocan, os lo aseguro —declaró y se alejó de ella.

Sin embargo, cuando abandonó la celda distaba mucho de sentirse tan tranquilo, al contrario, no sabía qué haría con esa mujer. Tenía que hacer que callara, que callara para siempre. Porque si hablaba arruinaría su vida. Y la de Annabella y la del niño que esperaba.

Malvada mujer, durante meses lo tuvo atado a ese yugo de un matrimonio que no había deseado jamás, un matrimonio que su padre arregló sin decirle nada. Se había confiado en que se quedaría en el convento, pero no contaba con que sería expulsada de allí cuando supieran la verdad. ¿Quién iba a creer que esas monjas verificarían el documento de la anulación? Maldita sea.

Cuando se reunió con su amigo Lenoire sabía lo que debía hacer.

—Mi señor, ¿hablasteis con vuestra dama?

—Oh, no la llaméis así, por favor —el caballero estaba muy fastidiado a esa altura —no quiere irse, desea quedarse y exige que la acepte como mi esposa. Que le dé los mejores aposentos del castillo. ¡Eloise está loca! Lenoire. Debemos actuar rápido porque si esa víbora habla estaremos perdidos. Todos nosotros. También vos y los que me ayudaron a raptar a Annabella.

Lenoire imaginaba lo que estaba pidiéndole, pero guardó silencio aguardando saber el plan.

—Ella quiere un hogar y un marido, pero ya no puedo satisfacer sus caprichos. Sabéis por qué. Jamás apartaré a Annabella de mi lado para volver con esa monja loca.

—¿Entonces me estáis pidiendo que la calle para siempre, mi señor?

—Claro que no —el caballero de Montfault parecía horrorizado —No quiero irme al infierno por culpa de esa víbora, pero es necesario que la saquéis de aquí enseguida. A ella y a las demás monas. Es muy peligrosa. Ha cambiado y no sé por qué, supongo que está celosa de Annabella. Tanto me da si lo está. No puede quedarse aquí, la llevaréis muy lejos. A ella y a las demás. Este es el plan.

Albert Lenoire escuchó el plan de su señor sin decir palabra. Tenía razón, debían deshacerse de la esposa del caballero Etienne sin demora.

***

Marie Claire se movió inquieta en su cama. Sin saber por qué algo la había despertado, un sueño extraño o una sensación… no. No había sido eso, había sido su olor.

Y al abrir los ojos vio al conde de Rennes postrado a su lado mirándola con una mezcla de amor y odio, odio y deseo. No podía evitarlo, era tan fuerte que lo consumía. Verla allí dormida con ese vestido ligero y suave había sido la trampa, verla con su cabello rubio perfumado dulce y serena debió recordarle los viejos tiempos.

—Armand —murmuró ella nada asustada ni sorprendida.

Pensó que escaparía al verse descubierto, pero no lo hizo, su mirada estaba sobre ella, sus ojos eran dos llamaradas de amor y deseo. Porque la deseaba, la deseaba como un loco, aunque todavía la odiara por su abandono. La deseaba y se moría por hacerla suya.

Y cuando le sonrió y se desnudó despacio para provocarle su marido comprendió que estaba perdido y furioso se acercó a ella y la besó, le dio un beso salvaje que la dejó sin aire mientras sus manos apretaban sus pechos grandes y llenos y recorrían su nuevo cuerpo de mujer. Pues ya no era la jovencita delgaducha y tímida que se entregaba a él temblando, odiando y temiendo la intimidad. Ahora era una mujer llena de redondeces lista a entregarse a él, deseosa de seducirle y poder exorcizar ese odio feroz de su corazón.

Lo vio desnudarse con rapidez y luego vio su miembro erguido inmenso y él la miró y cayó sobre sus pechos para besarlos y succionar de sus pezones como un cachorro hambriento y desesperado. Sabía lo que tramaba, quería devorarla y ella siempre se resistía a esos juegos, pero no ahora y cuando le exigió caricias intimas ella obedeció y se arrodilló ante él como su esclava, su cautiva, sabiendo que ese diablo no la dejaría en paz hasta que saciara su lujuria. Él la miró y gimió mientras acariciaba su cabellera rubia y la sujetaba como si temiera que ella pudiera escapar. Pero ella no iba a escapar, estaba atrapada y lo

sabía y deseaba hacerlo, se abrazó a su cintura y siguió besando, lamiendo su miembro viril sin parar hasta que él enloquecido la detuvo y la tendió en la cama para saciarse de su feminidad. Eso siempre lo había deleitado y ahora más porque hacía años que no la tocaba.

Ella cerró los ojos y gimió, gritó de placer al sentir la desesperación y el ímpetu de sus húmedas caricias. De su boca que la atrapaba y devoraba provocándole un éxtasis nuevo y desconocido para ella.

No se detuvo hasta enloquecerla de nuevo y dejarla laxa, exhausta y feliz, pero todavía faltaba lo mejor, la unión perfecta de dos cuerpos, hombre y mujer, unidos de forma tan íntima y perfecta…

Pero hacía años que no estaba con su esposo, años que no tenía intimidad con él y al comienzo fue doloroso. Como su primera vez o tal vez más pues sentía que estaba cerrada y sus ojos se llenaron de lágrimas por el dolor porque su miembro la atravesó hasta el fondo, sin que sobrara nada, muy adentro lo introdujo y enseguida comenzó a rozarla como un salvaje, desesperado, poseído por el deseo mientras su boca atrapaba la suya y ahogaba sus gemidos.

—Marie Claire, Marie Claire —le dijo al oído, un murmullo salvaje de amor y placer, de rabia y ese amor sofocado y reprimido.

Ella lo miró y lo abrazó con fuerza respondiendo a sus besos, a sus embestidas, como si él hubiera despertado algo salvaje fuertemente dormido en todo su ser. Era su marido, era su hombre y le pertenecía y sabía que esa noche era importante para ambos, era un nuevo comienzo, el fin de tanto odio o rencor. O al menos lo esperaba, lo deseaba. De pronto su miembro estalló de placer en su interior y la mojó con su simiente, la empapó tanto que pensó que tal vez él tampoco había estado con una mujer en mucho tiempo. O tal vez era la excitación pues en el pasado a veces también la mojaba así.

—Marie Claire… hermosa, tan dulce, tan mujer —le dijo al oído.

Su mirada le decía a gritos que él la amaba, pero ella lo había herido y todavía no podía perdonarla. Podía entenderlo. Pero todavía estaba loco por ella, la deseaba y se negaba a irse todavía, a separarse de ella. Y ella lo abrazó, lo apretó contra sus pechos y él los acarició y los besó. Ardían. Como toda ella. estaba temblando al sentir en todo su ser esa maravillosa sensación de dicha y

felicidad.

Pero esa noche la tendría como su esposa, como su mujer, y sin decir nada la abrazó y la hizo suya de nuevo hasta saciarse, hasta derramar hasta la última gota de placer en su cuerpo, pero no fue tierno como antes, fue tirano y exigente, pero ella no se quejó y le complació todas las veces arrastrada por un deseo ardiente y salvaje.

Sin embargo, luego sentirse satisfecho se fue y la dejó sola. Con su olor, con su simiente y el sabor de sus besos y esa sensación de felicidad que nunca antes había conocido.

Había esperado que se quedara a su lado, abrazado, era su hombre, su marido… Si pudiera demostrarle lo arrepentida que estaba. Si supiera las verdaderas razones que la impulsaron a abandonarlo…

La dama se sintió tan apenada que lloró. Pero todavía era joven y bonita, y él le había demostrado cuánto la deseaba y sabía que volvería a buscarla y ella rezó para que un día pudiera perdonarla y volvieran a ser marido y mujer, junto a su hija Annabella.

***

Pero él no la visitó al día siguiente y aguardó inquieta la visita de Marianne, su antigua sirvienta, pero ella tampoco apareció.

Sin embargo, todas las noches ella lo esperaba aseada y perfumada y con un vestido ligero por si volvía a sus brazos. No se rendiría, era una dama voluntariosa y estaba dispuesta a convertirse en una verdadera esposa para su marido, en una mujer dulce y apasionada, que jamás se negara a sus brazos con una tonta excusa.

Pensó que quizás se había arrepentido de su arrebato. Había sido una experiencia maravillosa, cuando se fundieron en un abrazo lloró de la emoción y sí, quería que volviera a ella, quería que le hiciera el amor, quería darle un hijo… nunca antes había sabido ser su esposa en la intimidad, le daba mucho miedo y se sentía avergonzada por sus caricias. Pero ahora era una mujer y durante todos

esos años no dejó de pensar en él atormentada por la culpa y el dolor, enojada y furiosa por lo que le había pasado. Su hija fue su único consuelo y la razón de existir.

Pero ya no era una monja, había dejado los hábitos hacía tiempo, pero ser religiosa se convirtió en su ocupación en su necesidad de escapar y sentirse a salvo.

Pero él no lo sabía, no sabía hasta qué punto estuvo asustada en el pasado.

Dio vueltas en la cama sin poder dormir y de pronto sintió pasos y vio a su marido mirándola con expresión atormentada como si estuviera haciendo algo contra su voluntad, como si no pudiera abrir su corazón y disfrutar su reencuentro.

Ella le sonrió y esperó que se acercara para besarla, para abrazarla, pero él no se movió y ella aguardó porque pensó que se marcharía.

—Quitaos el vestido, por favor. Quiero veros desnuda.

La dama obedeció y se quitó lentamente el vestido y él la miró con esos ojos llenos de rabia y deseo.

Y furioso abrió su camisa y liberó su miembro y le dijo que se acercara.

Ella obedeció y él la atrapó entre sus brazos en un arrebato y la besó con desesperación una y otra vez mientras abría sus piernas y le introducía su miembro duro hasta el fondo.

Ella quiso escapar, no quería que fuera así pero ya era tarde, lo tenía muy adentro y la rozaba sin piedad buscando liberar su placer mientras la apretaba contra la cama tan fuerte que casi no podía respirar.

—No, aguarda, por favor… así no —le dijo ella.

Él la miró furioso y se detuvo como si hubiera reaccionado.

—Lo siento es que vos me volvéis loco, mujer, tan loco —le dijo al oído y entonces sus movimientos fueron más suaves y delicados mientras atrapaba su boca, luego sus pechos con ambas manos y al final desesperado quitaba su miembro para llenarla de ardientes caricias.

La dama se retorció de placer al sentir la feroz invasión de esa lengua inmensa, húmeda y hambrienta, hambrienta de su feminidad, de su respuesta y tuvo que aferrarse a la cama para no desmayarse de placer cuando la feroz

invasión le provocó un placer intenso y desesperado.

—Oh, aguarda por favor, espera…

Él no pudo detenerse, no al sentir esa cascada de sensaciones que se desataban en ella embriagándole con su dulce respuesta. Quería más, mucho más….

Marie Claire cayó rendida a él mientras disfrutaba ese calor, ese placer intenso recorrer todo su cuerpo y desesperada luego lo abrazó y lo apretó contra su cuerpo deseando más que nunca ese rudo abrazo apretado de su hombre, su esposo…

Pero luego del apasionado encuentro él la miró enojado. No estaba feliz, o no quería mostrarse feliz ante ella, aunque sabía que estaba más que satisfecho.

—Dijisteis que podía castigaros a mi manera y vos sois mi prisionera ahora, esposa mía. Mi cautiva —dijo.

Ella lo miró herida pero no dijo nada.

—Vos me habéis convertido en un malvado, mujer. Vos me habéis convertido en un hombre triste y amargado. En un ser malvado y solitario.

La dama lo miró suplicante.

—Perdonadme, por favor. Quiero ser vuestra esposa de nuevo, quiero enmendar todo el daño que os hice, Armand. No te valoré, no sabía nada del matrimonio y me daba tanto miedo y vergüenza la intimidad. No estaba lista para casarme. Lo siento mucho… deja de sentir ese odio por mí, dejad de odiarme. Por favor. Ya no soy esa jovencita aterrada que huyó porque soñaba con ser monja, soy una mujer ahora.

Él la miró muy serio.

—¿Y cómo esperáis que os crea, que confíe en vos de nuevo, Marie Claire? Erais mi esposa amada, mi esposa dulce e inocente, erais incapaz de hacer daño a nadie. ¿Cómo esperáis que os perdone ahora, que olvide el dolor que has causado en mi corazón y en mi alma, mujer? No puedo. No puedo —dijo y le dio un beso salvaje mientras la llenaba con su placer y sentía cómo llegaba a su interior como un torrente y le rogó al Dios misericordioso que ayudara a su esposo en su dolor.

Quería ser de nuevo su esposa. Durante años había extrañado su abrazo

apasionado, su amor y consejo, pues fue su compañero y su marido. Pero fue tan orgullosa, y tan aferrada a criar a su niña y que nadie supiera su triste secreto. Temía que él la castigara, que le quitara a su pequeña. Estaba tan asustada…

Pero no podía esperar que todo fuera como antes, debía darle tiempo. y cuando lo vio partir supo que estaba satisfecho y feliz como nunca lo había estado en el pasado y supo que regresaría. Porque la amaba y no la había olvidado. Aunque él dijera lo contrario.

***

—Marie Claire.

Su voz le provocó un sobresalto pues era de tarde y estaba aseándose en el barril de madera con ayuda de una criada.

Una mirada del conde hizo que la criada se marchara en el acto.

—Buenas tardes, Armand. ¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Su esposo no traía buena cara, pero casi se había acostumbrado a ello.

Lo vio acercarse y le quitó la sábana que la cubría para llevarla a la cama. Hacía días que no iba verla y luchaba, luchaba contra el deseo que ella despertaba en él.

Y sin detenerse la llevó la cama desnuda y húmeda. La dama tiritó y él la abrazó con fuerza.

—¿Tenéis frío, hermosa? —preguntó y de pronto notó que no estaba encendido el bracero, ni había leña allí.

—¿No han encendido hoy el bracero? —preguntó.

Ella negó con un gesto y él le dio su calor, se desnudó y la rodeó con el calor de su piel, de su corazón mientras la abrazaba muy fuerte.

Su esposa se aferró a él y pensó que ese calor era lo más delicioso que había sentido en esos días de soledad.

—Por favor, no os vayáis de mi lado. Seré una buena esposa y jamás os abandonaré de nuevo. Lo prometo esposo mío. Os lo juro por lo más sagrado por nuestra hija.

El la besó y la miró muy serio y sus labios la llenaron de besos y caricias mientras sus manos atrapaban sus nalgas para embriagarse con el sabor de su feminidad, era dulce y deliciosa y quería deleitarse con su dulzura. Era la mujer más dulce y perfecta que había conocido en su vida y su vagina seguía siendo pequeña y redonda como el día que la convirtió en su mujer. Sólo quería besar su pubis y no pensar en nada. Solo eso, besarla allí, devorarla le daba tanto placer.

Marie Claire se retorció, no pudo contenerse y quiso escapar, pero su esposo no se le antojó dejarla en paz y ella decidió responderles a sus caricias y demostrarle que ahora era toda una mujer, una esposa de verdad y desesperado él la tendió y la hizo suya tan rápido, con tanta desesperación.

Y cuando ella lo dejó cansado y satisfecho, exhausto pero feliz y tranquilo su mirada cambió y acarició su cabello y sus mejillas redondas tan suaves.

—Marie Claire —dijo él.

La forma en que la miró, la forma en que pronunció su nombre la hizo llorar, le arrancó lágrimas largo tiempo contenidas y pensó que no merecía su amor ni devoción después de tantos años, después de su abandono. De su ira y rencor, tanto odio había en su corazón el día que partió con su bebé en el vientre y miedo…

—No lloréis, mi dulce Marie Claire. Nunca más dejaré que me abandonéis, sólo la muerte podría arrancaros de mí —le confesó.

—Perdón… perdón por culparos Armand, por castigaros así. Perdóname por favor. Os lo ruego… la vida es tan efímera. Si me parece que fue ayer que era tu esposa asustada que temblaba cuando me buscabais para haceros el amor.

Él sonrió.

—Ahora sois toda una mujer, una mujer fuerte pero tan dulce… ninguna mujer pudo darme tanto placer jamás… sólo sufría porque no erais vos. Tanto tiempo os busqué Marie Claire… ¿por qué me abandonasteis, preciosa? ¿Tanto aborrecíais que os hiciera mía? ¿Tanto me odiabais? —le preguntó mirándola con intensidad.

Ella lo negó.

—No, no fue por eso… Es que creo que no me creeríais si os dijera que os miento. Siempre he sentido ese horrible peso sobre mí, pensé que nadie me

creería —dijo su esposa, pero luego sintió que las lágrimas nublaban sus ojos al evocar ese horrible dolor.

Él esperó que se calmara y le rogó que le dijera la verdad.

—La vez que el rey os llamó para que lo ayudarais en una batalla, me quedé sola en mis aposentos con mis criadas y creí que estaba a salvo. No me sentía bien por mi estado, sufría náuseas todas las mañanas y mareos.

—Sí, recuerdo que os asustaba estar encinta.

La dama tragó saliva y se agitó, sentía su corazón latir con violencia al evocar ese día.

—Un pariente vuestro vino a verme. Yo no lo conocía, no sabía quién era. Dijo que tenía un mensaje de mi esposo y embaucó a mis sirvientes. Cuando lo vi aparecer me asusté mucho, jamás había permitido que un extraño entrara en mis aposentos. Él sonrió y preguntó si era en verdad la esposa secreta del conde de Rennes. Pues él jamás la mostraba y pensaban que debía ser muy fea o quizás no era su esposa legítima sino una campesina cautiva. Salí de la cama a pesar del mareo que sentía y lo enfrenté furiosa. Le dije mi nombre y quienes eran mis padres y le exigí que se fuera de mi habitación. Él se burló de mis palabras, no me creyó. Dijo que era una dama muy hermosa además de mentirosa y yo grité, pero él fue más rápido y me atrapó y me arrastró a la cama con intenciones perversas… Marianne llegó entonces y lo vio y pidió ayuda a los criados, a los centinelas, pero él trancó la puerta y me ultrajó. Me lastimó y pensé… tuve tanto miedo de perder a mi bebé que dejé de resistirme porque supe que era inútil. Casi no podía respirar, tenía el corazón acelerado y sólo quería que se fuera y me dejara en paz. Luego me quedé inmóvil en mi lecho, lastimada, aterrada, incapaz de decir palabra. Entonces apareció una criada y al verme en ese estado supo que algo me pasaba. Marianne me vio y yo le dije lo que había pasado. Ella se asustó mucho y corrió a pedir ayuda. Dije que había sido atacada pero no dije su nombre porque él dijo que me mataría si decía a alguien lo que me había hecho. Que me mataría a mí y al niño que llevaba en mi vientre.

Su esposo se horrorizó al oír su relato.

—¿Quién os hizo eso? Decidme su nombre ahora Marie Claire.

—Fue Antoine de Anjou vuestro primo, yo nunca lo había visto no sabía

quién era fue Marianne quien me dijo su nombre. Pero todos me dijeron que no lo acusara, que me haría mucho daño si lo hacía pues era un hombre muy malo. Un criado lamentó haberlo dejado entrar, inventó una excusa, dijo que tenía un mensaje del conde. Marianne indagó y supo que otras damas habían sido ultrajadas por él, que siempre violaba a las esposas o hijas de sus caballeros. Y las amenazaba para que no dijeran nada. Me aconsejó que guardara silencio, pero yo … yo no podía callar ni podía quedarme en ese castillo. Temía que él volviera a hacerlo y que vos no me creyerais. Sabía que no podría quedarme en ese castillo y en mi estado de dolor y tristeza os culpé, pensé que erais en parte responsable por haberme dejado aquí con vuestro pariente depravado, por no haberos quedado a mi lado y además todo mi cuerpo se convirtió en algo despreciable y ultrajado. No podía quitarme la sensación de terror, durante mucho tiempo tuve horribles pesadillas y por eso hui al convento. No quería que volviera a hacerlo, o que me matara si lo delataba porque yo anhelaba hacerlo, quería decirle a todos lo que me hizo, pero sabía que eso me condenaría como la esposa ultrajada. Era tan joven, sólo tenía dieciséis años y sólo quise alejarme y estar a salvo en el convento. Allí sané mis heridas, y le conté a mi tía Demelza lo que había pasado. Ella también se enfadó con vos por no haberme cuidado y dijo que ese malnacido jamás me encontraría.

—Ese bastardo murió… lo encontraron en su lecho cortado en pedazos. Dijeron que fue un caballero muy leal de su castillo porque descubrió que había violado a su hija de trece años y a su esposa durante su ausencia. Maldito bastardo, ahora entiendo por qué visitaba mi castillo. Aterrorizaba a sus víctimas y nadie se hubiera atrevido a delatarlo. Era como un hermano para mí, confiaba en él, por supuesto jamás supe lo que hacía Marie Claire.

—Yo os culpé por eso, y os castigué, pero tampoco me atreví a deciros por temor a que no me creyerais, porque estaba aterrada y me sentía horrible. Sólo el convento me salvó de no hacer una locura porque día tras día lloraba y recordaba lo que ese demonio me había hecho. Luego pensé que no me echarías de menos porque yo era una esposa renuente. Y os confieso que no pensé que me amarais luego de saber que había sido ultrajada. Ese hombre era un demonio, amenazó con matarme, ¿qué queríais que hiciera?

—Marie Claire… jamás os habría culpado por eso, ni os habría mirado diferente, pero os aseguro que habría sido yo quien atravesara el cuello de ese demonio, de esa rata inmunda. Otro hizo justicia en mi nombre y yo perdí lo que más amaba en esta vida a mi esposa y a mi hija.

Ella lloró y se abrazaron y ambos lloraron por ese tiempo perdido y por ese horrible secreto que acababa de ser develado.

Sin embargo, el conde se quedó mal al pensar que todos sus sirvientes habían guardado silencio y dejaron que pensara lo peor de su esposa.

—Debieron decirme, todos estos años Marianne y los demás callaron —dijo luego.

—Le temían al conde de Anjou, él era un poderoso señor mientras que ellos eran solo criados, esposo mío. Perdonadles. Yo me aferré tanto a mi hija y no pensé que vos me echarais de menos. No era una buena esposa entonces, os tenía mucho miedo, lo confieso. Erais tan celoso. Pero esa no fue la razón, yo estaba destrozada y no podía, sabía que nunca más soportaría que un hombre me tocara, aunque ese hombre fuera mi marido. Tardé mucho tiempo en superarlo, en sanar mis heridas y creo que lo único que me dio consuelo fue el convento, me sentía a salvo allí, y luego nació Annabella que se convirtió en lo más importante de este mundo. lo confieso. Y criarla y protegerla de la maldad fue mi obsesión. No podía pensar en nada más y lentamente lo olvidé, aunque me sentí atormentada. Llena de odio y dolor a ese hombre, Armand. Nunca dejé de temer a ese hombre, de verlo en mis pesadillas. Ahora seré vuestra esposa si me aceptáis de nuevo a vuestro lado y os ruego que traigáis a nuestra hija de regreso. No la dejéis cautiva de un malvado, os lo suplico Armand. Ella es inocente de todo esto y yo la cuidé, aunque jamás le dije que era su madre, la cuidé desde que nació y se convirtió en mi ángel, mi sol y mi mayor desvelo. Pero fallé, y por eso la raptaron.

Él la abrazó muy fuerte y la besó.

—Calma, prometo que la traeré. Lo siento… he estado tan lleno de ira y dolor, todos estos años que pensé que habíais muerto y sin embargo de alguna forma sabía que estabas viva y tanto os busqué… y no le reprochéis al señor que os robara a vuestra hija, porque eso hizo que me buscarais. Que renunciarais a

ese hábito y os entregarais a mí, pensé que nunca lo haríais. Porque a pesar del tiempo sabía que estabais viva, lo sentía en mi corazón.

Y su marido se quedó a su lado y pensó que ambos habían padecido demasiado en esta vida para seguir peleando, para seguir estando separados. La amaba, la amaba tanto, se volvió loco cuando la vio entrar en su castillo vestida de monja. Y de pronto le dijo:

—Dios os trajo de nuevo a mi lado, Marie Claire, porque él fue testigo de mi dolor y también del vuestro. No era justo que siguiéramos separados y por eso os envió, lo sé. Todavía sois joven mujer, podéis darme hijos, pero si no fuera así igual os querría a mi lado, cada segundo, cada instante de esta vida.

Marie Claire se emocionó al oír sus palabras.

—Siempre fuisteis un hombre bueno, Armand, por eso vine a verte, sabía que me ayudaríais, que podía confiar en vos, aunque os confieso que temía ese encuentro, temía enfrentarme a mi pasado y a este dolor largo tiempo escondido en mi corazón.

Él la abrazó con fuerza y la besó y se miraron en silencio y ella lloró, lloró de emoción y de dolor al pensar que debió buscar ayuda en su marido en vez de culparlo por lo ocurrido. Pero sabía que era tarde para lamentarse, ya estaba hecho, ahora debía mirar hacia adelante y enterrar ese episodio trágico de su vida, tan triste.

—Pero nunca más volváis a dejarme Marie Claire, nunca más guardéis secretos en vuestro corazón, no os juzgo por el pasado, ahora puedo entender por qué lo hicisteis, pero este es nuestro presente y nuestro futuro. El señor nos ha dado una nueva oportunidad para recomenzar y quiero deciros que no habéis cambiado nada, sois mucho más hermosa que el día que os vi. Os habéis convertido en una hermosa mujer.

Ella sonrió al oír sus palabras, era como si adivinara sus pensamientos.

—También lo siento así, esposo mío —dijo.

Se besaron, se besaron y abrazaron y de pronto se durmió en sus brazos. Era lo más bello de la intimidad, sentir su calor, y un abrazo apretado, saber que estaría allí y no se iría como hacía siempre. Sabía cuánto le había costado su confesión, pues a nadie le había hablado jamás que fue ultrajada estando encinta

de su hija. Pero contarlo a su marido la había liberado, se había quitado un peso de encima, culpa y tantos años de rabia y dolor.

Ahora sólo le faltaba su hija, su niña, tendría que decirle toda la verdad. Y sabía que no sería fácil para ella.

***

En el castillo de Saint Germain reinaba una extraña calma después de la tempestad que acababa de desatarse en las últimas horas. Pues la astuta novicia Eloise de Poitiers se había fugado de su cautiverio y al comprender que su marido planeaba llevarla a un convento sin atender sus reclamos había decidido hablar con su suegro que era un hombre sensato y prudente. El gran conde piadoso Louis de Montfault.

Este, se mostró sorprendido al recibir la visita de una monja, pero algo le resultaba familiar en esa joven a pesar de que la vista le fallaba. La conocía. Su voz, los rasgos desdibujados…

—Os conozco, hermana. ¿Quién sois? —preguntó inquieto.

Ella le dijo la verdad sin piedad.

—Soy vuestra nuera, Eloise de Poitiers. Sin embargo, no estoy en los aposentos como esposa de vuestro hijo Etienne, sino que soy una prisionera peligrosa que debe ser silenciada.

El anciano miró a la monja con cara de espanto, sorprendido al comienzo y luego al conocer la historia del rapto de su hijo de una bella novicia se quedó horrorizado.

—¿Tenéis prueba de lo que decís, madame? ¿Cómo sé que no inventasteis esa historia para buscar alguna ventaja? —preguntó inquieto.

—No os miento, señor conde, fuisteis amigo de mi padre y me conocisteis de niña. Lo recuerdo bien. Sabéis que no os mentiría. Mi pobre padre murió y yo lo he perdido todo, pero al menos me queda dignidad para reclamar lo que es mío. Aquí os traigo cartas de mi padre y también un documento que me dio su hijo cuando fue a buscarme al convento.

Lentamente la historia del rapto salió a la luz, de cómo su hijo robó a una novicia del convento donde se encontraba su prometida y luego la llevó al castillo de Saint Germain, aprovechando la casi ceguera del conde de Montfault hizo pasar a su cautiva por su prometida: Eloise de Poitiers. Pero allí estaba la verdadera Eloise y tenía en su poder esos documentos y también una medalla de su casa de Poitiers y Anguleme.

El conde Louis de Montfault envió llamar a sus caballeros, furioso y también a sus parientes. Quería de todos ellos estaba mintiendo antes de tomar una decisión. Ciertamente que le parecía una locura toda esa historia, le daba escalofríos pensar que su hijo fuera responsable de algo tan terrible como raptar a una novicia por haberse encaprichado de ella. ¡Ni que fuera un estúpido imberbe!

—Debo tener pruebas de que sois quien dice ser, madame. Algún pariente o amigo vuestro será convocado de inmediato a este castillo para que confirme que sois la verdadera Eloise de Poitiers —dijo al fin.

La monja de mirada maligna sonrió satisfecha.

—Ellos respaldarán que soy quien dice ser, señor conde —respondió.

El anciano sin embargo vacilaba.

—¿Y por qué no regresasteis con mi hijo? ¿Por qué os fugasteis a un convento? —quiso saber.

Eloise apartó la mirada algo avergonzada.

—Es que madame Francine me dijo cosas horribles de vuestro hijo, mi señor. Cosas tan repugnantes y tan crueles que me asusté mucho, lo confieso. Por eso hui de la boda, lo hice. Me dejé llevar por el miedo.

—¿Os referís a mi sobrina Francine?

—Sí, ella lo hizo.

—¿Conocíais a mi sobrina, acaso teníais amistad?

—No, no la conocía entonces, pero dijo ser parienta vuestra. El día de los esponsales entró en mis aposentos y dijo que quería ayudarme porque vuestro hijo era cruel y además… dijo que lo vio abusar de varias mujeres en su castillo, que un escudero siempre le encontraba campesinas y guapas para satisfacerle. Eso me asustó mucho, yo era tan joven, tan inexperta y jamás creí que la dama

estuviera mintiendo.

—Mi hijo no es un bandido, ni un desalmado. Él sería incapaz de abusar de una dama, no sé cómo creísteis esas patrañas, señora. Me sorprende que eso os dijera Francine, es una acusación muy grave, terrible. ¿Estáis segura que fue ella?

—Sí, señor conde. Se lo juro. Me contó cosas tan atroces que me asusté, por eso escapé aterrada y Francine me ayudó. Ella me ayudó a fugarme al convento de Santa María D'Este en Lombardía para que vuestro hijo jamás me encontrara.

El conde comprendió que todo era mucho peor de lo que había pensado.

—Mi hijo es un imbécil, madame, es verdad, pero jamás le ha hecho daño a una campesina. Ni yo lo habría permitido. Lo habría matado a palos si cometía un acto tan cruel con una joven, fuera moza, criada o campesina. Lo que ha hecho con esa pobre novicia es terrible.

Eloise iba a decir que esa novicia no era ninguna santa pero el caballero no la dejó hablar.

Francine fue llamada a declarar sobre ese delicado asunto.

La joven apareció poco después, con su vestido verde esmeralda cubierta de joyas, pero Eloise pensó en el refrán: mona vestida de seda, mona se queda. Era una mujer fea además de malvada, sus ojillos pequeños y negros la vieron a la distancia y la sonrisa radiante de su rostro largo y poco agraciado desapareció al instante.

—¿Reconocéis a esta monja, señora? —le preguntó el conde.

Ella miró a Eloise y luego miró al conde.

—No, no la conozco tío. ¿Quién es? —preguntó con una forzada sonrisa.

Eloise la miró furiosa y exasperada se quitó la toca.

—Soy yo, Eloise de Poitiers, me conocéis bien. Soy la esposa de vuestro primo. No finjáis que nunca me habéis visto.

Francine fingió extrañeza, sorpresa.

—Pero la esposa de mi primo es hermosa y está en sus aposentos. ¿Quién es esta dama, tío? Nunca la había visto. Además, es una monja. Debe haber perdido el juicio.

—No, no estoy loca. Vos me conocéis, soy Eloise de Poitiers y vos me

convencisteis de abandonar a mi prometido contándome cosas horribles de él.

La cara de Francine era una mueca de burla y sorpresa.

—Yo jamás haría eso, tío, por favor. Esta monja está loca. No le podéis creer. Esto no tiene sentido. Miente. Quiere ocupar el lugar de Eloise. No le creáis una palabra. Trata de engañaros.

Louis de Montfault miró a su sobrina con fijeza, había notado algo extraño en su voz. Como no podía ver bien sus otros sentidos se habían agudizado y en esa ocasión detectó cierta vacilación en el tono de su voz como tenían los mentirosos. Las personas falsas que luchaban para convencer a otro de sus mentiras. Había aprendido a identificarlos.

—Francine. Decid la verdad. Si lo confesáis prometo no ser duro con vuestro castigo.

Al oír esas palabras la cara larga de Francine se crispó de miedo y culpa.

—Pero si no he mentido, querido tío, juro que os he dicho la verdad. Esa monja miente, quiere engañaros para … No sé qué busca, pero no es algo bueno —respondió mirando a Eloise con desprecio.

—Calla mujer, no os creo nada. Estáis histérica y tenéis miedo. Mucho miedo —respondió el conde.

Francine se alejó mirándole con cara de espanto.

Adrien de Montfault, su sobrino carnal apareció en escena. Era un joven bueno y de corazón puro. Mucho más que su hijo. Y podía confiar en su criterio pues durante años le había servido con lealtad.

—Adrien, sobrino. Esta dama asegura ser Eloise de Poitiers. Y me ha dicho que vuestro primo raptó a una novicia del convento italiano para reemplazarla.

El joven caballero escuchó la historia espantado sin dejar de mirar a Eloise.

—¿Conoces a esta monja, sobrino? ¿Crees que diga la verdad?

Su sobrino vaciló.

—Tío, no puedo ayudaros en esto. Jamás conocí a la esposa de mi primo, sólo la vi el día que vino del convento y …

—¿Y qué te pareció su esposa, hijo? Decime la verdad. ¿Alguna vez sospechasteis que no fuera la verdadera Eloise?

Adrien se sintió muy molesto, incómodo.

—Es una dama muy hermosa, tío. Y mi primo la adora. Si acaso hizo esto os suplico que tengáis piedad de él. Si hizo lo que decís habrá sido por amor. No por otra razón.

—¿Entonces sí lo creéis capaz de montar una farsa y robarse una monja del convento? —su tío estaba cada vez más enojado.

—No, no lo sé, no se puede acusar sin pruebas de ello, sin testigos. Interrogad a sus caballeros y escuderos. Ellos os dirán la verdad. O buscad parientes o amigos de Eloise, pero si luego descubrís que esta joven dice la verdad os ruego que no seáis muy duro con vuestro hijo. Su esposa está encinta, tío, lleva un inocente en su vientre. No seáis severo con ella, os lo ruego. Es una dama buena y muy dulce.

—Está encinta? —Eloise palideció —Mi esposo dejó encinta a su cautiva? —protestó.

No lo sabía al parecer. Sin embargo, su testimonio estaba duda, el conde necesitaba juntar más pruebas.

Entonces fue Francine quien acorralada decidió intervenir.

—Habláis bien de ella porque os ha embrujado, os tiene cautivado. No lo neguéis primo. Morís de amor por la dama de este castillo.

Adrien miró a su parienta furioso. Eloise notó que no se parecían en nada, y sin embargo tenía cierto parecido con Etienne, pero sus ojos eran azules y muy bellos y sus facciones más delicadas. Era evidente que él también había caído bajo el embrujo de la novicia rubia intrigante. Cualquiera podía notar la turbación que sentía mientras hablaba de ella.

—¿Cómo os atrevéis a decir esa calumnia? —replicó Adrien dando una larga zancada hasta la mujer — Es la esposa de mi primo a quien quiero como si fuera mi hermano. Sin embargo, yo creo que todo esto sí es obra vuestra. A lo mejor vos trajisteis a esta monja para hacer creer a todos que es la verdadera Eloise.

Francine se defendió furiosa de ese hermanastro odioso y dijo que nada tenía que ver, y al ver que se enfrentaban con acusaciones cruzadas y peleaban como niños el conde intervino para calmar las aguas.

De los dos, le creyó a su sobrino pues siempre había sido un ejemplo de bondad e integridad.

Pero debía interrogar a los demás y llegar al fondo de ese triste asunto.

Los problemas en el castillo no habían hecho más que comenzar.

—No digáis nada de esto a mi hijo todavía —pidió el anciano caballero —Los dos guardaréis silencio pues no puedo tomar una decisión sin antes interrogar a todos. Llamad a la esposa de mi hijo, traedla aquí. Quiero saber si ella conoce a esta monja del convento.

Eloise sonrió satisfecha de las palabras del conde. Sabía que ganaría la batalla y muy pronto ese par de tunantes le rendirían reverencia. Esa maldita la había alejado de Etienne, y ahora sabía por qué: lo quería para ella. Pero claro, no contó con él se reiría de todos raptando a una novicia y montaría toda esa boda falsa.

Pues veríamos si esa tonta de capirote llamada Annabella Rosselli se atrevía a mentirle al conde con lo bravo que era diciéndole que no lo conocía.

***

Annabella se encontraba rezando cuando en sus aposentos entró una criada diciéndole que el conde quería hablar con ella de inmediato.

Algo en la expresión de esa sirvienta le hizo comprender que algo malo pasaba pues era algo inesperado que el conde quisiera hablar con ella.

—Lo haré, pero antes debo ver a mi esposo —respondió la joven dama.

—Vuestro esposo os espera en la sala de armas, junto al conde —le respondió la criada. Mentía por supuesto. Había recibido órdenes de llevar a la joven de inmediato.

Confiada en que eso era verdad la joven fue sin saber que iba camino a su ruina.

Entró en el gran salón del comedor y se preguntó por qué el conde querría verla, si acaso habría alguna reunión familiar y nadie le había avisado.

Pero cuando entró vio al primo de su marido mirándola de forma extraña y

mientras avanzaba vio a Francine pálida y muy rara y al conde, cuyos ojos ciegos la miraban como el gran Aqueronte con su barba gris y su cabello blanco y esa expresión terrible que sólo vaticinaba malos augurios.

Notó que algo malo pasaba, pero no podía entenderlo, no era más que una corazonada pues al entrar todos se volvieron para mirarla y eso solo la inquietó.

—Acercaos hija —le ordenó el conde.

Estaba sentado en una silla alta y parecía un rey listo para dar un discurso, a su lado estaba Adrien, el primo de su esposo, pero no vio a Etienne por ningún lado. Sólo unos escuderos y lacayos a quienes nunca había visto.

Annabella obedeció y se acercó trémula hasta el conde.

—Eloise de Poitiers. ¿Recuerdas el nombre completo de vuestro padre? —le preguntó el conde.

—Henri Louis de Poitiers, Monsieur.

—¿Y el nombre de vuestra mejor amiga?

¿A qué se debía ese interrogatorio?

—Es que tuve varias amigas, Monsieur y si me pregunta podría nombrarle tres sin decidirme a cuál es mi mejor amiga.

El conde aceptó esa respuesta.

Y entonces, para crisparle los nervios apareció una monja desde un rincón, una monja baja y delgada de rostro pálido que la miró con ira.

—Maldita impostora, yo voy a desenmascararos ahora. ¿Es que os atrevéis a decir frente a mí que sois la verdadera Eloise de Poitiers? —dijo Eloise.

Annabella tembló como una hoja arrastrada por una infernal ventisca y a duras penas pudo disimular la turbación que sentía.

—Señora, guardad silencio. Yo soy el señor de este castillo y me corresponde a mí impartir justicia —dijo el conde molesto.

Eloise se mordió el labio, furiosa como una víbora que debe contener su propio veneno, pero sin dejar de mirar a la novicia rubia ladrona de maridos.

—Señora Eloise, acercaos y jurad sobre esta biblia lo que voy a preguntaros. Si sois la verdadera Eloise no tendréis nada que temer —insistió su suegro.

La joven sintió que le temblaban las piernas al ver la inmensa biblia. No

sería capaz de mentir frente a la biblia, ya no quería seguir mintiendo amedrentada por el terror al castigo.

—¿Juráis que no conocéis a esta mujer que nunca la habéis visto en vuestra vida? ¿Juráis que sois la verdadera Eloise de Poitiers?

Ella miró a Eloise y bajó la mirada incapaz de articular palabra.

Había llegado demasiado lejos. No quería seguir mintiendo. Pero si lo descubrían, si descubrían que era una impostora la castigarían.

Y armándose de valor miró al conde y dijo que no juraría en falso.

—Conozco a esa monja, señora conde. Ella tomó los votos y abandonó a su prometido, a Etienne de Montfault. Se fingió enferma y evitó su presencia en varias oportunidades. No quería casarse con él.

La expresión del conde era pétrea en esos momentos.

—¿Entonces confesáis que la monja es entonces la verdadera Eloise de Poitiers y que vos sois una impostora?

—No soy una impostora. Vuestro hijo me raptó del convento de Santa María d' Este y yo me vi forzada a mentir porque quería ser su esposa. No quería ser su cautiva, señor conde, por eso lo hice.

La verdad salió a la luz. Annabella le contó en pocas palabras lo que había pasado y también dijo que siempre había sentido vergüenza y culpa por el engaño. Qué quiso decirle la verdad, pero su esposo la convenció de guardar silencio pues no tenían otra alternativa. Él estaba casado con Eloise y no podía desposarla.

—Eso es mentira señora, mi hijo estaba comprometido con Eloise, no estaba casado.

Annabella miró al conde perpleja.

—Pero él dijo que estaba casado, Monsieur.

—Bueno, eso no importa ahora. Ahora sí lo está, con la verdadera Eloise, no con vos. Es el nombre de su prometida quien figura en el acta de matrimonio no el vuestro.

Ella lo miró mortificada.

—Y quiero saber es donde están las demás, pues la monja aquí presente dijo que raptó a tres novicias. ¿Dónde están las otras? ¿Acaso las encerró en la

torre?

—Oh no mi señor. Ambas están en el pabellón, una de ellas se convirtió en esposa del caballero Albert Lenoire y la otra se convirtió en criada por propia voluntad.

—Albert Lenoire… y el resto de esa comitiva de malandrines que se dicen caballeros. Por supuesto. Debí imaginarlo. Confiaba en ellos. Todos me han traicionado al ser cómplices de las mentiras de mi hijo.

El conde había dado órdenes de que su hijo fuera apresado y encerrado hasta decidir qué castigo les impondría a todos esos farsantes mentirosos.

Annabella lloró al ver la expresión implacable del anciano y le suplicó compasión.

—Señor conde, lamento mucho haberle mentido. Pero le suplico piedad, compasión. No me aparte de su hijo ahora, no lo haga. Estoy esperando un bebé, un bebé que será su nieto cuando nazca.

Ella no entendía que ese hombre no era un campesino y poco le importaba de ese nieto, su mente veía más allá y no le importaba nada la suerte de una jovencita que se había prestado para una farsa y ahora llevaba en su vientre las consecuencias. Para él no era más una pobre novicia raptada extranjera, sin sangre noble. Y la miró con desprecio mientras le respondía:

—Señora vos no sois la esposa de mi hijo y no oséis pedirme nada. Vuestra suerte la decidiré luego. Habéis cometido una gran traición, pero seré benevolente con vos porque fuisteis novicia y mi hijo os raptó contra vuestra voluntad. Os buscaré un esposo para que ese bastardo reciba los cuidados y os aleje de mi hijo para siempre. Porque mi hijo tiene esposa señora, ante Dios y los hombres y es la dama Eloise de Poitiers, y ella ha regresado y reclama su lugar. Es justo que lo tenga por supuesto. Ella es mi nuera, no vos. Vos no sois más que una novicia descarriada caída en desgracia por culpa de mi hijo, eso lo sé bien, y por eso me ocuparé de encontraros un esposo pues no soy un hombre cruel, no os expulsaré de aquí encinta y sin un hombre que vele por vos. Pero no soñéis en que permitiré que os quedéis aquí con mi hijo.

—Oh no haga eso por favor. No puede ser tan cruel. Por favor señor conde de Montfault. No quiero un esposo, su hijo es mi esposo y lo amo y él me ama.

No puede hacerle daño a su propio hijo.

El conde escuchó sus palabras y apretó los dientes, furioso.

—Alejad a esta pequeña boba de mi vista ahora. Ha mentido y engañado como una descarada y no quiero que se eche a llorar como una Magdalena. Adrien. Llevadla a la torre ahora y vigilad su celda pues si llega a escapar sabré que fuisteis vos, sobrino y no quiero tener que castigaros también.

Adrien obedeció con pesar y se acercó a Annabella y le habló para que se calmara. No dejaba de llorar y de pedir compasión sin comprender que sus ruegos no serían escuchados. Sintió tanta pena que la abrazó y le dijo que debían irse.

—Hablaré con mi tío, pero no ahora, él está muy molesto, madame. No me escuchará y sólo lograré que se enoje aún más. Debe darle tiempo, buscará una solución, estoy seguro.

Annabella secó sus lágrimas y siguió al pariente de su marido. Siempre había sido muy amable con ella. Y sabía que Etienne lo consideraba como un hermano, no así a Francine que era una intrigante malvada que nunca la había querido.

Cuando fue llevaba a la torre sintió un frío espantoso recorrerle la espalda. Tuvo la sensación de que eso no estaba pasando, que era una horrible pesadilla.

Ahora la dejarían encerrada en la torre hasta que el conde le encontrara un esposo y la obligara a casarse con él por el bien de ese bebé que esperaba. Había sido tan cruel. Su bebé no era un bastardo como le había llamado.

Trató de serenarse, pero no le fue posible, se sentía tan desdichada.

—No temáis Annabella. Mi tío está furioso ahora pero luego se le pasará. Confío en que luego mi primo logre apaciguarlo —le dijo Adrien.

Ella lo miró aturdida y triste. Miró sus nuevos aposentos sintiéndose enferma de tristeza y miedo.

—No me dejéis aquí por favor. No quiero quedarme sola en este lugar, os lo ruego.

—Está bien, me quedaré con vos un momento ahora mientras los sirvientes os traen vuestros muebles.

Era un lugar helado y casi vacío. Apenas había un camastro, una mesa con

caballetes y un retrato de la virgen y el niño. No había mantas ni tampoco fuego y el joven caballero lo notó sin embargo no quiso moverse de su lado para buscar provisiones pues la pobre damisela no dejaba de llorar.

Sintió tanta pena y rabia, ¿por qué su primo fue tan imprudente? ¿Por qué no buscó la forma de deshacer su boda con la dama Eloise en vez de hacer esa locura?

Miró a la joven novicia y pensó que lo había sospechado antes, que pensó que esa joven era demasiado guapa para ese país, tenía algo distinto, cierto acento que él había detectado y… pero no dijo nada. Jamás habría traicionado a su primo ni se habría metido en sus asuntos.

—¿Cómo os llamáis, bella señora? —le preguntó entonces.

Ella lo miró.

—Soy Annabella Rosselli, Monsieur.

—Qué bonito nombre. ¿Y erais novicia en un convento italiano? habladme de ello.

La joven secó sus lágrimas y habló del convento.

—Yo juntaba las hierbas que curan Monsieur, plantas y yuyos que debía llevarle a la hermana curandera. También la fruta de la huerta.

—¿Erais feliz allí?

Annabella asintió.

—¿Y no habíais tomado los votos todavía?

—No.

—¿Por qué? ¿Acaso no estabais lista o querías casaros?

Ella lo miró inquieta.

—Jamás soñé con tener un esposo, Monsieur. El convento era mi hogar, era todo cuanto tenía, mi familia, mi casa, mi hogar.

—¿Y vuestros padres os dejaron allí?

—Nunca conocí a mis padres, Monsieur.

—Pero lleváis un apellido italiano y habláis muy bien el francés. ¿Quién os enseñó nuestra lengua?

—Me enseñó una monja del convento, ella me educó como una gran dama. Aprendí francés, inglés y también matemáticas y retórica.

—Os enseñaron mucho, novicia.

—No soy una novicia, soy la esposa de vuestro primo.

—Lo siento, no quise ofenderos, madame.

Los ojos azules del caballero la miraron apenados. Pensó que sólo había querido ser amable y conversar para que dejara de llorar, no debía estar a la defensiva.

—Está bien, comprendo.

—¿Tenéis frío? —le preguntó Adrien.

Ella asintió.

Él buscó leña en la habitación, mantas, pero no encontró nada.

—Sentaos señora, yo iré a pedir mantas y algo para que comáis.

Annabella lo miró con desesperación, no quería quedarse sola en esa habitación helada y en penumbras, apenas tenía unos cirios encendidos.

—No os vayáis, por favor, señor. No me dejéis sola aquí. Me matarán, lo harán si me encuentran sola.

Él se horrorizó cuando dijo eso.

—Mi tío no lo haría señora. Él no es un hombre cruel.

—Soy un estorbo aquí, he mentido, pero quiero que sepáis que lo hice obligada, sólo quería tener un esposo y no ser una cautiva aquí.

Adrien de Montfault se puso serio.

—No pueden culparos por eso, erais una dulce novicia y mi primo se portó como un bandido. Jamás debió obrar así. Debió enfrentar a su padre y desposaros. Pudo conseguir la anulación de su boda. Pues en realidad esa boda no era del todo legal, mi tío lo dijo.

—Su padre lo engañó, estoy segura de eso. engañó a su hijo para que desposara a la joven Eloise.

—Y ahora realmente está casado con ella y deberá quedarse a su lado.

Annabella se sintió muy mortificada cuando dijo eso.

—Pero él vendrá a rescatarme, ya no me importa la boda, quiero estar junto a Etienne.

No, no podría ir, su tío había dado órdenes de que su hijo fuera encerrado.

Pobrecita. No quiso decirle para no desanimarla.

Sólo cuando estuvo más tranquila fue por mantas y algo de leña y comida para ella.

Ordenó a los sirvientes que asearan todos los días la habitación y se ocuparan de la dama Annabella.

Sintió miradas de desdén cuando les reclamó que la atendieran.

—El conde dijo que la dejemos encerrada, no dio órdenes de cuidar a la novicia italiana, Monsieur —dijo una camarera con impertinencia.

—¿Acaso dejareis a una dama encinta sin atención ni cuidados?

La camarera dijo que atendería a la novicia italiana.

—No la llaméis así, se llama Annabella Rosselli.

Pero era la impostora, la esposa falsa, la cautiva secreta y ninguno de los criados la respetaría ahora.

Furioso fue a quejarse con su tío y presenció una discusión entre él y su prima Francine. No era su prima en realidad, era la hijastra de la esposa de su padre. Menuda víbora había salido.

Al parecer ella negaba las acusaciones de la verdadera Eloise, de que fue ella quien la convenció de abandonar a su esposo y ahora lloraba lo negaba todo mientras la monja la acusaba sin piedad.

El caballero se acercó a su tío y le habló de Annabella.

—Los criados se han negado a atenderla y la han dejado en una habitación helada y sin cuidados. La dama está encinta tío y mi primo es el único culpable de todo esto.

El conde lo miró con sus ojos casi ciegos y luego bajó la mirada.

—Sí, tal vez lo sea. Pero debo sacar pronto a esa joven de aquí, por eso no exigí a los criados cuidados especiales, sólo los necesarios y esos los tendrá.

Adrien miró alarmado a su tío.

—¿La llevaréis lejos de aquí?

—Por supuesto, no habrá paz mientras esa hermosa dama esté encerrada en la torre. Mi hijo huyó, Adrien, no han podido encontrarlo, alguien debió avisarle, pero todavía están buscándole…Pero sé que regresará por su cautiva. Por eso debo llevarla lejos de aquí y entregarla a un hombre que la quiera por esposa. Algo no será difícil supongo. Cuanto antes le consiga marido más pronto me

libraré de esa novicia. Mi hijo cometió un grave pecado al raptar a una religiosa y apartarla del camino. Será castigado por ello, pero ahora debe volver junto a su esposa y olvidarse de esa joven. No lo hará si la dejo aquí.

Su tío era astuto. Sabía que mientras estuviera esa joven encerrada en la torre su hijo haría hasta lo imposible por tenerla, pero la solución de enviarla lejos y encontrarle un esposo le parecía una maldad.

Pero no lo dijo. Debía hacer algo para impedir que se la llevaran lejos.

—Sobrino, os noto muy apenado por la joven, os ruego que la cuidéis y no permitáis que vuestro primo se acerque a ella.

—Así lo haré, tío. Os doy mi palabra

Adrien no podía creer que su primo se marchara y abandonara a Annabella a su suerte. Pensó que al menos tendría la valentía de ir y enfrentar a su padre por lo que había hecho. Había dejado a su esposa a la deriva, sola en ese castillo. Como un cobarde. No podía creerlo. Regresó a la torre para atender a la novicia raptada.

***

Etienne fue apresado ese mismo día cuando regresaba de una partida de caza. Un grupo de numerosos escuderos lo rodeó a él y a sus caballeros.

No podía creer que eso estuviera pasando.

—Lo siento, Monsieur. Son órdenes de vuestro padre, debéis acompañarnos y si intentáis escapar deberemos poneros grilletes —le advirtieron.

El caballero los miró sorprendido, pero no tardó en comprender que su padre acababa de enterarse de la farsa y exigía explicaciones. Eloise había escapado de su cautiverio. Lo había hecho.

—Iré por mi cuenta sin que tengáis que obligarme. Hablaré con mi padre —dijo.

Los escuderos se apartaron, pero no le perdieron de vista.

El caballero iba de mal talante, pero decidido a enfrentarse a su padre.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó luego.

Ellos se miraron.

—En la torre, mi señor.

—La enviaron a la torre? Por qué. Todo fue mi culpa.

—Pero su esposa mintió y el conde está furioso. Ha confesado todo y su padre espera que recapacite y regrese junto a su verdadera esposa.

Etienne miró al escudero con gesto torvo, pero no dijo palabra.

Cuando llegó al castillo sin embargo fue apresado y encerrado en una mazmorra sin previo aviso.

—Lo siento mi señor Etienne, son órdenes de su padre.

Etienne luchó y se enfrentó a los guardias, pero no pudo evitar que lo confinaran a una celda.

—El conde vendrá a hablar con vos cuando esté más tranquilo —le advirtieron.

Pero eso no pasó, lo dejaron encerrado todo el día sin más visita que la de un sirviente que le llevó comida y agua.

***

Adrien entró en la torre para visitar a la joven novicia. Sintió tanta pena cuando la vio rezando en su habitación, arrodillada en el duro piso de piedra.

Su presencia le provocó un sobresalto.

—Lo siento, no quise asustaros, madame. Vine a ver cómo estabais.

Ella se incorporó y lo miró.

—¿Os han traído comida, agua fresca, vuestra ropa? —le preguntó.

Annabella dijo la verdad, sólo le habían llevado un potaje muy salado y una manzana, pero al menos sí tenía una manta para abrigarse.

Adrien sintió que la rabia lo invadía y fue en busca de los sirvientes.

Y como no tuvo respuesta él mismo consiguió lo necesario. Puso lumbre en la habitación y más velas para que nunca estuviera a oscuras.

—¿Dónde está mi esposo, Monsieur? ¿Acaso no está aquí en el castillo? ¿Por qué no ha venido a verme? —le preguntó la joven.

—Vuestro esposo ha huido, señora. Pero no irá muy lejos, su padre ha pedido que sea apresado de inmediato.

—¿Se ha marchado? Pero eso no puede ser. Él no haría eso. —Annabella se sintió desesperada.

—Huyó madame, lo siento mucho. Su padre también está sorprendido.

Ella dio vueltas en la habitación sin saber qué hacer. no lo creía, algo debió pasarle.

—¿Y si le pasó algo?

—Lo están buscando todavía, pero creen que se fugó para evitar el castigo de su padre.

Él trató de animarla para que no adivinara siquiera los planes de su tío.

—Pero ¿qué pasara conmigo? Su tío me odia y dijo que me buscará un esposo. No quiero que lo haga. Por favor. Ayúdeme a escapar de aquí, Monsieur Adrien.

—¿Ayudarla a escapar? ¿Y a dónde irías?

—A buscar a mi marido, por supuesto. Él ha de estar en algún lugar ahora, quizás sólo espera un poco para venir a rescatarme, espera convencer a su padre. Etienne no me dejaría aquí…

Adrien dijo que no, pero temía que lo hiciera. Si su primo Etienne no rescataba a su cautiva ¿qué sería de ella? Su tío la entregaría a un hombre rudo y malvado, al primero que la quisiera como esposa sin importarle su opinión.

Era una costumbre entre los nobles regalar a sus amantes cuando ya no las deseaban, los caballeros obsequiaban sus amantes a sus caballeros más leales como esposas. Durante años fue una práctica aceptada, una costumbre de los nobles las de tener una querida que siempre era mucho más guapa y deseable que la esposa. ¿Pero acaso su primo pretendía conservar a su cautiva a pesar de estar casado con otra mujer?

Miró a la joven italiana y sintió tanta pena. Estaba indefensa en esa torre y nada podría hacer cuando su tío decidiera enviarla lejos pues para él sería un acto de compasión encontrarle un esposo para que su nieto bastardo fuera protegido. Y también la desdichada novicia que fue raptada y apartada de la vida sagrada.

Su tío buscaría entonces un caballero que viviera muy lejos de Provenza, al norte y él tenía amigos allí, en París. Pero ¿quién aceptaría a una dama que llevaba en su vientre el nieto del conde de Montfault? Sin embargo, sabía que Annabella era una joven muy hermosa. Muchos la querrían por esposa.

Pero mejor callar y esperar. La pobrecita parecía estar siempre al borde del llanto y no era para menos, de ser la esposa de un caballero y vivir como una reina en sus aposentos a ser desenmascarada y enviada a esa torre triste y sombría.

***

Lejos de allí, la dama Eloise de Poitiers exigió que le dieran otros aposentos pues no pensaba ocupar los que habían ocupado su marido y su amante. De sólo ver esa cama cuadrada con hermosos bordados sintió náuseas.

—Necesito vestidos nuevos. Eh tú, ve a buscar a la modista. No puedo seguir usando este hábito de monja —se quejó furiosa.

Adeline, su fiel servidora se ofreció a coserle algún vestido.

—Oh no, no será necesario. Imagino que en todo el castillo habrá alguna sirvienta que sea buena con la aguja.

Pero el asunto llevó más tiempo del que imaginaba y al final tuvo que aceptar los vestidos que le envió Francine, esa bruja malvada.

Se desnudó con prisa y se puso ese vestido color carmín con ribetes de armiño en el cuello y una hopalanda del mismo color.

—Oh señora Eloise, se ve muy hermosa —dijo Adeline.

La dama de Poitiers se miró en el espejo con gesto torvo. Ella era delgada, pero Francine lo era más y el vestido, aunque bonito le quedaba ajustado.

—No me agrada, me veo como una salchicha prensada.

—Tal vez si os aflojáis el escote madame. Yo os ayudaré.

Eso estuvo mejor y entonces pensó que ahora sí se veía como una gran dama.

Sus ojos oscuros y malignos se reflejaron en el espejo y miró a su fiel

sirvienta del convento.

—Es muy extraño, ¿no lo creéis?

La monja baja y regordeta la miró intrigada.

—Extraño por qué?

—Me refiero a que esa harpía de Francine tuvo un gesto de gentileza esta vez y me envió sus vestidos para que pueda sacarme este horrible hábito. Supongo que ahora que soy la dama de este castillo y la futura condesa de Montfault quiere congraciarse conmigo —replicó con un gesto de amargura. Pues no olvidaba que fue esa parienta fea de su primo quien la convenció de que lo abandonara en el pasado.

—Tal vez, madama. Ahora querrá ser su servidora y es mejor tenerla de su lado.

—¿De mi lado? esa harpía debe recibir su merecido, no sé por qué mi suegro no la expulsa del castillo de Saint Germain. Es lo que se merece.

—Quizás lo haga pronto.

—No, no lo hará, es muy blando con los suyos.

Eloise pensó en su marido que se encontraba prófugo y en esa novicia italiana que había sido su falsa esposa.

—¿Y qué harán con Annabella? —quiso saber —¿Habéis oído algo?

Adeline era su espía, aunque la mentaba que debiera marcharse con las demás al convento pues su tarea había sido escoltarla hasta su nuevo hogar y reclamar su herencia, no quedarse en el castillo. Pronto todas se marcharían y eso le pesaba. Necesitaba aliadas en su nueva morada.

—El conde dijo que le buscará un esposo, eso dijo.

—¿Un esposo? ¿Y qué pasará con el mío? ¿Dónde está ese infeliz?

—Se ha fugado, madame. Eso me han dicho.

La novicia casi temía darle esa mala nueva pero tarde o temprano lo sabría.

—¿Mi marido se ha marchado? Pues no lo creo. A menos que sea un cobarde.

—Dicen que está asustado. Y que su padre planea desheredarle si no regresa aquí con vos de inmediato.

Eloise consideró esa posibilidad y sonrió.

—Y eso será suficiente para hacerle cambiar de idea —dijo Eloise con una media sonrisa —Dudo que quiera perderlo todo por un capricho. Está atado a mí el muy imbécil, quiso desposar a una novicia huérfana para que ocupara mi lugar sin imaginar que eso se volvería en su contra.

—Pobre Annabella, no es su culpa, señora.

—Oh claro que lo es, no os atreváis a defender a esa novicia con ojos de zorra. Muy guapa se creía sí, coqueteando con mi novio a escondidas, pensó que sería sencillo conquistarlo y volverlo loco y robármelo. Pero ya ves: terminó con un bebé en su barriga y abandonada, pero no dudo en que mi suegro le conseguirá un marido. Pero dudo que sea un caballero importante, ha de ser algún campesino o escudero.

—Será mejor que la lleve lejos de aquí señora, porque mientras esa doncella esté cerca su marido querrá tenerla y eso no será bueno.

El rostro oval y de frente prominente de Eloise se crispó al punto de que casi parecía una luna furiosa.

—¡Sobre mi cadáver! —replicó —Esa ramera no volverá a acercarse a mi marido jamás. Aunque al parecer no la amaba tanto, ya veis lo que hizo.

Sin embargo, distaba mucho de sentirse tan tranquila y nerviosa pidió audiencia para hablar con el conde pues se quedó muy intranquila al saber que su esposo había escapado como una rata. Eso le daba mal augurio.

Los días pasaban y ella seguía esperando que su marido regresara.

Una criada apareció poco después.

—Lo siento madame, pero el conde no puede recibirla hoy —le respondió.

Eloise pensó que era una descortesía, pero en verdad que ese hombre prácticamente la ignoraba, como si ella no fuera su nuera.

—¿Y por qué hoy tampoco puede recibirme? —replicó con voz chillona.

—No lo sé, madame, no lo dijo —respondió la criada trémula.

La joven monja la miró furiosa pero no dijo nada.

Entonces, la oportuna llegada de la modista y sus ayudantas con fardos de tela para hacerle vestidos mejoró su ánimo.

—Os traemos telas para vuestros vestidos señora, escoged el que más os agrade.

Eloise se acercó y escogió las más lindas y adecuadas para confeccionar un vestido. Eso la distrajo bastante y la mantuvo animada, sin embargo, no olvidó que su situación estaba lejos de resolverse pues su marido se había marchado.

Pero su esposo no estaba prófugo sino prisionero en una celda a la espera de que su padre decidiera su suerte.

El conde estaba demasiado enojado para prestar atención a nadie.

—Así que ha regresado y le tenéis —dijo.

—¿Qué haremos con el mi señor?

—Dejadle allí encerrado unos días, hasta que recapacite y modere su genio.

—Pero él ha dicho que no regresará con su esposa legítima.

—Sí lo hará, sólo dejadle allí unos días.

Sin embargo, el conde se impacientó.

Quería hablar con su hijo ahora y explicarle su situación.

—Llevadme junto a él —ordenó.

Iría a verle.

No escaparía a una buena reprimenda.

El conde dirigió sus pasos a la celda y cuando estuvo frente a su hijo pidió que la abrieran.

—Así que intentabais huir como un cobarde —lo acusó.

—Eso no es verdad, padre. No estaba huyendo. Y vine voluntariamente, pero vuestros hombres me encerraron como un bandido.

—Como lo que sois.

—No, no soy un bandido.

—Mentisteis. Me traicionasteis. Os burlasteis de mí y robasteis a tres novicias de un convento extranjero. ¿Es que os volvisteis loco?

Su hijo no replicó. Lo miró con fijeza.

—Os arriesgasteis a ser excomulgado y dejasteis el nombre de mi casa por el fango porque las monjas saben bien vuestro nombre.

—No me importa padre. No haré vuestra voluntad nunca más.

El conde no esperaba tamaña rebeldía de su hijo.

—Vos me forzasteis a mentir, yo no deseaba hacerlo. nunca quise este engaño, pero vos me obligasteis a desposar a Eloise.

—Nunca estuvisteis casado con ella, hija, era sólo un compromiso. Os dije eso para que fuerais a buscarla pues le di la palabra a un amigo moribundo de que cuidaría de su hija.

Etienne se enfureció cuando le dijo eso, cuando comprendió que todo parecía una especie de trampa funesta, una trampa en la que él había caído.

—Me habéis embaucado padre, lo hicisteis adrede.

—Bueno, en realidad me enfureció saber que la joven Eloise había huido, pero cuando la trajisteis me di por satisfecho. Ahora será mejor que penséis cómo saldréis de este embrollo hijo. Porque ahora sí estáis casado con Eloise y ella está aquí, por desgracia para ti, ha cambiado de parecer y ya no quiere ser monja, quiere ser tu esposa.

—No hay que pensar padre, no me quedaré con esa odiosa criatura. Nunca lo haré. escaparé de aquí con mi esposa Annabella y me iré muy lejos para que no os sintáis traicionado ni defraudado.

—Pues me temo que eso no podrá ser hijo, Annabella se quedará en la torre hasta que le encuentre un esposo. Porque contrariamente a lo que creéis no soy un desalmado. Me preocupa esa joven, ella fue vuestra cautiva y supongo que no tuvo ninguna culpa en este ardid.

—¿Qué le buscaréis un esposo? Jamás. Yo soy su esposo padre.

—No sois su esposo, no es más que vuestra amante y el hijo que lleva en su vientre un bastardo. Pero como ese bastardo lleva mi sangre le conseguiré un caballero que la quiera como esposa.

—Sobre mi cadáver entregaréis a mi esposa padre. Sobre mi cadáver.

—¿Y vais a perderlo todo por el amor de una mujer? ¿Es que os habéis vuelto loco?

—Ya lo he perdido todo y no me importa, padre, vos me habéis encerrado como si fuera un bandido, pero yo escaparé de aquí y nunca más volveréis a verme.

—Eso es lo que deseáis?

—Sí, es lo que deseo. Toda mi vida os he obedecido y ahora vos mismo me tendisteis una trampa con vuestras mentiras. Me engañasteis para que me casara con Eloise. Pero jamás estaré a su lado, mejor será que busquéis un convento

para que esa dama se marche porque jamás lograréis que sea el marido de esa bruja. Esa mujer pérfida que me escogisteis como esposa.

—Bueno, os dejaré unos días para que cambiéis de opinión.

—No cambiaré de opinión. Puedo irme ahora con lo puesto, pero con mi esposa Annabella. Reniego de vos y de este señorío, no me quedaré aquí ni un día más. Podéis quedaros con vuestros tesoros y vuestra heredad.

El conde se quedó helado. No podía creer que su hijo fuera tan estúpido.

—Sois un necio. No tenéis nada. Yo os di la vida y os eduqué, ¿y así me lo pagáis? ¿Diciendo que repudiáis vuestra herencia y vuestra sangre? ¿Pensáis que podéis huir sin más con vuestra novicia cautiva? Pues no podréis, porque Eloise está aquí y en el convento todos saben lo que hicisteis, y si no volvéis con vuestra esposa van a excomulgaros, Etienne. Sí, es lo que habéis oído.

Pensó que semejante amenaza lo pondría nervioso o asustado. Pero no fue así. El joven se quedó tieso, insensible ante la temible posibilidad de ser excomulgado.

—Mi vida sin Annabella sería un infierno, la amo y no renunciaré a ella. Que el señor me juzgué si obré mal, pero ella es feliz a mi lado y me ama. Pero vos no podéis entenderme y esperáis amenazarme o sobornarme. No cederé a vuestras amenazas. No lograréis nada.

El conde comprendió que había perdido la partida. Conocía a su hijo y estaba emperrado en salirse con la suya.

Bueno, pues él no estaba dispuesto a perder.

—Os quedaréis aquí unos días, necesitáis pensarlo con calma —dijo y avisó al guardia para que abriera la puerta.

Etienne lo vio irse furioso. Su propio padre lo había encerrado como un bandido. Su propio padre lo había embaucado y arrastrado a esa aventura, pero el señor se apiadó de él y puso a esa dulce joven en su camino. Annabella era todo cuanto tenía en ese mundo y lo sabía.

Pero no renunciaría a ella.

Tenía un plan. Pero no podía llevarlo a cabo si se llevaba a su esposa con él como pensaba…

—Monsieur…

Sintió una voz en la penumbra de la celda.

Era un criado cubierto con una capa y le dijo que su amada Annabella estaba bien.

—Vuestro primo cuida que nada le falte. Los criados son muy descuidados con ella.

—La habéis visto?

—No. Pero sé que está en la torre. Mi señor, no será fácil rescatarla de allí, hay demasiados guardias día y noche, os descubrirán.

—Debo llevarla conmigo.

—Volveremos por ella en cuanto podamos. Primero debéis reunir a vuestros caballeros, necesitaréis de todos vuestros aliados y muchos se han alejado luego de que se supiera vuestro secreto —le respondió.

Tenía razón. Debía juntar aliados y ofrecerles una buena paga. No sería sencillo.

***

Las cosas estaban muy lejos de resolverse. Nada había salido como el anciano conde quería y ahora muy preocupado por el nuevo giro de los acontecimientos, acababa de enterarse que su hijo había escapado la noche anterior con un grupo de hombres y luego había tomado Carcassone para sí y para su esposa. Este le envió un mensaje insolente diciéndole que Carcassone era la herencia de su madre y la reclamaba para él y para Annabella Rosselli, su legítima esposa.

El muy bribón lo había planeado todo, por eso se había largado. No escapó como un cobarde como le hizo creer, dirigió a sus hombres, caballeros y escuderos para tomar el castillo de Carcassone que era un legado de su madre y de su tío que estaba demasiado viejo para cuidarlo. Sin herederos y enfermo, su tío había aceptado que su sobrino tomara la propiedad pues hacía tiempo que lo había nombrado su heredero.

Ahora era cuestión de días que fuera al castillo a buscar a su cautiva. Tenía

una herencia para ofrecerle y un nuevo hogar lejos de Saint Germain.

Estaba loco. No podía hacer las cosas a su antojo.

Miró a su sobrino mientras pensaba qué hacer.

—Ya veis, vuestro primo no tiene ningún respeto por mi autoridad. Ha tomado Carcassone. Y dijo que vendrá a buscar a Annabella. Pues no la encontrará. Esa será mi venganza.

Adrien miró a su tío espantado y temió lo peor. Llevaba días cuidando de la novicia, tratando de acompañarla y de que su cautiverio no fuera tan duro, pero temía por su futuro.

—¿Qué haréis ahora, tío? Por favor, no le hagáis daño a esa pobre joven, ella es inocente de todo esto —replicó el joven desesperado.

Su tío lo miró con sus ojos medio ciegos.

—Vaya…entonces lo que dijo tu parienta es verdad. Estás loco por esa mujer, hijo, no lo niegues.

—No, no es verdad, tío —declaró.

—¡Oh por los Clavos de Cristo! Vuestra voz os delata. Seré ciego, pero tengo buen oído y basta con decir algo de esa joven para que te vuelvas loco de los nervios. La quieres para ti y eso no pasó hace dos días, sospecho que fue desde la llegada de la novicia.

Adrien no lo negó.

—Quieres cuidar de ella y no lo hacéis por piedad, lo hacéis por amor. La amáis en secreto y no podéis luchar contra eso ni negarlo.

—Es verdad, pero nunca, nunca habría tenido malas intenciones, tío. Pero si vais a llevarla lejos de aquí yo os ruego que me la deis como esposa. Por favor. Permitid que sea yo quien la cuide como mi señora.

—Adrien, es sólo una novicia italiana. Nadie sabe nada de su familia ni de su linaje. Vos merecéis una esposa noble, una dama distinguida que llegue pura a vuestros brazos, no una novicia embarazada.

—No me importa eso, tío, por favor. Quiero cuidar de ella hasta que mi primo pueda desposarla.

—¿Habéis oído vuestras palabras? ¡Estáis loco! Loco por esa mujer. Ha de ser una hechicera que enloqueció a mi hijo y ahora también a vos-

—Annabella no es una hechicera tío, es un ángel. Mi primo la raptó del convento, no debió hacerlo, pero ahora debo protegerla. Por favor, déjeme que cuide de ella.

El conde lo meditó un momento. No era eso lo que tenía en mente, pero resolvía el problema de forma satisfactoria, pues mientras estuviera esa joven allí escondida sería un peligro, pero si se convertía en la esposa de su sobrino…

—¿Realmente queréis a esa joven como vuestra esposa?

—Por favor tío, no deseo otra cosa.

—Vuestro primo os odiará si lo hacéis, Adrien. Él no va a perdonaros eso.

Adrien no respondió a eso.

—Sólo necesito vuestro permiso, tío —dijo evasivo.

—Lo tenéis, pero antes deberéis convencer a la dama de que acepte convertirse en vuestra esposa. Decidle que si se niega la llevaré a Paris pues tengo un pariente mío que busca una esposa y como es muy viejo no le importará que esté encinta.

Adrien pensó que debía actuar con prisa y mucha cautela. Nadie debía conocer sus intenciones.

—Así lo haré tío, pero dadme unos días, no podré convencerla de eso ahora, debo hablar con ella, convencerla y me llevará tiempo.

—¡Es que tiempo es justamente lo que no tenemos, sobrino! El tiempo es un tirano y debo lograr que mi hijo olvide a esa joven y sólo lo hará cuando la aleje de él para siempre.

Cuando su sobrino se alejó, el conde tuvo tiempo de meditar en ese asunto y llegó a la triste conclusión de que la novicia italiana no querría casarse con Adrien y nervioso se dijo que él mismo debía hablar con ella para convencerla de que su suerte pudo ser mucho peor cuando su criado le avisó que tenía visitas.

—¿Visitas? —replicó nervioso e intrigado.

—Sí, Monsieur es un caballero que viene del castillo de Saint Denis.

—¿Saint Denis? ¿El conde de Rennes está aquí?

Era el hijo de su viejo amigo Albert de Rennes.

—Decidle que pase, bueno, deberé postergar este asunto, pero seguramente el conde se encuentre de viaje a París y querrá quedarse. Preparad los aposentos

de huéspedes.

Su criado obedeció y el conde de Rennes entró poco después. No había ido solo, su esposa Marie Claire lo acompañaba. Ambos miraron a su alrededor y el conde notó que su antiguo amigo lucía demacrado y sus ojos parecían ver muy poco.

—Mi viejo amigo, habéis hecho un largo viaje, seguro que vais a quedaros unos días —su anfitrión se mostró muy contento de recibirle.

—Buenos días, mi viejo amigo. He venido a hablar con vos de un asunto no demasiado grato me temo.

La expresión del conde cambió enseguida.

—Oh no, por favor hombre, malas nuevas en estos días no. ¿Qué ha pasado?

—Mi hija, conde de Rennes. Mi hija está aquí.

—¿Vuestra hija? Pero vos no tenéis hija, vuestra esposa murió y ella estaba esperando un bebé si mal no lo recuerdo. Vuestro padre me contó todo.

—Sí, eso pensé. Pero lo que voy a revelarle es muy delicado y le suplico discreción. Por mi esposa y por mi honor, conde de Montfault.

La expresión del conde cambió.

—Por supuesto hombre. pero vuestra hija no está aquí, no sé de qué habláis. Si acaso huyó os aseguro que nadie me ha dicho nada.

—Bueno, es que primero debo contaros la historia.

Marie Claire se acercó y saludó al anciano.

—Ella es mi esposa, Marie Claire. La recordaréis pues estuvisteis presente en nuestra boda hace muchos años.

El conde saludó a la dama con gentileza.

—Sí, era muy hermosa y estaba muy asustada, lo recuerdo bien. Sabréis disculpar que no veo bien en estos días, muy poco en realidad —se quejó el conde. —Por eso al parecer mis parientes se han dedicado a engañarme, pero olvidan que, aunque no puedo ver bien, sí puedo oír lo que dicen.

—¿Os han engañado, Monsieur?

—No importa eso. os ruego que continuéis puesto que estáis buscando a vuestra hija y yo deseo ayudaros a encontrarla —respondió el conde.

—Bueno, Monsieur. Comenzará la historia desde el principio. Mi esposa huyó al convento porque no se sentía cómoda, quería tomar los hábitos. Era muy joven y estaba decidida a escapar de mí.

El conde de Rennes guardó silencio sobre los verdaderos motivos que impulsaron a su esposa a hacerlo, era un secreto que nadie más debía conocer. Y que además no venía al cuento.

—Mi esposa no sabía que estaba esperando un bebé, lo supo después, pero en vez de regresar se quedó y ocultó a la niña luego de su nacimiento y la crio como una huérfana.

Trató de embellecer un poco la historia, de cambiar algunas cosas hasta que llegó al instante del rapto y la posterior fuga de su señora renunciando al convento para encontrar a su hija pues un malvado caballero francés la había raptado y llevado a sus tierras.

—¿El rapto de una novicia? ¡Oh mon Dieu! Qué extraño es todo esto y, sin embargo, por los Clavos de Cristo que me suena familiar.

—¿De veras? Pues debo confesaros algo conde de Montfault, que el villano que raptó a mi hija no es otro que vuestro heredero Etienne de Montfault.

El conde se quedó tieso.

—Tal vez dudéis de mis palabras, pensaréis que la joven que desposó es Eloise, pero no lo es, se trata de mi hija. De Annabella Rosselli. Os pido que no la castiguéis por ello, pues he sabido que aquí se hace llamar Eloise de Poitiers y sospecho que vuestro hijo la obligó a participar de un embuste y que no es su culpa en absoluto.

—Amigo mío, eso ya lo sé, y me pesa mucho haberlo descubierto de la forma más triste.

El conde de Rennes lo miró sorprendido.

—¿Entonces lo sabíais?

—Sí… Me he enterado de esa farsa hace unos días y he tratado de solucionar este triste asunto de la mejor forma posible. Comprenderá que debo anular esa boda porque la verdadera Eloise de Poitiers vino aquí a exigir que le dé su lugar como esposa legítima de mi hijo. Entonces vuestra hija es la novicia raptada, esto sí que es una rara coincidencia.

—Es mi hija y he venido a deciros la verdad y a pediros que la perdonéis. Esa boda no puede deshacerse, esa no sería la solución acertada pues su hijo la raptó del convento.

—Por supuesto, y por eso me siento profundamente apenado, jamás imaginé que había hecho eso, su misión era ir al convento y traer de regreso a su prometida la dama Eloise de Poitiers, yo lo convencí de hacerlo. él no quería en realidad. Y al parecer al llegar al convento quedó embobado con una novicia rubia muy hermosa llamada Annabella Rosselli y decidió traerla en su lugar. Una artimaña muy ruin, por supuesto que desapruebo completamente.

—Entonces ya lo sabéis todo. Pues creo que lo justo es que su hijo responda por sus actos en vez de tratar de deshacer esa boda. Señor conde, eso no es justo. Mi hija fue raptada del convento y su hijo debe desposarla con su verdadero nombre. Debe hacerlo. He venido aquí con un acta de nacimiento para que se puede modificar el acta de matrimonio.

El conde pensó que era justo el reclamo de su amigo de Rennes, pero no podía hacer nada al respecto.

—Mi hijo no puede casarse con su hija, Monsieur porque ya está casado con otra hace tiempo. Con Eloise de Poitiers.

—Eso no es verdad.

—Pr supuesto que sí, y si no lo es se casó con su hija y engañó a todos diciendo que ella era Eloise de Poitiers, ahora sí hay un acta de matrimonio con el nombre de ambos. Y ese matrimonio no puede deshacerse.

—Sí puede deshacerse, pues creo que la boda en cuestión no fue consumada. Porque Eloise estaba en el convento.

—¿Cómo lo sabéis?

—Mi esposa era priora de ese convento. Ella supo que esa boda no se había celebrado, era un compromiso de esponsales. La joven se enfureció luego de que su hijo raptara a Annabella y se imaginó que se la llevaba para hacerla su esposa y dijo a todos que haría valer sus derechos como prometida.

—OH santo cielo, Monsieur, qué lío tan horrible. Me avergüenza profundamente todo esto. Comprenderéis que no depende de mí, hubo una boda, celebraron una boda, pero la mentira de mi hijo fue su peor error, su cobardía fue

tan grande que lo arruinó todo pues si realmente quería casarse con la novicia italiana ahora nunca podrá hacerlo.

—Si vos pidierais la anulación de una boda falsa que no fue consumada, si hablarais con el capellán que los casó podríais solucionar este embrollo, conde de Montfault.

—Ah eso sí que no, viejo amigo. No me corresponde a mí hacerlo, mi hijo no está para manifestarse y espero que él recapacite de todo esto y…

Le confieso que todo esto me apena profundamente por tratarse de su hija por supuesto, pero no quiero líos con los curas ahora. Mi hijo podría ser severamente amonestado por raptar a una novicia.

De pronto el conde comprendió que ese conde quería salvar a su hijo y no le importaba nada de la pobre joven raptada.

—Vuestro hijo, Monsieur, ¿dónde está? ¿Y dónde está mi hija? Exijo ver a ambos de inmediato.

El conde hizo un gesto de reticencia.

—Bueno, mi hijo huyó a Carcassone y él espera regresar y llevarse a Annabella consigo. Ha recuperado una herencia de su madre y vendrá en unos días. Se niega a entender razones, es muy obcecado.

—Annabella es mi hija y yo exijo que vuestro hijo la despose de inmediato o todos sabrán lo que le hizo a una joven inocente. Vos lo juzgáis, y os mostráis apenado y avergonzado de su proceder, pero no movéis un dedo para que sea condenado. Preferís tapar el escándalo.

—Es lo mejor para ambos, además vuestra hija también mintió y engañó a todos en este castillo.

El conde de Rennes sintió que perdía la paciencia con ese anciano.

—Mi hija fue raptada contra su voluntad, ella es inocente de todo esto. Seguramente pensó que así podría casarse con ese joven que a lo mejor la sedujo antes.

—Monsieur, calmaos. Comprendo vuestra indignación, pero no podéis hacer nada. Esa boda jamás podrá celebrarse. Vuestra hija necesita un esposo pues ella no es Eloise sino Annabella y no dudo de que vos podréis encontrarle un esposo adecuado cuando la llevéis con vos a vuestro castillo.

—No me iré sin hablar con vuestro hijo, exijo una explicación de su parte.

—Me temo que eso no será posible. Como le dije se marchó hace días a Carcassone, planea recuperar la herencia de su madre para poder vivir allí con Annabella. No quiere cumplir con su deber y no lo hará, aunque eso signifique quedar desheredado.

—¿Huyó y dejó sola a mi hija? Bueno, creo que no creo que sea buena idea que la encuentre cuando regrese. Por favor, llevadme hasta mi hija de inmediato.

—Por supuesto, caballero. Le pediré a mi criado que lo lleve hasta la torre.

¿A la torre? ¿Había llevado a su hija a la torre como si fuera una prisionera?

Se sintió muy indignado por toda la situación y fue primero a buscar a su esposa que aguardaba en la sala contigua. Irían juntos a rescatar a su hija. Lo único que lamentaba era no haber llegado antes para dar cuenta de ese tunante cobarde y atrevido llamado Etienne de Montfault. Pero ya daría cuenta de él cuando llegara el momento… Malnacido.

***

Annabella supo por Adrien que tenía visitas.

Ella había estado rezando implorando ayuda y de repente vio entrar a una dama envuelta en una toca con un vestido rojo con ribetes de oro y tembló. Pensó que era una aparición. Al comienzo no supo que era la priora, vio entrar a una dama muy bella y elegante seguida de un caballero de cabello oscuro con las sienes plateadas. Su rostro afilado y la expresión de sus ojos le llamó la atención pero luego se detuvo en la dama y se quedó muda, tiesa. Le costó reaccionar y comprender que… eso no podía ser, no podía ser ella.

—Sor Beatrice, no puede ser… Habéis venido —murmuró.

La priora se acercó y la abrazó y Annabella se emocionó.

—Oh hermana, he estado pensando en voz hace días, no sé por qué.

—Mi niña, os encontré —dijo y la miró con ansiedad —¿Estáis bien? ¿Os han hecho daño?

—Me encerraron aquí, priora, porque mentí… fue mi culpa. Pero no me

han hecho daño. Etienne dijo que no podía casarse conmigo, sólo si mentíamos… ¿Pero por qué no lleváis el hábito? ¿Y quién es el caballero que os acompaña? ¿Es un pariente vuestro?

La priora bajó la mirada y luego miró a su esposo.

—Es mi esposo Armand de Rennes, querida. Y no me llaméis priora ni sor Beatrice, por favor. Ya no soy una religiosa, he dejado los votos para volver con mi marido. Además, Beatrice no es mi nombre verdadero.

Annabella sintió que no entendía nada, que todo era tan confuso. Miró a la religiosa sin poder creer que esa dama guapa y seductora, de cabello rubio fuera en realidad la antigua priora. Estaba muy feliz de verla, pero no entendía nada.

—¿No es vuestro verdadero nombre? —balbuceó —Pero vos… ¿Acaso habéis dejado los hábitos para volver con vuestro esposo? ¿Cómo es que pasó eso? No entiendo nada, hermana Beatrice.

—¿Recordáis la historia que os conté de mi hermana? Era falsa Annabella, lo hice para protegeros cuando supe que un grupo de caballeros franceses avanzaba hacia el convento. Pensé que vuestro padre nos había encontrado y tuve mucho miedo de perderos.

—Pero vos dijisteis que…

Dijo que sus padres habían muerto, y que su madre fue ultrajada por un caballero celoso de que lo abandonara y tomara los hábitos. Dijo muchas cosas y ahora seguía sin comprender qué rayos era todo eso.

Al ver la expresión atormentada del caballero de ojos grises y la mirada implorante de sor Beatrice comprendió que no podía decir nada de esa historia.

—Mi niña, lo siento. Es que no podía deciros la verdad, no podía deciros que erais mi hija. Era priora entonces y sabéis bien que una religiosa no puede estar casada ni tener hijos. Vos sois mi hija Annabella, y este caballero es vuestro padre Armand. Él no sabía que… nunca supo que tenía una hija. Pensó que ambas habíamos muerto durante el parto.

Annabella miró a su padre aturdida y a sor Beatrice, furiosa. No podía creer que esa monja hubiera hecho tantas locuras en su vida. Primero abandonó a un esposo guapo que seguramente la amaba, huyó con un hijo suyo en su barriga se escapó al convento y la tuvo allí. Sor Beatrice era su madre, acababa de

confesarlo y sin embargo de alguna forma siempre lo había sabido, siempre se había sentido muy cercana a esa monja que la cuidaba y le cantaba con esa voz melodiosa cuando era una niñita nerviosa que sufría rabietas y le costaba mucho conciliar el sueño.

—¿Sois mi madre?

Sor Beatrice asintió y acarició su cabello rubio como si fuera una niñita, como siempre lo hacía.

—¿Pero por qué hicisteis eso? Beatrice. Estáis loca. ¿Cómo fuisteis capaz de privarme de mi padre, de un hogar? ¿Acaso vuestro marido era malvado con vos y os daba palizas? —preguntó Annabella al borde las lágrimas.

No se imaginaba a ese hombre dando palizas, pero sabía que muchos caballeros eran muy bravos con sus esposas.

—Oh claro que no, era un buen esposo Annabella, y me adoraba. Pero ocurrió algo… Algún día os diré por qué hui, mi esposo ya lo sabe y él me ha perdonado porque todavía me ama y desea conocer a su hija. Acercaos, no le miréis con temor. Es vuestro padre.

Pero Annabella se alejó de ambos, de sor Beatrice y del silencioso caballero que la miraba a la distancia. Sólo quería correr y de no haber sido su situación tan desesperada habría corrido dando alaridos diciendo que la sacaran de esa horrible torre.

Su mente era un torbellino y todo eso le parecía una completa locura. Acababa de enterarse que tenía una madre que había sido monja en un convento y que su padre estaba allí y era un caballero. Era demasiado.

—Esto es un sueño, un sueño loco y absurdo. No puede ser verdad… —dijo de pronto mirando a sus padres con extrañeza.

—Oh mi niña lo siento tanto. Sé que estáis muy confundida, pero no es un sueño. Es verdad. Vine a este país a buscarte porque nadie en el convento quiso rescatar a las novicias que fueron raptadas por ese infame caballero.

—Un momento por favor, no habléis así de mi marido, señora. Él fue muy bueno y gentil conmigo y con las demás. Me convirtió en su esposa y os aseguro que nadie va a separarme de él.

—Mi niña, él no es vuestro marido. Es el esposo de Eloise.

—No es verdad, sor Beatrice. Celebramos una boda, hubo una misa. Hice las promesas y eso lo escuchó Dios, él estuvo presente, sor Beatrice.

—Y firmasteis luego con el nombre Eloise de Poitiers. Cometisteis un grave error y supongo que ni vos ni él lo sabían. Él pensó que estaba atado a Eloise de por vida, y como no tuvo la anulación debía casarse usando esta estratagema. Lo que no sabía ese caballero era que Eloise no era su esposa, nunca lo fue. Su padre lo engañó para que la buscara porque le prometió al padre de ella que la dejaría en buenas manos, en el castillo de Saint Germain como esposa de su hijo.

Annabella escuchó esa historia aturdida.

—Sí, lo sé, el conde lo dijo. Fue muy cruel con su hijo, él nos engañó primero, hermana, el conde de Montfault embaucó a su propio hijo para que fuera al convento a desposar a la hija de un amigo caído en desgracia. Y luego nos llamó farsantes y conspiradores, él tampoco es trigo limpio.

—Supongo que tienes razón, pero ya está hecho, habéis cometido ese error Annabella y ahora vuestro marido está atado de por vida a Eloise.

—No, eso no puede ser. Etienne es mi esposo y podrá resolver esto. Sé que lo hará. Se ha ido a Carcassone para poder ofrecerme un hogar pues su padre lo ha expulsado de aquí y hasta quiso encarcelarlo como si fuera un villano.

—No podrá casarse nunca con vos, mientras Eloise viva, ahora no podrá, mi niña.

Ella se alejó molesta y de pronto lloró y su padre la sostuvo a tiempo de que cayera desmayada.

Se quedó sin aire. Demasiadas emociones para ese día, conocer a sus padres y saber que su marido estaba casado con Eloise por su culpa y por culpa de ese malvado conde de Montfault que los engañó primero. Ese viejo malvado no tenía autoridad moral para llamarlos mentirosos, ni farsantes y tampoco para encerrarla en una torre y pretender alejarla de su hijo para siempre. Era muy cruel.

De pronto se encontró tendida en la cama y lloró. Entonces sintió la mirada de sus padres, la miraban con pena y sorpresa.

—Annabella… Dios mío, ¿estáis esperando un bebé? —dijo Beatrice. —Nadie nos dijo nada.

Ella asintió.

—Sí, por eso también creo que el conde ha sido muy cruel, madre. Estoy esperando un bebé de su hijo y él lo ha llamado bastardo. Mi hijo no es un bastardo, no será un bastardo jamás —se quejó con amargura.

Entonces fue su padre quien habló. El conde Armand de Rennes y Hainaut.

—Hija mía, soy vuestro padre y quiero deciros que jamás nadie llamará bastardo a vuestro hijo. Os aseguro que todo esto se resolverá y obligaré a ese hombre a enmendar este horrible embrollo con la dama de Poitiers. Haré que se case con vos, aunque tenga que traerlo encadenado de Carcassone.

Ella le sonrió agradecida.

—Padre, mi esposo jamás quiso abandonarme, lo hizo porque su padre le quitó todo y debía ofrecerme un hogar. Él nunca regresará con Eloise, la detesta —le respondió Annabella.

La priora tomó su mano y le preguntó cuánto tiempo tenía de preñez.

—Cuatro meses, sor Beatrice.

—Por favor, no me llaméis así. Soy vuestra madre y me llamo Marie Claire de Rennes.

—Marie Claire?

—Mi niña estáis mareada?

—Estoy mejor ahora.

Su madre le alcanzó una copa de agua fresca y Annabella la tomó.

—¿Tenéis cuatro meses de preñez? —le preguntó luego.

Ella asintió.

—Entonces quedasteis encinta enseguida —calculó la condesa.

—En mi noche de bodas, madre —respondió ella con orgullo. Ahora se veía más calmada en compañía de sus padres, sabía que ambos la ayudarían a regresar junto a su esposo.

Su padre se acercó y tomó su mano despacio.

—Hija mía, sé que todo esto es difícil para vos, lo es por supuesto, no espero que me aceptéis, pero os ruego que me deis una oportunidad de ayudaros en este trance tan difícil. Estáis esperando un bebé y os han raptado de la forma más infame. No creo que este caballero sea digno de vuestro amor, pero os dejó

encinta y sospecho que lo amáis.

—Sí, padre, lo amo. Lo amo mucho. Por favor, sacadme de este lugar y haced que vuelva a mi lado. Sólo eso os pido. Padre.

Sus palabras le llegaron al corazón y de pronto siguiendo un impulso Annabella se abrazó a ambos y lloró de la emoción. Eran sus padres, nunca antes había tenido una madre ni un padre, aunque de pronto comprendió que sor Beatrice había sido como una madre que le cantaba, le contaba historias y la cuidaba.

De pronto notó que su padre la miraba emocionado.

—Hija mía, debo sacaros de este castillo. Esta ya no es vuestra familia, el conde os ha encerrado aquí y fue muy cruel con vos y muy débil con su hijo.

—Eso lo sé, pero no me iré padre. Debo esperar a mi esposo, dijo que vendría a buscarme.

—¿Lo esperaréis aquí, en este horrible lugar?

—Es mi esposo y no me importa esperar, quiero volver a su lado. Pero quiero pediros algo, padre. Hablad con el capellán que nos casó. Porque yo hice un juramento ese día, prometí ser la esposa de Etienne hasta que la muerte nos separe y ese juramento ha de tener el valor de un sacramento. El matrimonio no es un simple papel firmado, es una promesa a Dios y me pregunto si esa promesa no vale más que lo que predica el anciano conde de Montfault. Él no ha hecho más que mentir sobre ese asunto de la boda de su hijo con Eloise, él nos arrastró a esta horrible situación con sus mentiras.

—Mi niña, sé que tenéis razón y que el conde fue muy malvado al engañar a su hijo, pero sabéis que eso no puede ser. Esa boda no fue un verdadero sacramento, él mintió y vos y también. No podéis esperar que el prelado acepte esa unión como válida —intervino su madre.

—Pero sor Beatrice, vos sois priora, sabéis el valor de los sacramentos y juramentos. Juramos ante nuestro Señor y él nos escuchó ese día, estuvo presente.

La antigua priora vaciló y pareció alejarse, pero Annabella no supo si era porque la había llamado Sor Beatrice o porque su argumento la había hecho pensar.

No lo dijo y su padre intervino diciendo:

—Debo llevaros lejos de aquí, no es justo que estéis confinada aquí como si fuerais un bandido peligroso. Ven. Ayudadme Marie Claire.

Pero cuando intentaron llevarse a su hija un guardia les impidió el paso.

—Lo siento, caballero, pera la dama Annabella no puede abandonar sus aposentos. Son órdenes del conde.

El caballero de Rennes se enfureció.

—No oséis frenarme el paso escudero si no queréis que os atraviese con mi espada. Moveos ahora, que he venido a llevarme a mi hija y ningún escuálido escudero podrá impedírmelo.

Ante tan brava respuesta el guardia se hizo a un lado y el conde de Rennes pudo llevarse a su hija y a su esposa de esa habitación oscura y triste.

El conde de Montfault se acercó entonces, cuando llegaban al comedor y dijo que podía llevarse a su hija si así lo deseaba. Estaba muy contento de librarse de la usurpadora, pero Armand de Rennes pensó que el pedido de su hija debía ser tomado en cuenta.

—Así lo haré, Monsieur, pero antes debo hablar con vos unas palabras. Pero primero exijo aposentos decentes para mi hija, la habéis tratado muy mal cuando la responsabilidad fue de vuestro hijo por haberla raptado del convento.

El conde no respondió, ahora debía soportar las reprimendas por culpa del irresponsable de su hijo, pero eso no le afectaba en cuanto que sabía que se llevarían a esa molesta chiquilla muy lejos, al castillo de Saint Denis y al fin tendrían paz.

—Por supuesto. Ordenaré que se hospede en una habitación de huéspedes —dijo y dispuso que esta y su madre, la condesa Marie Claire fueran llevadas a las nuevas habitaciones por sus criados.

Una vez a solas, se dispuso a soportar el sermón del caballero de Rennes. Su expresión mudó en un vivo asombro cuando supo lo que planeaba su antiguo amigo acerca de la boda de su hija.

—Caramba hombre, eso que dice me sorprende y llena de dudas —dijo al fin. Claro que no quería saber nada de ese asunto de validar una boda falsa.

—Mi hijo está casado —insistió por enésima vez. —No puede casarse con

su hija, lo siento mucho.

—Su hijo está casado con mi niña y la ha dejado encinta, ¿acaso no sabíais que mi hija estaba esperando un bebé?

—Si, por supuesto que sabía, claro, pero eso…

—Y mi nieto no será un bastardo jamás. Y si no hace lo que le digo y habla con el capellán pues le aseguro que no vacilaré en ir a buscar a su hijo Monsieur y lo mataré con mis propias manos. Lo haré. me olvido de la amistad que hemos tenido durante años pues eso al parecer tampoco parece importaros. Y le aseguro que es su deber enmendar ese triste asunto y ponerlo a derechas. Porque si su hijo fue tan osado de raptar a mi hija del convento y arrastrarla a una boda falsa entonces que responda por sus fechorías como un verdadero hombre —declaró el conde furioso.

—Está bien, por supuesto que hablaré con el capellán, pero no le garantizo que él acepte su sugerencia de cambiar los nombres del acta. No lo hará. Cuando se entere que todo fue una farsa él mismo querrá anular la boda. Sin embargo, lo haré y no necesita amenazarme, amigo. Hablaré con el prelado y vos tendréis que aceptar su respuesta. Pero por más que vayáis a buscar a mi hijo para darle su merecido perderéis el tiempo, lo mejor es que le busquéis un esposo a vuestra hija y no perdáis el tiempo con esto.

—Esa será una opción que tendré en cuenta, pero antes quiero que vuestro hijo responda como hombre una vez en su vida. Ahora lo acompañaré a hablar con el prelado pues he traído conmigo el acta de nacimiento de mi hija en el convento de las damas. Allí está su verdadero nombre. Annabella de Rennes y Montagou.

—Por supuesto, pero es algo difícil hombre, pondrá al padre Abelardo en un aprieto.

—Pues eso no me quita el sueño ahora, veremos qué dice el cura cuando se entere que su hijo raptó a una novicia y la llevó por el camino de la perdición.

—Bueno, no es necesario, cálmese hombre. podemos arreglar esto. Por supuesto que sí.

El conde sintió mucha rabia entonces al comprender que ese hombre se dedicaba a tapar todas las faltas de su hijo en vez de darle una buena paliza como

se merecía. Así nunca asumiría sus errores ni aprendería a no cometerlos. Era evidente que ese joven no había sido bien educado por su padre a pesar de que este tenía fama de ser cruel e inflexible, un hombre pegado a sus tradiciones y a la fe católica que profesaba.

Un antiguo caballero de la orden de la rosa. Su padre también lo había sido. Guardaban un fuerte lazo de amistad. ¿Cómo podía ese anciano pretender que se llevara a su hija deshonrada y encinta sin aclarar ese asunto de la boda?

—Monsieur de Rennes, acompañadme. Hemos preparado estas habitaciones para que podáis descansar —le avisó una criada.

Él miró a su esposa y a su hija y notó que su hija lo miraba con cierto recelo. Era una joven dulce y tan parecida a su madre de joven, era parecida, pero tenía mucho carácter para ser tan joven. Imaginó que su vida no había sido fácil. Y sin embargo se veía tan jovencita, tan frágil. Y pronto sería madre.

Sin decir palabra las acompañó hasta sus aposentos, pero luego se alejó pues no se fiaba de que ese conde cumpliera su palabra. Su afán de encubrir a su hijo era superior a todo. Así que dejó en su lugar un grupo de escuderos vigilando la entrada de los aposentos de las damas.

—Cuidad a las mujeres y no dejéis que nadie entre sin deciros quién es. —les advirtió.

—Así lo haremos, mi señor.

Una vez a solas en sus aposentos, Annabella miró a sor Beatrice con fijeza.

—¿Por qué hicisteis eso, sor Beatrice? Decidme por qué abandonasteis a vuestro marido y me contasteis una historia tan horrible y cruel sobre mi nacimiento. Porque supongo que todo era mentira.

La condesa sabía que era inevitable que su hija le hiciera preguntas y le recriminara. Estaba furiosa y confundida, herida… no esperaba que fuera tan pronto y tuvo que alejarse y meditar un momento.

—Lo siento mucho Annabella, es que tuve mucho miedo de perderos. Lo hice para protegeros de la maldad de los hombres, de su crueldad… Sé que es muy difícil para vos entender.

—Por supuesto que lo es. Sólo quiero saber la verdad, sin mentiras. Ese hombre que dice ser mi padre no parece ser un caballero malvado capaz de

tomar a su esposa a la fuerza para hacerle un bebé, ¿o me equivoco?

—No, claro que no. Es un buen hombre, pero yo… fui forzada a una boda que no quería Annabella, tenía quince años y estaba muy asustada. Odiaba que me tocara. Es verdad. Él en cambio me adoraba, moría de amor por mí, pero tenía una debilidad en su carácter y eran los celos. Los celos que despertaban en él como demonios cada vez que notaba que otro hombre admiraba mi belleza. Y desesperado me encerró en los aposentos de la torre del castillo de Saint Denis. Mi antiguo hogar.

Annabella notó que su madre palidecía al revelarle el momento más horrible de su vida, cuando un pariente cruel y desleal la ultrajó aprovechando la ausencia de su marido. Lo hizo cuando estaba preñada y sin importarle nada, y luego la amenazó con matarla a ella y a su niño si decía algo.

La joven se sintió horrorizada al oír su relato, no podía creer que su pobre madre tuviera que sufrir algo tan terrible. Apenas podía concebir el horror que debía ser sufrir un ataque, cuando sabía que la intimidad entre un hombre y una mujer era algo que debía ser celebrado con amor y dulces caricias, sin prisas y ternura.

—Hui porque culpé a vuestro padre de lo ocurrido, lo culpé por dejarme desamparada en manos de su ese pariente y porque sentía… lo peor es que me sentía manchada y sucia, sentía que no podría jamás superar el horror de sentir mi cuerpo mancillado y herido. Tenía que escapar, tenía que protegeros y me encerré en mi misma. Abandoné mi apellido de casada, hasta mi nombre para borrar esa etapa tan triste de mi vida. No tuve alternativa. Y luego permanecí encerrada en mi coraza, alejada de mi antigua vida para siempre sin pensar que debí quedarme y decir la verdad. Ahora creo que lo habría denunciado y había esperado tener venganza. Pero entonces era muy joven y me asusté.

—Beatrice… os convertiste en Sor Beatrice. Pero ahora madre, ¿qué pasó cuando llegasteis? Decís que él os ha perdonado vuestro abandono. ¿Acaso sabe mi padre las razones que os impulsaron a huir?

—Vuestro padre ya lo sabe, Annabella, me costó mucho decirle la verdad, fue algo que todavía me avergüenza y me duele mucho, trato de no pensar en eso, pero no es fácil para mí. Y sólo me consuela pensar que mi esposo ya lo

sabe y ya no me odia por haberlo abandonado, sin embargo, teme que me vaya de nuevo, lo sé. No deja de vigilar mis pasos de temer pues yo lo busqué luego de que os raptaran y piensa que tal vez ahora me vaya, pero no lo haré. cuando fui a ver a tu padre él me arrancó el hábito y lo prendió fuego y dijo que nunca más volvería a ser una monja. No fue necesario que lo hiciera, yo renuncié a mi hábito cuando comprendí que nada me importaba más que encontrar a mi hija sana y salva.

—¿Entonces habéis vuelto a ser marido y mujer ahora?

La antigua priora se ruborizó mientras asentía con un gesto.

—Fui a buscarlo desesperada para que os rescatara, pero al verle fue tan extraño, porque ese caballero había sido mi marido y me adoraba, sé que me adoraba a pesar de sus celos y yo sentí algo muy fuerte cuando volví a verle. Le vi con otros ojos y al verlo tan herido y furioso fue como un desafío. Quería volver a conquistar su corazón, pero no ha sido sencillo, lo confieso. Fue difícil porque él no sabía por qué había escapado y creyó que hui de él porque prefería ser una monja a ser su esposa.

—¿Entonces no volveréis al convento nunca más? Oh madre, pueden castigaros por eso.

—No lo harán, jamás me encontrarán.

—Oh madre, Eloise está aquí, ha venido. Ella puede delataros. Es muy malvada y cuando se entere que Etienne no regresará a su lado…

—No le temo a nada, hija, he pasado por un infierno luego de vuestra partida, de vuestro rapto. Estos meses han sido muy difíciles para mí. Además, el convento me ha defraudado. No hicieron nada más que buscar por los alrededores con ayuda de los campesinos. No escucharon mis súplicas, vuestro marido obró mal y ningún castigo le fue impuesto. El padre Amadeo iba a venir a buscaros, pero no le permitieron hacerlo, le prohibieron abandonar el monasterio. Pues al parecer la suerte de las tres novicias raptadas poco importaba para ellos. Ya debían estar perdidas y deshonradas. Pero a mí sí me importó y comprendí que debía buscar al único hombre que sabía que me ayudaría: a vuestro padre.

—Fuisteis muy osada, madre y os lo agradezco, comprendo vuestra tristeza

y desesperación. Pero os suplico que no penséis mal de mi esposo, él me raptó porque se enamoró de mí en el convento, nos veíamos a veces, conversábamos. Él me agradaba sí, pero cuando supe que era el prometido de Eloise me alejé, lo hice, sabía que no era correcto. Sin embargo, no podía dejar de pensar en él.

—Jamás lo mencionasteis entonces.

—Vos erais la priora, madre y erais muy estricta. ¿Cómo esperabais que os confesara que me veía a escondidas con el caballero francés? Os lo cuento ahora para que dejéis de pensar que fui una pobre novicia raptada y deshonrada. Él jamás me forzó madre, pero cuando me raptó esa noche el dije que jamás me entregaría a él si no ponía un anillo en mi dedo.

La condesa sonrió.

—Sois apasionada como vuestro padre, Annabella, ahora lo comprendo. Pero yo no lo sabía, no sabía que ese joven era vuestro amor secreto. De haberlo sabido quizás no habría sentido tanta angustia. ¿Y las demás por qué las raptó? A Chiara y a Simonetta.

—Estaban conmigo esa noche, madre. Y no querían dejarme ir sola, eran como mis hermanas las dos y uno de los caballeros de mi marido, Albert Lenoire quería a Chiara en secreto y la hizo suya durante una tormenta en alta mar.

—Oh, pobrecilla.

—Chiara se entregó a él madre, ella también quería.

La dama de Rennes se sonrojó.

—Además luego se casó con ella y ahora tendrán un bebé.

—Y Simonetta?

—Ella prefirió ayudar a Chiara en su hogar, no quiere saber de nada con el matrimonio. Pero están bien, todas lo estamos madre. Yo tengo un esposo y no permitiré que nadie nos separe.

—Pero Eloise siempre será una piedra en vuestro camino, mi niña. Más ahora que se ha casado con vuestro marido.

—Pues ella no estuvo presente en esa boda pues estaba en el convento. Yo soy la esposa de Etienne y espero un hijo suyo. Poco me importa lo que piense esa señora, sabéis bien que siempre fue una malvada intrigante que despreciaba a mi marido y hasta se fingió enferma y por su culpa me recluisteis en esas

habitaciones.

—Lo hice para protegeros, lo sabéis bien, pero eso ya no cuenta. Si el capellán considera que el único matrimonio válido es el de Eloise, ¿qué haréis? ¿No lo habéis pensado?

—Pues lucharé para que mi marido tenga la anulación y no me separaréis nunca de su lado. no iré con vosotros a Saint Denis, madre. Me quedaré aquí a esperar el regreso de mi esposo.

La dama de Rennes no se sintió tan optimista en cuanto a los resultados de esa conversación con el capellán que los había casado, pero no dijo nada. Sabía que nada convencería a su hija de abandonar al hombre que consideraba su marido a pesar de la boda falsa.

***

Mientras, en la capilla del castillo de Saint Germain el conde se reunió con el capellán que había casado a su hijo con la dama Eloise.

—Padre Abelardo, ha ocurrido algo muy triste. Tal vez no lo sepáis, pero acabo de descubrir que la dama que se casó con mi hijo no es la verdadera Eloise de Poitiers sino una novicia italiana que mi hijo se trajo de su viaje a esas tierras como cautiva.

El padre escuchó el relato sin ocultar su asombro. No estaba al tanto de lo ocurrido y se horrorizó. El conde de Rennes se acercó al oír la conversación y el conde de Montfault le miró sin ocultar su incomodidad.

El capellán saludó al caballero y luego permaneció atento al relato del señor del castillo.

—Esta dama era novicia, por lo cual su boda fue una falsedad pues además no era la verdadera dama de Poitiers, no es así?

—La novicia que menciona usted tomó los votos en su convento?

—Pues no, no lo sé en realidad.

—Las novicias son preparadas para convertirse en religiosas, durante años se les enseña y se las somete a prueba antes de que sean convertidas en monjas.

Si esa joven no tomó los votos sí puede casarse.

—Usted la casó padre ese día, pero no con su nombre verdadero. Ese matrimonio debe deshacerse o…

—El matrimonio fue consumado pues la dama está encinta, eso me dijeron.

—Pero no fue un matrimonio.

—Sí lo fue, conde de Montfault. Yo bendije la unión de su hijo con esa dama. El señor estuvo presente en su boda, su palabra, su bendición. Esa boda no puede deshacerse, es un sacramento. Sólo debería corregir el nombre de la señora en el libro de actas. Lo haré por supuesto. Por el bien de esa dama y del niño que espera. Ese inocente es su nieto.

Los curas no eran nobles ni pensaban como ellos. Eran servidores de la Iglesia y del Altísimo.

—¿Entonces pensáis que esa boda falsa tiene un valor de sacramento? Pero la dama mintió sobre su nombre, engañó a todos.

—Pero ella aceptó desposarse con su hijo, señor conde. Dio su consentimiento, expresó su voluntad de casarse con él, respetarle y obedecerle. A mi entender esa boda sí es legítima y no puede deshacerse. Puedo hacer una corrección si me dice el nombre de la joven.

—¿Y no será castigada por mentir, por engañar, por usurpar el lugar de otra dama?

—La novicia fue raptada del convento, era justo que su hijo se casara con ella. Le hizo un gran daño al raptarla y apartarla de su vocación, seguramente la hizo suya antes de la boda. Esa boda era una forma de salvar la honra de la joven raptada. Darle un esposo.

—Peor mi hijo ya estaba comprometido con otra joven, estaba casado con otra joven. Esa boda no puede deshacer.

—La boda de su hijo no era legal, Monsieur. El documento que él tenía era un compromiso de bodas, no una boda. Por eso le aconsejé que se casara y celebrar un verdadero matrimonio.

—Pero esa boda fue un engaño, la joven usurpó un lugar que no le pertenecía, ella no era Eloise de Poitiers. Debe realizar la anulación de esa boda de inmediato.

—Sólo su hijo puede pedir la anulación, Monsieur.

El conde montó en cólera pues comprendió que su hijo no querría hacer eso y lo usaría para quedarse con su cautiva. Pero como estaba su consuegro presente guardó silencio y se aguantó la rabia.

Tuvo que comprender que había perdido la partida. Esa boda sí era un sacramento y no podía deshacerse, a menos que su hijo lo pidiera y eso no pasaría.

—Es lo justo padre, Abelardo. Que el caballero despose a mi hija —intervino el conde de Rennes.

El padre fue inflexible y el conde comprendió que había perdido. Pues si su hijo era culpado de excomunión por su culpa sería nefasto. No. Estaba enojado con él, no lo odiaba. Jamás odiaría a su único hijo. Sólo estaba molesto por el engaño y pensaba que lo correcto era expulsar a esa novicia y poner a su verdadera nuera en el castillo. Sólo que ahora no era una novicia huérfana, era la hija de un poderoso conde de Languedoc: el conde Armand de Rennes y Hainaut.

—Capellán, acepto vuestra sugerencia. Hablaré con mi hijo y con esta joven y vos enmendaréis el nombre de la esposa de mi hijo para que ese documento sea verdadero. Aunque me avergüenza su proceder al raptar a una novicia, comprendo que es justo que la joven sea compensada por el rapto. Aquí está el padre de la joven, el conde de Rennes y él le enseñará la partida de nacimiento de la joven Annabella.

—Oh por supuesto. —dijo el padre Abelardo y lo olvidó por completo para conversar con el conde de Rennes y preparar la enmienda de la partida de matrimonio.

El conde se marchó molesto preguntándose qué haría con la verdadera Eloise de Poitiers y era muy claro lo que decidiría: la joven debía regresar al convento cuanto antes. Y para eso pediría un certificado de la anulación de su compromiso pues al parecer nunca había sido una verdadera boda.

La única boda era la de su hijo con la hija del conde de Rennes.

Rayos. Estaba molesto. Nada había salido como lo esperaba, pero la llegada de su viejo amigo de Languedoc lo cambiaba todo. No quería enemistarse con él

por supuesto.

Y de inmediato llamó a dos escuderos y les dio órdenes de buscar a su hijo. Era necesario que regresara y hablara con el padre Abelardo para enmendar la anotación de su matrimonio.

Sin embargo, una hora después de que estos partieran un caballero le avisó que su hijo estaba en la puerta del castillo y exigía hablar con él.

—¿Está aquí? —el conde estaba sorprendido.

—Mi señor, ha venido con un grupo de feroces caballeros y escuderos y ha dicho que invadirá Saint Germain si no le entregáis a su esposa Annabella ahora.

—Pues decidle a ese insensato que venga a hablar conmigo, que permitiré que se lleve a su esposa, pero antes debe solucionar un asunto delicado.

Los caballeros no esperaban esa respuesta, en sus años mozos el conde había sido un león y hasta hace poco una provocación como esa habría sido repelida como diera lugar, pero se trataba de su único hijo y algo le había hecho cambiar de idea.

—Decidle a ese mozalbete tonto que venga a hablar conmigo de inmediato —insistió.

Los escuderos se miraron perplejos, pero cumplieron sus órdenes.

Etienne estaba esperando ansioso la respuesta de su padre, si no le entregaba a su esposa ahora lo haría por la fuerza. Llevaba demasiados días esperando, sabía que tenían a su pobre esposa prisionera en una torre y no había podido llegar a ella de otra forma.

La llegada de un escudero lo puso en guardia.

—Aguardad su mensaje —dijo elevando la mano para detener a sus hombres.

—Señor Etienne. El conde solicita vuestra presencia en la sala de armas.

—¿Mi presencia? Me cree tonto. Sería capaz de enviarme a una celda de nuevo. No he venido aquí a hablar con mi padre, he venido a llevarme a mi esposa.

—Y vuestro padre os la entregará, pero antes debéis hablar con él un asunto importante.

El caballero no se fiaba de esas palabras.

—¿Acaso intentáis tenderme una trampa?

—No es la intención de su padre, caballero. Al contrario. Él le envía este mensaje, dice que no puede deshacerse su matrimonio porque el capellán no desea, ni puede hacerlo. El capellán no lo autoriza.

La explicación del criado lo dejó muy sorprendido pues a pesar de lo mal que se expresaba sí entendió que el capellán que los había casado no quería brindarles la anulación.

Sin embargo, no se mostró tan confiado en que todo pudiera resolverse de esa forma, conocía bien a su padre.

—Traed a mi esposa ahora y luego hablaré con mi padre. No hablaré con él hasta que me devuelva a mi esposa Annabella Rosselli.

El escudero no pudo convencerle y regresó al castillo para hablar con el conde.

—Ese necio. Cree que quiero tenderle una trampa. Tendré que ir a hablar con él. Buscad a la joven Annabella y traedla de inmediato.

—Así lo haré Monsieur.

***

Annabella atravesó el comedor principal y tembló de emoción al ver a su esposo avanzando furioso seguido de sus escuderos. Una criada le había avisado que su marido estaba allí y fue a su encuentro.

Su mirada cambió al verla y ella corrió a su encuentro con la sensación de que no lo había visto en años y sentía tanta felicidad a pesar del horrible tormento que había sufrido confinada en la torre. Cuando la abrazó y besó con suavidad se sintió tan feliz, a salvo al fin.

—¿Cómo estáis hermosa? ¿Os han hecho daño? Dime la verdad, por favor.

—Vuestro primo cuidó de mí, él cuidaba que nada me faltara, pero estuve encerrada en esa torre y os suplico que no me dejéis aquí de nuevo, por favor.

—No lo haré, no temáis —su esposo miró a su primo con cierta reserva y luego le dijo que partirían antes de hablar con el capellán.

El conde brillaba por su ausencia y eso le dio alivio a Annabella, no quería verlo ni quería estar en ese castillo por más tiempo. Pero debían hablar con el sacerdote que los había casado para que enmendara el acta.

—¿Pero ¿qué significa esto? —gritó una voz desde un rincón.

Alguien se acercaba a gran velocidad, ella no notó que Eloise había presenciado su encuentro y estaba furiosa, lo vio en sus ojos, lívida. Annabella se detuvo y la miró sin reconocerla pues llevaba puesto un vestido verde muy elegante de terciopelo y hasta se veía guapa con una diadema de perlas y el cabello cubierto con una toca de tul. Como llevaban las damas casadas…

—¿Qué hace ella aquí? ¿Cómo os atrevéis Etienne? Me habéis abandonado y habéis huido, pero sois mi esposo.

—No, no lo soy, Eloise. Ella es mi dama y nuestro matrimonio sí fue válido. Pero no temáis, mi padre se encargará de encontraros un convento para que podáis tomar los votos, de nuevo.

Sus palabras eran una provocación y Eloise avanzó loca de rabia. Casi quiso abalanzarse sobre Annabella, pero Etienne la detuvo.

—Calmaos, por favor. No oséis a acercaros a mí de nuevo y mucho menos a mi esposa Annabella. Ella es mi única esposa, no vos. Nuestro matrimonio no existió, no fue más que un ardid de mi padre para obligarme a desposarte. No sería la primera vez.

Eloise lo miró horrorizada, estupefacta.

—No os creo, estáis mintiendo. Claro que estamos casados.

—Mi boda fue celebrada con Annabella, no con vos. Ambos recibimos las amonestaciones, hicimos promesas ante el señor y esa boda es la única que cuenta ahora.

—¡Estáis tratando de engañarme! No me creeréis tan boba como vuestra cautiva. Dejad de inventar. No os creo nada. Hablaré con vuestro padre y le pediré que os detenga ahora. No os escaparéis de aquí. Ni vos, ni esa ramera del convento.

—No oséis hablar así de mi esposa, malvada víbora. Pero podéis ir a hablar con el conde, estará encantado de recibir vuestros reclamos.

Eloise lo miró furiosa, estupefacta. No podía creerlo.

—Os dije la verdad, Eloise.

Etienne se apartó de ella y se llevó a su esposa que no dijo una palabra a Eloise.

Era algo irónico que por ir a buscar a la novia renuente terminara encontrando al amor de su vida, a Annabella. No pudo esperar para abrazarla, para besarla y lo hizo cuando entraron en la silenciosa capilla del castillo.

—Hermosa, lo siento tanto. Siento mucho lo que pasó. Fue mi culpa y quiero pediros perdón aquí, en la casa de Dios. Jamás debí mentir, pero no lo hice por temor a mi padre, es qué él me engañó, me hizo creer que estaba casado con Eloise, que ese bendito documento era un matrimonio y no lo era. Él me engañó primero y yo no quería eso nos separara, no quería convertirte en mi cautiva, quise que fueras mi esposa y ahora quiero decirte que tomé Carcassone, un castillo más pequeño que este, pero allí viviremos como marido y mujer junto a mis sirvientes más leales. No es una propiedad próspera, necesita reparaciones y sembrar las tierras, pero estaremos bien.

—Oh Etienne, es todo cuanto soñaba, poder volver a tu lado, vuestro padre él dijo que me llevaría lejos de aquí y me casaría con un pariente suyo de París. Quiso llevarme lejos, pero ocurrió algo más que debo deciros…

Antes de que lo dijera apareció su padre seguido de cerca por su madre. Ambos miraron a Etienne con una mezcla de sorpresa, rabia y cierto alivio.

—Son mis padres —declaró Annabella.

Etienne miró a la antigua priora del convento perplejo y algo asustado. ¿Pues qué hacía sor Beatrice disfrazada de gran dama del brazo de un caballero? Qué broma tan extraña desagradable.

—¿Es una broma, cielo? ¿Acaso esa dama no es sor Beatrice?

Annabella asintió y su esposo pensó que las visitas desagradables de ese día parecían no terminar jamás. Estaba impaciente por largarse de ese castillo infernal repleto de víboras y farsantes.

—¿Vuestra madre? ¿Sor Beatrice es vuestra madre? —sus ojos almendrados se abrieron más del asombro.

—Sí, es ella. Vino del convento a buscarme, ella estuvo casada con mi padre y lo abandonó, pero luego os contaré esa historia. Sólo os diré que ambos

vinieron aquí y creo que los envió dios porque vuestro padre quería llevarme muy lejos de este castillo y casarme con un pariente suyo. Sin embargo, mi padre me sacó de la torre y obligó a vuestro padre a hablar con el capellán para que enmiende el acta. Porque nuestra boda fue un sacramento de promesas.

Annabella trató de explicarle en pocas palabras lo sucedido, no fue sencillo, pero de pronto su esposo comprendió que su suegro estaba pendiente de cada palabra y no dejaba de mirarlo con gesto torvo.

—Hijo, es hora de enmendar vuestra afrenta. Soy el padre de Annabella y estaba dispuesto a llevarla a mi castillo para ponerla a salvo pues pensé que la habíais abandonado.

Etienne lo miró perplejo. Nunca antes se había enfrentado a su suegro, ni siquiera sabía que tuviera uno.

—Monsieur, he venido a buscar a Annabella y nada impedirá que me la lleve ahora a Carcassone —respondió desafiante —Ella es mi esposa.

Annabella quiso evitar una discusión entre ambos y habló con su esposo.

—Sólo tenéis que acercaros a la capilla del castillo y enmendar el acta. Yo iré con vos ahora —le explicó.

La expresión de su esposo se suavizó, pero no así su padre que se mantuvo muy cercano y con semblante adusto como si pensara que el hijo del conde no cumpliría lo acordado.

—Iré con vos, por supuesto. Es una estupenda noticia, no lo había pensado, pero… siento mucho todo esto Annabella. Sé que fue mi culpa.

—No penséis en eso, por favor. Ahora no. Sólo quise explicaros que mis padres habían llegado y me salvaron de ser entregada a un pariente de vuestro padre. Eso planeaba hacerme.

—Jamás iba a hacerlo, yo no iba a permitirlo. Dejé un grupo de escuderos apostados en el castillo, cuidando vuestros aposentos. Pero todo eso terminó, hermosa, estaremos juntos y nadie podrá separarnos jamás —dijo y besando sus manos la llevó hasta la capilla seguidos a cierta distancia por los padres de Annabella.

—Padre Abelardo, hemos venido a enmendar el acta de matrimonio.

El capellán asintió y los invitó a acercarse, dijo que iría por el libro de

anotaciones.

Pero él no dejó de abrazarla ni besarla aprovechando la ausencia del cura y cuando este regresó tosió nervioso para recordarles donde estaban.

Y luego de enmendar el acta y poner su nuevo nombre Annabella de Rennes y Montagou ella miró el libro sintiéndose muy extraña, exultante y feliz, y cuando su esposo la tomó entre sus brazos y la besó, lloró.

—Id en paz hijos, yo os bendigo y celebro que podáis permanecer unido como quiso el señor el día que celebré vuestro matrimonio —dijo el padre Abelardo.

Annabella sonrió.

—Gracias padre, gracias por su ayuda. El conde sólo quería deshacer nuestra boda.

—Jamás podría hacerlo, porque lo que estabais unidos por el altísimo. El hizo nacer el amor en sus corazones y fuisteis bendecidos cuando os unisteis en matrimonio.

Annabella se emocionó y juntos abandonaron el recinto abrazados y felices y entonces ella vio a sus padres mirándoles a la distancia como si hubieran presenciado su boda.

A pesar de lo extraño de la situación, de que todavía estaba impactada por enterarse que tenía a sus padres vivos siguió el impulso del corazón y tomada de la mano de su esposo fue a despedirse, a abrazarles y a darles las gracias. Pues fue gracias a la intervención de su padre que pudo escapar de la horrible celda de la torre y más que eso, había podido convertirse legalmente en la esposa de Etienne.

Fue como quitarse un peso de encima. De pronto comprendió que todo eso había pasado para que dejara de mentir, ella nunca se había sentido cómoda engañando a sus familiares del castillo.

—Gracias padre. Gracias por ayudarme. Madre… debo irme ahora con mi esposo, pero quisiera poder visitarlos más adelantes o que vengáis a verme a Carcassone.

Su esposo asintió.

—Por supuesto —dijo él.

—Annabella, me alegra saber que estáis bien y tendréis a vuestro esposo. Os deseo que seáis muy feliz, y por supuesto que iremos a veros con vuestro padre. Tenemos tanto de qué hablar.

Ambos los acompañaron cuando salieron de la capilla, eran los únicos testigos de su nueva boda.

Cuando se encaminaron rumbo al castillo la paz llegó a su fin, Annabella sintió temor al ver esos corredores llenos de sombras y malos recuerdos. Las sombras que había llegado por haber cometido la imprudencia de mentir.

Pero había sido afortunada, no podía quejarse. Pudo ser peor. Mucho peor. Pudieron entregarla en matrimonio a un pariente anciano de su suegro.

Cuando llegaban al solar principal vieron a Adrien apostado en el centro conversando con dos escuderos.

Ella le sonrió agradecida y quiso acercarse para darle las gracias por sus cuidados, pero su esposo la detuvo.

—Tenemos prisa, hermosa.

La joven dama lo miró sorprendida. Le pareció muy descortés no despedirse de su primo, no agradecerle y apartó la mirada avergonzada.

Abandonaron el castillo minutos después, luego de despedirse de sus padres y montaron sus caballos sin detenerse.

—¿Por qué no me dejasteis agradecerle a vuestro primo? Él me cuidó todos estos días, ni permitió que nada me faltara. —le reprochó ella.

—Ya no me fío ni de él ni de nadie de esa familia, hermosa. He roto relaciones con todos ellos. Nunca más seré el monigote de mi padre.

—Pero Adrien, él fue muy amable conmigo.

Su esposo se puso celoso.

—¿Y por qué creéis que lo hizo? ¿Se acercó a vos por afecto y debilidad, o porque su corazón es noble y tierno?

—¿Acaso insinuáis que sus cuidados no eran verdaderos sino falsos?

—Tal vez. ya no me fío de él, querrá apoderarse de mi herencia en el futuro como quiso apoderarse de mi esposa fingiendo preocupación por ella.

Los celos de su marido eran exagerados, pero ella no dijo nada. Sabía que en el futuro todo cambiarían pues su esposo no se había despedido de su padre ni

este había aparecido ante ellos en ningún momento.

Llegaron a Carcassone tres horas después, cansados y exhaustos del viaje, pero Annabella vio a la distancia las vides y los jardines de su nuevo hogar y la pradera circundante llena de espesa vegetación y sonrió. Ese lugar le daba tanta paz, tanta dicha, no podía explicarlo, pero a pesar del frío y las incomodidades supo que amaría Carcassone.

No pensó en las estrecheces que su esposo había mencionado, sería su nuevo hogar y allí crecería su hijo. Una sensación de inmensa paz la envolvió nada más entrar en el castillo. Su hogar. Durante mucho tiempo había sentido que el castillo de Saint Germain no era su hogar.

Ahora sería diferente. Ahora al fin tendría su casa, su propio hogar. Un lugar tranquilo, sin sombras ni enemigos que pudieran tramar su ruina en el futuro.

—¿Os agrada, hermosa? —le preguntó su esposo cuando se instalaron en sus aposentos.

Annabella asintió y se emocionó.

—Es maravilloso, creo que amo este lugar, me siento a salvo.

Él la abrazó y le dio un beso ardiente. Tanto la había echado de menos, tuvo tanto miedo…

—No lo puedo creer sabes, no puedo creer que ahora sea vuestra legítima esposa, que esté aquí con vos.

—Así será siempre, hermosa, jamás iba a renunciar a tenerte a mi lado, aunque tuviera que tomar ese castillo y asediar cada rincón.

Ella sonrió emocionada y sintió que le costaría mucho comprender que estaba a salvo.

—Tranquila. Estáis a salvo ahora. Yo os cuidaré, siempre. Ven aquí… —le dijo al oído y la arrastró a la cama para llenarla de besos y caricias —Os eché tanto de menos hermosa…

***

El tiempo pasó y Marie Claire comprendió que estaba esperando un hijo.

Fue su criada Marianne quien le hizo comprender que llevaba meses sin tener la regla.

Ella la miró emocionada.

—Lo sé, pero tenía miedo de perderlo. Ya no soy joven, amiga y lo sabéis.

Dijo y se sonrojó al pensar en los apasionados abrazos de su marido.

—Bueno, no sois vieja, madame. ¿Qué decís? ¿Ya se lo habéis dicho a vuestro esposo?

La condesa lo negó con un gesto.

—Es que tengo mucho miedo de perderlo, es muy reciente.

—Tenéis más de tres meses según mis cálculos. No habéis tardado nada en quedar preñada, eso es bueno señora. Significa que sois fértil todavía.

Marie Claire pensó que debía decírselo a su esposo, debía darle esa feliz noticia. Lo haría muy feliz, estaba segura de eso.

—Oh Marianne, qué tonta he sido —le confesó a su vieja criada.

Ella la miró sorprendida.

—¿Por qué lo decís, señora? No comprendo.

—Lamento no haber regresado antes, debí contarle la verdad a mi esposo mucho antes y pedirle que me recibiera de nuevo a su lado. Crie a mi hija sin padre y ahora ella no me lo perdona. Quiere mucho a su padre y lamenta haber pasado su infancia sin él, tantos años…

—Señora condesa, por favor, no diga eso. Fue voluntad del señor. Y vos estuvisteis a salvo y cuidasteis bien de vuestra hija. Ahora es esposa de un caballero y no podéis volver el tiempo atrás. Pero el señor os trajo aquí, os trajo justo a tiempo y habéis hecho muy feliz a vuestro esposo. Él se ve más joven, se ve tan dichoso como hacía años no lo estaba. En cuanto a vuestra hija, no os preocupéis, ya pasará. Necesita tiempo.

Sólo Marianne podía hablarle con tal franqueza.

Era feliz pero todavía tenía miedo de que ella lo abandonara y regresara al convento. La había perdonado sí, pero todavía había dolor en su corazón.

—Ahora tienen una hija para visitar y tendrán otro hijo para criar, su felicidad será completa —insistió su criada.

—Es verdad… Pero temo por Annabella, no sé si esté preparada para ser madre, es muy joven y yo no podré ayudarla como deseo porque estoy lejos y ahora sé que tengo un bebé en mi barriga —se quejó la condesa.

—Señora, debéis cuidar el fruto de vuestro vientre, aquí en este castillo tenemos la mejor comadrona del condado y debéis hablar con ella. ella os aconsejará tizanas y qué comer para fortalecer a vuestro niño.

—Así lo haré. pero antes debo darle la noticia a mi esposo.

Su antigua criada sonrió y Marie Claire se sonrojó al comprender que había quedado encinta luego de esos primeros encuentros apasionados. Era una bendición, era un milagro y esa noche, luego de hacer el amor con su esposo se lo dijo.

Él se detuvo y la miró sorprendido. Y de pronto acarició su vientre y lo besó. Sólo estaba levemente hinchado, no se notaba todavía, pero sabía que estaba allí y debía cuidarlo.

—Hermosa, qué estupenda noticia —dijo. —¿pero por qué no me habéis avisado antes? No debisteis hacer ese viaje a Carcassone.

—Tenía que ver a nuestra hija, no puedo dejar de hacerlo.

—Pero esos viajes pueden perjudicar al niño, es muy pequeño todavía. Debéis cuidaros.

—Sí, lo sé… es que quise estar segura.

—Hermosa. Es una noticia maravillosa, un hijo, me daréis un hijo…

—Sí, el amor dio frutos esposo mío. Os amo y lamento mucho… siento mucha pena al pensar el tiempo que estuve separada de vos, que no os busqué.

—Eso ya no importa, preciosa, estáis aquí conmigo y me daréis un hijo. Nada podría hacerme más feliz.

—Oh Armand, os amo tanto esposo mío.

Sus palabras lo emocionaron, sí había algo más emocionante que saber que sería padre de nuevo es que su esposa le dedicara esas hermosas palabras de amor. Esas palabras que le arrancaron silenciosas lágrimas porque él la adoraba y nunca a pesar del tiempo y la distancia había dejado de amarla.